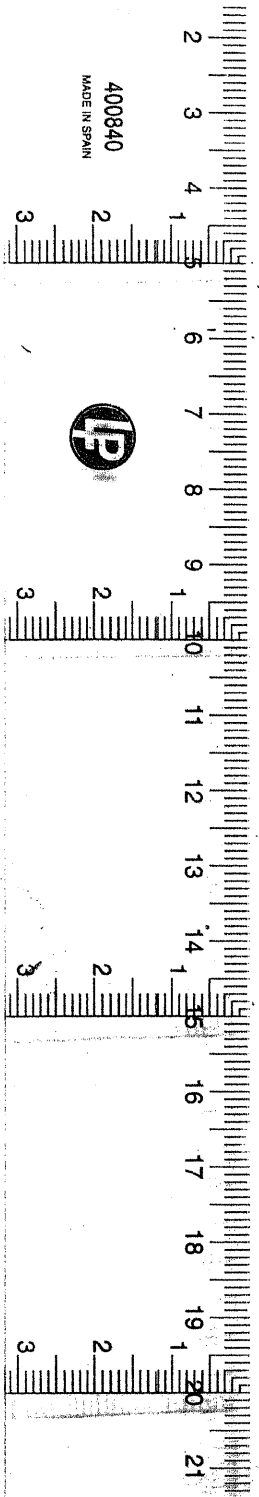
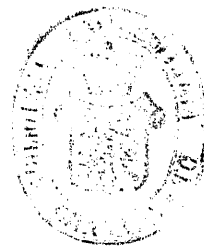


2-26-3600

Biblioteca Universitaria
 GRANADA
 Sala C
 Estante 30
 Tabla _____
 Número 152



LOS MISTERIOS DEL SERRALLO
 Y DE LOS
 HAREMNES TURCOS.



LOS
MISTERIOS DEL SERRALLO
Y DE LOS
HAREMNES TURCOS.

OBRA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

MME. O. A.

VERTIDA AL CASTELLANO

POR

DON MARIANO POGGIO Y BERMÚDEZ

DE CASTRO.

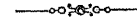
GRANADA:

Imp. y lib. de la Sra. Viuda é hijos de Zamora.

1877.



PRÓLOGO.



¿Creeis lectores que una obra cualquiera tenga siempre necesidad de ir precedida de un prólogo? ¿Leeis los de todas? Confieso por mi parte que rara vez me sucede esto, y mas raro aun es, que los prólogos me entretengan; diré mas, muchas veces me han quitado el deseo de leer el libro que preceden.

¿Creeis en la necesidad que un autor tenga de escribir veinte ó treinta páginas para explicaros el objeto que ha tenido al escribir su obra, el cómo y porqué de ello, ó bien que para llenar algunas hojas mas que su editor le pide, se devane los sesos para estampar algunas frases mas ó menos espirituales? Os confieso que yo por mi

parte hallo esto completamente inútil y monótono en demasía para el lector.

Un autor cualquiera, da al público su obra con objeto de venderla ó al menos con la esperanza de que esto suceda. Este es en verdad su único fin, pues por mi parte confieso humildemente que al publicar hoy la presente no me he propuesto otro.

Lo que acabo de decir sobre los prólogos no se refiere sino á los que hace por sí mismo el autor de la obra; los que se piden á un colega complaciente y cuyo nombre es una celebridad en la república de las letras, dan ciertamente mas valor á la produccion puesto que la aumentan con algunas páginas de verdadero valor, mas la verdad es que en esto hay tambien sus inconvenientes.

En primer lugar, es poner al amigo complaciente autor del prólogo en hablar bien del autor del libro, lo que no tiene nada de modesto.

Despues es proporcionarle un trabajo que siempre es incómodo, y últimamente si la obra no se vende, no faltará quien diga «muy mala de-

be ser cuando á pesar de tan brillante prólogo, no se ha vendido. Si por el contrario el libro tiene aceptacion, tampoco dejará de haber quien pregunte si el éxito es debido al valor de la obra, ó al mérito del prólogo suscrito por el nombre célebre que lo ha hecho.

Estas dudas son siempre ofensivas; por mi parte aseguro, lectores, que prefiero conocer la verdad por amarga que sea, mejor alimentarme con las ficciones de la duda. Esta es la razon porque no he rogado á ninguno de nuestros célebres publicistas me honrase con escribir el prólogo á esta mi humilde obrita.

Sin embargo de todo lo dicho, si quereis solo por curiosidad, saber, lectores, el porqué de conocer yo tan perfectamente los misterios del serallo y sus haremmes, y que tan detalladamente os hable de los usos y costumbres de Oriente, yo os diré las causas que lo han motivado:

Hace cinco años estaba con mi padre sentada en uno de los malecones del muelle de la Joliette, en Marsella, y muy cerca de nosotros *La Espe-*

ranza, precioso vapor encendia su máquina. Mi padre adora la mar, y los viajes; por esto no puede ver un barco salir del puerto sin arrojar un profundo suspiro.

—¿A donde vá *La Esperanza*? preguntó á un marinero.

—A Constantinopla, respondió este hombre.

—Llevaré una pena al morir, dijo mi padre, y es la de no haber visto esa ciudad, que es segun dicen, una de las mas bellas del mundo, y que á mas tiene un sello particular que en nada se parece á las demás ciudades de Europa.

—Nada mas fácil que ahorrarnos esa pena, respondí. Yo tengo tambien grandísimos deseos de conocer el Oriente; lo que he leído sobre ese país me seduce: la posicion y la suerte de esas mujeres siempre encerradas en los haremenes, no saliendo de él sino cubiertas con un tupido velo, esos hombres tan duros y tan crueles que por la menor cosa las encierran en un saco y las echan sin mas ceremonia al fondo del Bósforo... todo

eso me parece muy curioso para estudiarlo de cerca; vamos, pues, á Constantinopla.

—Ta... ta... ta... me dijo mi padre; viajar con una mujer, es decir, con veinte baules ó maletas de equipaje, no tiene nada de divertido.

—Ah! sois injusto, señor, exclamé. V. sabe que mi *toilette* no es mi mayor ocupacion... ofrezco no llevar sino dos maletas.

—Si eso es así, te llevaré; procuraremos tomar el primer vapor que salga.

Pero el primer vapor no salia sino siete ú ocho dias despues, y cuando yo tengo un deseo, me asiste tambien el pícaro defecto de no poder dar treguas á su cumplimiento, y ver y tocar de cerca lo que habia de verdad en lo que yo habia leído en los cuentos de las *Mil y una noches*, era mas que deseo, una pasion de curiosidad. Así es que me apresuré á contestar al autor de mis dias.

—¿Porqué esperar? La mar está en calma, el tiempo es bellissimo, ese vapor va á hacer un viaje magnífico, ¿porqué no embarcarnos hoy?

—¡Embarcarnos hoy!... vamos, tu estás loca...

siempre serás la misma, no dudas de nada...
¿Crees tu que se puede ir á Constantinopla como si se fuera á las Aygalades ó á Aix, con cien francos en el portamonedas por todo capital y sin mas vestidos que los puestos?

—Pero yo que soy testaruda como un normando, llamé á un marinero de *La Esperanza*.

—¿A qué hora zarpais, mi buen amigo? le pregunté.

—A las tres, señorita.

—¿Teneis algun camarote desocupado?

—¿Podrian admitirse algunos pasajeros aun á estas horas? (era ya medio dia.)

—Diantre! yo no sé, señorita, pero ahí viene el Capitan que podrá contestar á todo eso.

El Capitan en efecto se acercaba á nosotros. Era un antiguo marino amigo de mi padre, que agradablemente sorprendido al saber queríamos ir de pasajeros en su buque, contribuyó á que este se decidiera.

Para abreviar, un cuarto de hora despues ya habíamos tomado nuestro pasaje á bordo de

La Esperanza; mi padre se apresuró á arreglar algunos asuntos pendientes y tomar dinero, yo en despedirme de algunos parientes y arreglar mis maletas.

Apenas contábamos con dos horas para todo esto; era preciso estar á bordo á las dos y media; á las dos y veinte y cinco pisábamos la cubierta de *La Esperanza* con gran satisfaccion del autor de mis dias, que al notar nuestro equipaje solo vió tres maletas para ambos.

La travesía fué soberbia, magnífica; diríase que navegabamos por las aguas de un tranquilo lago y con tan buena suerte, que ninguno de los dos fuimos atacados por ese espantoso mal que se llama el mareo.

Apenas llegamos á Constantinopla, mi padre recordó tenia amistad con un embajador turco á quien conoció el año anterior en Nápoles; supo que por casualidad se hallaba en Constantinopla y se apresuró á hacerle una visita,

Dos horas despues volvió acompañado de dicho

embajador, quien dicho sea de paso, era una de las eminencias de la poblacion.

Era la primera vez que yo hablaba con un turco, y grande fué mi admiracion al notar en él que nada tenia de ese sello de barbarie con que nos lo pintan; se expresaba en francés con una soltura y una elegancia de diction que aun en París mismo hubiera pasado por un hombre de una urbanidad exquisita y amable hasta lo sumo. Yo me apresuré á confesarle, que á consecuencia de lo que habia leído en mil cuentos fantásticos, en los libretos de ópera sobre las mujeres turcas y sus harems, tenia un vivísimo deseo de ver las unas y las otras. Galante hasta lo inverosímil nuestro amigo el embajador, se ofreció espontáneamente á proporcionarnos los medios de que mis deseos fueran satisfechos.

Esclavo de su palabra, á la mañana siguiente vino á buscarnos para visitar sus seis odaliscas, (como no las nombro, no creo ser indiscreta;) despues nos llevó á un precioso *yalli* situado á orillas del Bósforo; allí habitaban su anciana

madre, mujer tan sencilla como agradable, y su hermana, jóven aun y casada hacía poco con un general turco que en aquellos dias habia partido para Siria.

La jóven generala era y es aun, una de las mujeres mas hermosas que he visto en mi vida, bella como un ángel, espiritual como una hada y por añadidura excesivamente instruida, hablaba el inglés y el francés con una perfeccion que me admiró; no es raro sin embargo, como despues he tenido ocasion de notar, ver esto en Turquía; los hijos de este privilegiado suelo tienen una aptitud y facilidad admirables para aprender idiomas, y yo he visto á muchos, aun de la clase media, expresarse con soltura en cuatro ó cinco.

Madre é hija me recibieron con una amabilidad de la que siempre guardaré el mas agradable recuerdo. Los turcos son hospitalarios cual ningun otro pueblo del mundo, un extranjero es recibido y agasajado en sus casas con una afabilidad superior á todo elogio.

Ocho dias despues la jóven generala y yo éramos las dos mejores amigas del mundo, hasta el punto de obligarnos á mi padre y á mí á dejar la fonda en que residiamos para ir á vivir con ellos y su madre, el precioso *yalli* que ambas habitaban.

Pero con arreglo á lo que marcan las costumbres turcas, yo fuí alojada en las habitaciones de mi jóven amiga, mientras que mi padre fué relegado al *selanlik* deshabitado en aquellos dias por la ausencia del general esposo de mi amiga. Pero si agradable fué para mí esta division que en su alojamiento establecen para los dos sexos las costumbres orientales, no lo fué tanto para mi padre, pues mientras yo pasaba alegremente mis dias en compañía de mis amables amigas, él solo en su *selanlik* apenas podia ver á estas y darlas personalmente las gracias por las atenciones de que nos colmaban. Felizmente el ex-embajador de Nápoles se erigió en su compañero y *cicerone*.

Largas horas pasábamos la generala y yo departiendo; ella se informaba con avidez de nues-

tros usos y costumbres; yo á mi vez inquiria las de su país.

Me presentó á todas sus amigas, que componian lo mas florido del bello sexo constantinopolitano; gracias á una y á otras pude visitar el serrallo de Abdul-Medjid y tener noticias exactas de todas las bellas que lo componian.

Vi tambien gran número de haremnes, los unos con una sola soberana, los otros con dos ó tres y muchas odaliscas.

Vi tambien por mí misma que cuanto se ha escrito sobre la vida de las mujeres turcas está lleno de graciosas exageraciones muy distantes en verdad de la exactitud.

Curiosa é infatigable, he querido ver todo por mí misma, estudiar sus costumbres, conocer las leyes que las rigen, su género de vida y lo bueno y malo de su posicion; tomé mis notas, coleccioné mis apuntes, no para darlos al público sino para leerlos á una amiga quien antes de salir de Marsella me habia dicho:

—A tu vuelta, tu me dirás si es fábula ó ver-

dadero cuanto sobre Oriente se ha escrito hoy.

.
.

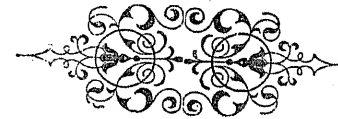
Yo conservaba estas notas en uno de los cajones de mi pupitre, cuando un día hablábamos sobre viajes N... y yo; como era natural, la conversación recayó sobre el hecho por mí á Oriente.

—Puesto que ha vivido V. tanto tiempo en Constantinopla, me dijo N... porqué no escribe V. algo sobre aquel país?

Mis notas salieron á plaza y convinimos, lector amigo, en ordenarlas para publicar una obrita; no me reproches las palabras vertidas por mí sobre este punto al principio del presente prólogo, pues acabo sinceramente de referirte las circunstancias que me obligaron á dar á luz mi modesto volúmen.

Muchas veces me ha acosado la idea de que sirviera de pasto á mi estufa; un pensamiento me ha detenido sin embargo, y es que dándotela á leer, amable lector, encontrarás que si no está salpicada de frases chispeantes, de fantásticas

anécdotas y humorísticos cuentos, encierra sin embargo, noticias tan exactas como verdaderas sobre las costumbres turcas; y estas cualidades te inclinarán á leerla con benevolencia, dispensando las que le faltan.



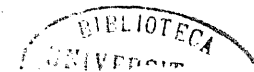
CAPÍTULO PRIMERO.

Historia de la sultana Kétiras.—Interior del serrallo.

Historia de la esclava Naoura.

El sultan Abdul-Medjid, tan conocido por su bondad y su generoso proceder para todos sus vasallos, y mas que nada por su debilidad con el bello sexo, al que nunca rehusaba nada, ocupándose continuamente de su dicha, llevó á cabo un acto tal de magnanimidad que revela claramente los elevados sentimientos de dicho monarca, mostrando al par lo inclinado que su corazon era al cariño y á poner en obra el mayor sacrificio siempre que se trataba de la dicha de una mujer.

En la casa de una gran dama turca llamada Missir-el-Anem, notó un dia el sultan una esclava



va de una belleza extraordinaria; enamorado apasionadamente de ella, quiso hacerla su favorita; pero la dueña de la esclava que la habia educado con tanto cuidado como si fuera su hija, y que á mas como á tal la habia adoptado, dijo al soberano no se la cederia sino á condicion de que la hiciera su legítima esposa; pero las costumbres turcas vedaban al sultan casarse con una mujer ante la ley.

El ilustre enamorado se desesperó ante esta respuesta, intentó arrancar de su corazon la imágen de la bella, estuvo algun tiempo sin verla contando con que la ausencia curaria su amor; pero la esperiencia ha demostrado que es peor el remedio que la enfermedad; su imaginacion le presentaba la imágen de su adorada, mas bella, mas seductora aun, y en vano pudo, por cuantos medios intentó conseguir su objeto. Entonces, como el amor no conoce obstáculos, se decidió á barrenar las leyes y las costumbres tomándola por esposa.

Una vez decidido á ello, apeló á todas las ma-

ravillas del lujo oriental para preparar en su serrallo las habitaciones que la destinara; los vestidos fueron salpicados de perlas y diamantes, cuyo valor montaba á cantidades fabulosas, y bien pronto la esclava convertida en Sultana, tuvo trenes suntuosos y se vió rodeada de todos los estremos con que un lujo sin igual colmaba, como lo hizo el enamorado sultan, al objeto de su pasion.

Y en vez de disminuir el amor de aquel con ser dueño absoluto de la esclava, aumentaba mas cada dia; pero su dicha no era completa, pues la hermosa Kétiras se dejaba adorar, pero no correspondía á este inmenso cariño. Al cabo de algun tiempo se trocó este en frialdad y tristeza, las rosas de sus megillas se marchitaron, su mirada antes brillante languideció, semejando todo su continente á un bello lirio que la tempestad abate y dobla sobre su antes erguido tallo, y mientras que todas las mujeres del serrallo envidiaban su dicha, ella se creia la mas desgraciada del mundo.

Como era natural la frialdad, la indiferencia de Kétiras aumentaban el amor de su esposo, y sufría al ver que siendo dueño de su mujer, no reinaba en su corazón. Su ternura, su delicada atención hacia ella crecían, pero no obtenían recompensa alguna, quiso entonces conocer el porqué de esta indiferencia, de esta tristeza; sospechó había una causa secreta para ello, trató de descubrirla... y por fin lo consiguió; pero ¡ay! existen verdades tan amargas que muchas veces se deplora el no haber siempre continuado en la ignorancia de ellas.

Si; la bella Kétiras estaba enamorada; pero tanto, que su reposo y su salud corrían peligro eminenté; su corazón pertenecía á un elegante general á quien viera un día caracoleando con su caballo entre los demás personajes del séquito del sultan. Desde aquel día tuvo origen su tristeza, y á su pesar no podía ver al objeto de su cariño sino de lejos, ó cuando en su *kaiik* se paseaba por el Bósforo bajo las ventanas del serrallo; lo cual quiere decir que el general amaba á la

bella sultana. El sultan lo supo todo, penetró hasta los menores detalles de aquellos platónicos amores.

Qué creéis que hizo? Los turcos, según se dice, son celosos como tigres, mal intencionados y vengativos. ¿Creeréis, lectores, que arrojaría á los dos en un saco al fondo del Bósforo, ó bien encerraría en un calabozo á la sultana, desterrando al mismo tiempo al general? Pues bien, no hizo nada de esto; lloró como simple mortal su desvanecida ventura, sus muertas ilusiones, sintió por primera vez de su vida arder en su corazón el infierno de los celos, pero reflexionó y se dijo:—Puesto que yo la amo y ella no me corresponde porque ama á otro y nunca será dichosa á mi lado, forzoso es que lo sea. Entonces haciendo acallar á su corazón, deponiendo su ofendido amor propio y devorando al par sus celos, se divorció de Kétiras, la instaló en un magnífico *yalli* (palacio) que para ella compró á orillas del Bósforo, y tres meses después, comprendiendo que nunca se atrevería á pedirle permiso para casar-

se con otro, como queriendo evitarle tambien la falta de delicadeza que cometer pudiera al expresarle tal deseo, llevó adelante su magnanimidad hasta el punto de darla por sí mismo la orden de casarse con el general, á quien ascendió en gerarquía y sueldo.

El dia en que se celebró este matrimonio, algunos personajes mas adictos al sultan Abdul-Medjid, pudieron notar en los ojos de su soberano señales hechas por las lágrimas, y aun la primera vez que el régio carruaje se cruzó con el de la nueva generala, no fué sin que una palidez mortal cubriese la noble fisonomía del sultan.

Pero la ex-sultana habia contraido en su primer matrimonio un hábito de lujo y de gastos sin los cuales no podia vivir; sin reflexionar que la caja de su segundo marido no estaba tan llena como la del primero, continuó viviendo de la misma manera, concluyendo por contraer deudas tan cuantiosas, que poco tiempo despues una inmensa falange de acreedores la amenazó caso de no ser pagados, con posesionarse del palacio y su

valioso mobiliario. Supo el caso el sultan, é inmediatamente ordenó que las deudas fuesen satisfechas; pero la Puerta se opuso, los ministros le hicieron presente que el Tesoro estaba bastante decaido, el pueblo descontento, y que esto lo irritaría mas aun, pues las deudas montaban á mas de un millon de francos.—Pero si no paga, arguyó el sultan á sus ministros, los acreedores se apoderarán del palacio, de su mobiliario, de... y ¿qué va á ser de esta pobre Kétiras?

—Señor, contestaron los ministros; es llegado el caso de hacer un ejemplar: desterrad al general y su mujer.

—Nunca, contestó el monarca.

No obstante esto, los ministros insistieron, dando tan buenas razones para ello, que al cabo arrancaron la orden de destierro. A la mañana siguiente un vapor fondeaba frente al palacio del general; un ayudante de campo del ministro de la Guerra era portador del *firman* imperial, desterrando á Brousse los dos esposos; no habia otro medio sino obedecer; Kétiras recogió á toda prisa

sus joyas y sus mas preciosos objetos que escondió en su equipaje; la órden se cumplió, y á la mañana siguiente los acreedores se posesionaron del palacio para resarcirse del dinero que se les debia.

Sin embargo de todo ello, la idea de que una mujer á quien tanto habia amado y que amaba aun por mas que perteneciese ya á otro hombre, verla en un destierro, triste, sufriendo quizá, y que de ello él solo era el causante, mortificaba al sultan de un modo indecible, y no podia acostumbrarse á ello. Entonces sin decir nada á sus ministros, compró un segundo *yalli*, lo hizo amueblar con tanto lujo como el primero, y envió un vapor que trajera de nuevo los desterrados á Constantinopla, y tan luego como llegaron les dijo:

—Puesto que vuestros acreedores se apoderaron de vuestro *yalli*, ahí teneis otro que yo os regalo. Despues nombró al general Consejero supremo.

¿No era esta conducta llevar el amor y la delicadeza hasta sus últimos límites?

¿Habrá muchos hombres de naturaleza tan superior que lleven mas lejos la abnegacion y la magnanimidad...? No es posible.

Por otra parte, la historia reprocha al sultan Abdul-Metjid haber tenido muchas mujeres. Tenia en verdad seis legítimas y cuatro favoritas; pero era tan bueno para ellas, tan débil con sus caprichos y tan cuidadoso de hacerlas dichosas, que si en verdad los hombres son severos al juzgarle, las mujeres en cambio son indulgentes; los únicos defectos que al dicho sultan han podido reprochársele, son la generosidad y la bondad llevadas hasta el extremo. ¡Dichosos los soberanos á quienes la historia solo puede manchar con defectos de esta clase!

Los economistas dirán sin embargo que por aquellos, dilapidó algunas sumas del Tesoro; pero esto es decir demasiado, pues el pueblo turco es en verdad el que menos impuestos al Erario paga; no se conocen en él los de puertas, consumos, ventas, animales de lujo, ni muchos mas que nosotros conocemos quizá demasiado.

Abdul-Medjid jamás cometió en su reinado ningun acto de crueldad; el tiempo que rigió los destinos turcos no fué señalado por ninguno de esos rasgos de barbarie que tan tristemente célebre hicieron el de sus predecesores; su divisa eran bondad y clemencia.

En todas las guerras que bajo su dominio tuvieron lugar, jamás se le anunció una victoria sin que al mirar la cifra de los muertos del enemigo dejase de exclamar, suspirando tristemente: «¡la guerra! la guerra! algunas veces es una necesidad; pero es una necesidad bastante dolorosa.»

La vista de la sangre le horrorizaba.

Hay una antiquísima costumbre en Oriente que obliga al Sultán á degollar un cordero el mismo día que por primera vez sube al trono. Abdul-Medjid no pudo llenarla; al ir á clavar el cuchillo en el cuello del cordero, volvió la cabeza, diciendo: ¿porqué matar á este pobre animalito? ¿qué mal ha hecho?

Esta costumbre de matar un cordero el mismo día que el sultán escala el trono turco, se re-

monta al tiempo de Abraham; el soberano quiere, por medio de tal sacrificio, atraer la bendición de Dios sobre el pueblo cuyos destinos va á regir.

El sultán Abdul-Medjid fué el primero de los de su clase que se mostró piadoso y tolerante con los cristianos; antes de su reinado no podía levantarse ninguna iglesia en suelo musulmán; pero durante el de este príncipe, no solo se permitió la edificación de dichos templos, sino que hasta ayudó á los cristianos con gruesas cantidades para erigirlos; en 1851 dióles en la isla de Creta 25,000 francos con tal objeto, haciéndoles donación del terreno.

Los horrorosos sucesos de Siria le impresionaron vivamente. Personas que por su gerarquía tenían alguna intimidad con este príncipe, aseguran haberle visto derramar lágrimas al escuchar el triste relato de aquella matanza.

Se ha dicho y repetido, que Abdul-Medjid tenía 500 mujeres en su serrallo; esto es cierto si se cuentan las damas de honor, las esclavas que

componian la servidumbre de sus seis mujeres, y de favoritas, y las del servicio de las damas de honor; pero estas esclavas son jóvenes compradas por el sultan, á las cuales hace educar cuidadosamente, y á quienes casa en la edad conveniente sin abrogarse nunca con ellas lo que en Europa se llama el derecho de señor.

El serrallo en Dalma-Bachi, á pesar de que se comunica con el palacio del sultan, forma otro palacio completamente aparte; es un gran edificio de tres pisos, sobre una áncha galería, y por uno de sus costados tiene un magnífico jardin, al que circunda un elevado muro: jardin exclusivamente destinado á las damas que habitan el palacio, y tambien por otro de sus costados tiene vistas al Bósforo. El sultan tiene sus habitaciones fuera del serrallo, pero en este tambien posee magníficos salones, siendo uno de ellos de ceremonia; en este es donde recibe el primer dia del año y en las fiestas del Bairam; en estas fiestas, sentado bajo su sόlio, presencia una especie de desfile que ante él y segun la gerarquía de sus empleos efec-

túan las damas que componen el harem. En tiempos en que los sultanes eran menos civilizados que hoy, se practicaba en este desfile la ceremonia de que cada una de las damas besaba en aquel acto, el pié del soberano; costumbre tan poco galante, ha sido abolida por Abdul-Medjid, sustituyéndola por la de tener una esclava una especie de banda cuyo otro extremo está unido á los vestidos del sultan; al desfilarse las damas besan la parte de dicha prenda que la esclava sostiene.

Construido segun los modelos de los mas bellos teatros parisienses, contiene tambien uno el serrallo decorado con un lujo inaudito; en él se representan operetas, comedias y bailes. Los hombres son reemplazados, y sin perder nada en ello, por mujeres, bailarines, músicos y cantantes; estos se eligen entre las esclavas de palacio que jóvenes y lindas son educadas en canto, declamacion y música por maestros italianos ó franceses; segun la aptitud de cada cual se las dedica al canto, declamacion ó tragedia: unas llenan los papeles de actores, otras los correspondientes á

actrices; todos los trajes vienen de París semejantes en un todo á los que se usan en nuestros teatros.

Tienen dos clases de música: la primera es música oficial, ó sea la música militar en la que toman parte todos los instrumentos conocidos para esta clase; las esclavas que la componen llevan una especie de uniforme igual al de los soldados turcos, con la diferencia que el de ellas es mas lujoso; el músico mayor maneja la batuta y dirige su banda con una precision y aplomo admirables.

El otro cuerpo de música está formado por igual número de jóvenes esclavas que tocan el piano, el harpa y violin, y que cantan acompañándose con estos instrumentos; estas son las que forman la orquesta de las sultanas ó favoritas á quienes distraen con sus cantatas, danzas ó música.

En el teatro del serrallo está prohibida la entrada á los hombres, á escepcion del sultan; todas las mujeres que habitan en aquel pueden ser

admitidas sin exceptuar las sultanas ya casadas. Pueden tambien asistir, pero por medio de convite especial, las mugeres de los notables del Imperio, ministros ó altas dignidades.

No se crea que todas las mugeres que el serrallo componen, viven juntas, no, cada una tiene un departamento aparte; este se compone de salon, gabinete, comedor y demás dependencias; las seis mugeres y cuatro favoritas viven completamente separadas del resto; tienen sus esclavas, sus carruajes, su servidumbre, todo su personal particular, y pueden, si así les agradara, no comunicarse jamás con las otras mujeres; pero lo mas habitual es que se vean á menudo, se hagan visitas, se conviden mutuamente á comer, y aun á pasar juntas la velada, y si algunas veces la paz se turba es poco frecuente; lo corriente es que se diviertan todas juntas.

Se nos representa á las mujeres turcas como pobres esclavas siempre prisioneras, sometidas de continuo á un señor feroz y duro, y constantemente

guardadas por vigilantes cancerberos... No hay nada de esto.

Lo que llamamos su prision es un palacio de hadas; en él se encuentran todos estos pequeños encantos con los que tanto gozan las mujeres, sin que por ello se las impida salir de palacio cómo y cuando les conviene. Generalmente salen todos los dias, ó bien de paseo á Aguas-Dulces, á Kalender ó para hacer sus visitas.

Cuando se las ocurre hacerlo con cualquiera de estos objetos, piden su carruaje á sus eunucos, entran en él y van donde les parece, volviendo á la hora que les acomoda, sin que nadie tenga el derecho de hacerlas la menor observacion.

El interior del serrallo semeja mucho á juzgar por el orden, gerarquía de grados y demás de estas esclavas, á un gran ministerio; nada falta en él, ni aun el ministro. La que así puede llamarse es una esclava anciana que habiendo ocupado todos los puestos y ascendido por gerarquía, llena el cargo de tal por eleccion unánime. Lleva el nombre de *Asnadar Anen*, tiene vara alta so-

bre el total de las mujeres del serrallo, dirigiendo en él todos los asuntos. Las sultanas, las mismas favoritas, la dispensan sin igual deferencia y en todo la consultan.

La *Asnadar Anen* habita un bonito departamento del serrallo, y tiene á su servicio un magnífico carruaje. Durante la cuaresma sale los dias de fiesta con sus mejores atavíos, lleva en su carruaje grandes sacos de dinero, recorre los bazares, los mercados, y apenas apercibe un mendigo manda detener su carroza, le hace venir, dándole un buen puñado de monedas. No hay ningun elevado personaje en Constantinopla que no se incline respetuosamente á su paso creyéndose muy lisongeadó si le devuelve su saludo ó si le envía á decir algunas frases lisongeras por cualquiera de sus eunucos.

Corresponde á la *Asnadar Anen* la delicada mision de prevenir siempre con un dia de anticipacion, la sultana ó favorita á quien S. M. quiere honrar con su visita.

Es un cometido que desempeña con una deli-

cadeza esquisita, dirigiéndose á la persona designada por S. M. como con carácter de visita y diciéndola poco mas ó menos las siguientes palabras: «S. M. me ha pedido hoy noticias de vuestra salud, dice tener el sentimiento de que lo olvidais, pues no demostrais deseo de saludarle; S. M. por el contrario piensa mucho en vos, y os pide permiso para pasar á vuestro lado la velada de hoy.» Advertida así la dama, se adorna con sus mejores joyas para recibir dignamente á su real esposo.

Sucedo muchas veces que la elegida coquetea y hace sus correspondientes remilgos al recibir la visita de la Asnadar Anen, anunciándole la del sultan, cuando este ha escitado sus celos ó envidia regalando á una de sus compañeras un buen carruaje ó una joya de valor; lastimada entonces, responde á la Asnadar Anen presente sus excusas á S. M., pues hallándose enferma no puede recibir dignamente su visita; (esto es lo que hacian todas las mujeres de Abdul-Medjid; al intimarles la órden de no contraer las grandes deu-

das que contraian ó cuando deseaban obtener un objeto ó joya de considerable valor.) Abdul-Medjid no resistía mucho tiempo este fingido despecho de sus mujeres ó favoritas, las que obtenian por el medio indicado, no solo lo que deseaban, sino cuantos increíbles caprichos, desear pueden las mas lindas mujeres del mundo.

Las otras esclavas están divididas por familias bajo la jefatura de una de ellas. Cada una tiene su oficio, lavanderas, planchadoras, costureras, etc. Viven en departamento separado y en él se le sirve su comida. Las que son simplemente criadas de servicio, habitan en salones-dormitorios con veinte y cinco camas cada uno; las damas de honor de las sultanas y favoritas tienen tambien á su servicio numerosas esclavas, ocupan un bello alojamiento, poseyendo á mas carruajes y caballos.

Todos los departamentos del serrallo están amueblados con un lujo superior á toda ponderacion y desconocido en el resto de Europa, pero lo mas magnífico, lo mas esplendoroso, son los

baños que se hallan en los jardines de aquel.

Figura en primer término el baño del Sultan; este es el mas suntuoso como es natural: los baños están divididos en diferentes departamentos; el primero es un salon circuido de divanes á estilo turco: allí es donde el sultan se desnuda, quedándose, por decirlo así, en paños menores, y en este traje se recuesta muellemente en uno de los divanes, fumando algunas pipas ó cigarrillos para acostumbrarse poco á poco á la temperatura que allí existe.

En seguida pasa á un salon mas lujoso aun que el primero, y el que está amueblado con divanes de seda bordada en oro, teniendo las paredes cubiertas de espejos; las flores mas bellas y mas raras embalsaman la atmósfera. La temperatura que en este salon reina es un término medio entre la del primero y la sala de baño: entra al fin en esta que es toda de mármol, terminando en una rotonda con vidrios de colores; á los costados de la sala se encuentran las pilas ó estanques para baño, que son de mármol, teniendo de

oro macizo, las llaves y grifos para el líquido, por grandísimas ventanas que herméticamente cierran gruesos cristales; se vé al exterior en invierno la nieve y el hielo, mientras que el salon de baño se halla á una temperatura de 40 grados.

Estas salas de baños, terminan, como antes hemos dicho, en una elegante rotonda; la cúpula de esta la forma un solo cristal de roca; la lluvia y la nieve que caen sobre aquella, hacen apreciar mas, la dulce temperatura que dentro se disfruta; es escusado añadir que este salon está adornado de flores y objetos artísticos, así como de magníficas lunas de Venecia.

El baño entre los turcos es enteramente distinto al nuestro, no están como nosotros media ó una hora sumergidos dentro del líquido, solo usan las abluciones.

La salida del baño se verifica en la misma forma que la entrada, es decir, haciendo un alto en cada salon, por lo cual el baño no dura menos de tres horas.

Existen tambien en el serrallo otras salas con

tal destino; el de las sultanas, el de las damas de honor y esclavas que tienen título, y el de las esclavas que hacen el servicio doméstico. Estas regularmente van al baño por grupos de treinta ó cuarenta; cualquiera las creeria una alegre bandada de pajarillos revoloteando entre las flores, al oír sus voces y carcajadas frescas y argentinas. ¡Qué variado volúmen pudiera formarse descubriendo las locuras que en estos momentos llevan á cabo!

Muchos autores nos han presentado, bajo el carácter de pobres cautivas las mujeres que componen el serrallo, sufriendo un yugo denigrante, teniendo sed de libertad..... pero nada menos cierto que eso; al visitar yo el serrallo he admirado precisamente todo lo contrario, por todas partes fisonomías sonrientes, oyéndose continuamente alegres carcajadas, aun las mujeres abandonadas por su real esposo, no tienen el aspecto de ser desgraciadas, se dan fiestas entre sí, se rodean de cantos y músicas, y de todas las maravillas que el arte y el lujo producen, pasando una vida de ostentacion y placeres; en una pala-

bra, hacen del dia una série continuada de goces, y de tal modo, que si las puertas del serrallo estuvieran francas para ellas, estoy seguro no usarían de tal libertad.

La siguiente anecdota probará que cuando salen por la ventana, entran por la puerta.

Naoura era la dama de honor de la *Pechengiekadem*, ó sea la quinta mujer del sultan, quien la queria de tal modo, que mas bien que á su vasalla la consideraba como si fuera su amiga íntima ó su mas querida hermana. Las joyas de Naoura, sus vestidos, sus adornos, eran tan bellos como los de su dueña, tenia carruajes á su disposicion, y su vida en el palacio era la de una gran dama; salia á menudo, bien para acompañar aquella en sus paseos, ó para hacer sus compras. Un dia notó que un jóven griego, tan elegante como hermoso, no era insensible á sus encantos. Naoura poseía una de esas bellezas deslumbradoras que son exclusivo patrimonio de las hijas de Circasia. El jóven griego la seguia por todas partes, sus miradas le expresaban todo su

cariño, y por la noche y bajo sus ventanas en amorosas serenatas le expresaba con voz sonora y melodiosa todo el fuego de su pasión.

Naoura tenía veinte años: esa dichosa edad en que el corazón tiene necesidad absoluta de amar; la conducta del joven griego siguiéndola á todas partes, pasando casi todas las noches suspirando desde su *Kaik*, entonando las más amorosas cántigas, cuyos ecos llegaban cual melodiosos suspiros á los oídos de la joven esclava, hicieron nacer en esta una violentísima pasión por su incógnito adorador.

Un día bajó de su carruaje y entró en un bazar con objeto de hacer algunas compras para su soberana; mientras que examinaba algunas telas y el dueño de la tienda se había separado en busca de otras, Naoura oyó murmurar á su oído con una voz conmovida las siguientes palabras:

— «Bella hurí, flor de mi vida, más fresca y seductora que la flor del granado, yo te adoro...»

Ruborizada y temblorosa hasta lo sumo, Naoura dirigió su mirada hácia donde oyó semejantes

palabras, sus ojos se encontraron con los del joven griego, quien á su costado y fingiendo admirar una de las piezas de tela que en el mostrador se hallaba, aprovechó un momento de estupor de Naoura cogiéndola una mano y estampando un beso de fuego en ella; presa de una emoción desconocida la joven palideció; entonces el griego le entregó un pequeño paquete y se alejó viendo acercarse á ellos el dueño del bazar.

Naoura no se dió cuenta de lo que le sucedía sino al cabo de algunos momentos de asombro, ocultó el paquete bajo su *ferigié*, ardiendo sin embargo en deseos de ver lo que contenía; compró á toda prisa algunos objetos, y volvió de seguida á su alojamiento; aprovechando algunos momentos en que su soberana hacía sus oraciones, corrió á encerrarse en sus habitaciones; ya en ellas deshizo el paquete con mano febril, hallando una cajita de plata cincelada; en la cubierta de esta, dos palomas se besaban amorosamente; dentro de ella encontró un billete escrito sobre un satinado papel de color verde, bajo él un sa-

quito de preciosa tela que contenía un cordón de seda de muchos metros de largo y enrollado en una piedra. Naoura contemplaba estos objetos con un estupor difícil de concebir, sin comprender el fin de porque se los enviaban. El billete concebido en los siguientes términos, dióle la explicación del enigma. Decía así:

«Desde el primer día en que te he visto, he perdido el reposo y el sueño: tu imagen me persigue incesantemente; te amo como un loco, y si mi amor te encuentra insensible, si no quieres aceptarme como tu prometido, no tengo otro remedio que morir. La vida sin ti, alma de mi alma, se me hace imposible. Tu sabes que cada noche bajo tus agimeces, mis canciones te expresan todo mi cariño; por ti mi voz adquiere sus timbres más armoniosos. Por medio del cordón que te envío puedes proporcionarme un goce anticipado del paraíso de tu Profeta; escíbeme una palabra, arrolla tu billete en la piedra é introdúcela en el saquito, úne á este un pañuelo en el que hayas posado tus labios de miel, sujétalo todo á un es-

tremo del cordón y arroja el saquito á mi *Kaik*. Yo quisiera á mas conocer el nombre de la que adoro.»

Naoura leyó y releyó el billete muchas veces; después lo besó con transporte...

¡Qué dulce, qué suave, qué delicada es la emoción que experimenta una mujer en el primer ímpetu de amor!

Aquella noche, el amoroso billete del griego obtuvo su respuesta, confesándole que su cariño era correspondido: á las dos de aquella madrugada, cuando oyó la voz de su amante cantar bajo sus ventanas, envolvió el billete en un precioso pañuelo, introdujo este en el saco y con él la piedra que había de dar peso á este, atólo con mano temblorosa al extremo del cordón de seda y arrojó este, que vino á caer en el *Kaik* á los piés de su adorador: á la claridad de la luna pudo apereibir que este, besándolo con amoroso delirio, sustituyólo por otro que ella se apresuró á recoger por los mismos medios.

El segundo billete fué tan ardoroso como el

primero, y durante dos meses los amantes se comunicaban entre sí y diariamente por el conducto ya descrito.

Cuando Naoura salía, estaba bien segura de encontrarse con su amante; tiernas miradas, preciosos ramilletes se cambiaban, Cupido quemaba cada vez mas incienso en sus altares.

Desde hacía algun tiempo sin embargo, desde que el amor se habia apoderado de su alma, Naoura habia cambiado completamente su continente y su modo de ser; á su alegre carácter habia sustituido una dulce melancolía que avecinaba á menudo la tristeza, y cuando no pocas veces su soberana le preguntaba la causa de esta. Naoura, conmovida hasta el punto de derramar lágrimas, contestaba que era muy dichosa.

Un dia al fin, recibió un billete de su amante, concebido en estos términos:

«Yo te amo, Naoura, yo te amo mas que á mi vida, sin ti me sería esta una carga pesada, si tu amor iguala al mio, debes comprender, luz de mi alma, cuánto sufro con no verte sino de lejos. Yo

soy griego, tu musulmana, la ley no puede autorizar nuestro consorcio, pero yo te juro ante Dios que serás mi esposa para toda la vida; ven; deja tu serrallo, ocultemos nuestra dicha en mi pátria.

»Esta madrugada á las dos te esperaré en mi *Kaik*; todo estará preparado para nuestra fuga, trata de bajar á una de las habitaciones que dan á la galería baja, desde allí te será fácil llegar hasta mi *Kaik*. Si no consientes en ello, no nos volveremos á ver.» El billete produjo su efecto en la apasionada Naoura, su razon, su afecto por su soberana luchaban con su amor sin atreverse á tomar un partido decisivo. El amor venció como siempre, decidióse á huir con su amante, escribiendo antes á su soberana en la siguiente forma:

«Perdonadme, señora, perdonad á Naoura si os abandona, á pesar de la gratitud que en su alma ha hecho nacer vuestra bondad, pero el amor ¡ay! ha hecho su esclava; parto con el hombre que me ha robado el corazon; pero el recuerdo de mi soberana no me abandonará nunca, y siempre

rogaré al gran Profeta os haga tan dichosa como mereceis serlo.»

Escrito esto se deslizó como una sombra en la habitacion de la sultana que dormia profunda y tranquilamente; depositó el billete en uno de los divanes cerca del lecho, besó en silencio, y no sin derramar una lágrima la mano bienhechora de la princesa, y con criminal y ligero paso bajó á la galería; al pié de una de las ventanas que daban al Bósforo se hallaba el griego en su *Kaik*; saltó por aquella, rápida y temblorosa como gacela herida, cayendo en brazos de su amante; este la llevó á casa de un pariente suyo, y disfrazándola con un traje de griega partió de seguida con su tesoro en direccion á Cira, en Grecia.

Allí en vez de las lujosas habitaciones que ocupaban en el serrallo, halló solo una modesta casa alquilada por su amante, en lugar de los ricos vestidos que antes usara, vistió otros excesivamente modestos; el amor sin embargo lo embellecía todo, y Naoura no se dió cuenta de tan triste cambio. Su dicha sin embargo no duró sino

un año. Bazia (el jóven griego) estaba enamorado de Naoura, esta á su vez adoraba á su amante, pero él, perezoso é indolente hasta lo sumo, no tenia otra ocupacion sino comerse poco á poco la pequeña herencia que á sus padres debia, la cual pronto vió su fin con los dobles gastos de su propietario; entonces el ayuno, las privaciones, la miseria llegaron, y con ellos el séquito horroroso de abatimiento y tristeza.

Un adagio vulgar dice: «Una choza y tu corazon;» pero es necesario que en esta choza se tenga asegurado el pan del siguiente dia. El amor es sin duda una flor muy bella, pero esta flor necesita vivir bajo una atmósfera de calma y de ventura; la miseria con sus tristes consecuencias la marchita, la mata. Háblese de amor á un estómago destrozado por el hambre, y en vez de amor os pedirá *pan*; así fué que en la jóven pareja, á las tiernas palabras de amor, á la embriaguez de la pasion, sucedió la preocupacion mas sombría, los mas amargos reproches, y si se hablaban era poco, y esto para concertar los medios de ganar

el dinero. Los pensamientos de Naoura tomaban un carácter retrospectivo, y se decía:

—¡Ah! si yo no hubiese dejado el serrallo, estaría aún al lado de mi soberana, tendría mis elegantes y costosos vestidos, mis buenas habitaciones... mientras que ahora... y miraba entristecida su miserable vivienda.

Tendría... añadía mentalmente, mis joyas, mi carruaje, mis quinientas piastras mensuales para mis caprichos... y ahora no tengo una sola para alimentarme.

¡Ah! se decía á su vez el jóven Bazia, si yo no me hubiera enamorado tan imbecilmente de esta esclava, no hubiera perdido mi brillante porvenir y llenando los deseos de mi familia hubiese hecho mi mujer á mi prima Leocadia, quien con su bonito dote me hubiera hecho rico y feliz... mientras que hoy... y contemplaba su vacío bolsillo.

Si la jóven pareja no se comunicaba entre sí sus reflexiones íntimas, estas en cambio agriaban su carácter de un modo indecible; las indirectas,

las frases ofensivas, los reproches sucedieron á las palabras de amor.

Un dia al fin, Bazia se decidió á tomar un partido.

—Voy, dijo á Naoura, á casa de mi anciana tia á pedirle algun dinero, á ver si con él puedo establecer un pequeño comercio, y buscarnos que comer... Partió; su despedida no fué la mas tierna: á ambos les preocupaba si tendrían pan al siguiente dia.

Naoura quedó en el mayor desamparo. Una anciana vecina suya, lavandera de oficio, compadecida del estado de la jóven, le ayudó en cuanto sus débiles recursos le permitieron; sin embargo, como Bazia no volvia, ni daba noticias de su persona, la jóven no quiso ser gravosa por mas tiempo á su anciana protectora, y la propuso ayudarla en su trabajo, y pronto la soberbia dama de honor que poco tiempo antes habitaba un lujoso palacio, con carruaje, cocheros, criados, vestidos y valiosas joyas, se convirtió en humilde lavandera. Al contemplarla vestida con un humilde

jaique de negra y tosca lana, marchitada y arrugadas sus antes bellas facciones por el trabajo rudo de su nuevo oficio, nadie hubiera reconocido en ella á la antes hermosa y brillante Naoura.

Esta vida de fatigante trabajo lastimó al fin su salud; seis meses despues se hallaba enferma y desesperada. Bazia no habia dado de sí noticia alguna. Naoura entonces se decidió á escribir á un hombre de Cira á quien conoció en el Pireo pidiéndole noticias del jóven griego. Este hombre solo pudo comunicar á la desgraciada esclava, que su ex-amante vivia con una tia suya en medio del lujo y la abundancia, y que hacía poco tiempo, se habia casado, siendo al parecer feliz.

Tal nueva le causó mas indignacion que pena. ¿Cómo seguir amando á un hombre que ni aun de su estimacion era digno? ¿Podia acaso estimar al que la habia seducido, sacándola del serrallo, jurándole seria su mujer para toda la vida ya que la ley les impedia contraer matrimonio á causa de la diferencia de religion, y que llevándola lejos de su pátria, la abandonaba cobardemente á los diez y

ocho meses, dejándole por todo patrimonio la miseria y el desamparo?... Esto era indigno, y Naoura no sintió desde entonces por su seductor sino el desprecio mas profundo.

Su posicion, sin embargo, era terrible. ¿Qué iba á ser de ella, pobre, enferma, abandonada, sin fuerzas físicas para seguir adelante en el triste oficio que se habia impuesto? pensó entonces en su soberano, en Abdul-Medjid...

Es bueno y generoso, se dijo; me arrojaré á sus piés, me perdonará mi falta, y aun me permitirá volver á entrar en el serrallo, aunque solo fuera como simple esclava destinada al último servicio.

Esperanzada de este modo se despidió de su anciana amiga y protectora, á quien prometió que si al fin tenia la dicha de entrar en el serrallo, le aseguraria una pequeña pensión que la pusiera á cubierto de la miseria. La anciana le hizo donacion de sus pobres economías para los gastos del viaje y la abrazó diciéndola: ¡Que Dios te proteja, hija mia, y que al fin consigas tu de-

seo, y sobre todo que la leccion te enseñe para lo sucesivo á desconfiar de los jóvenes, todos engañadores y volubles.

Llegada que fué á Constantinopla, presentóse en el serrallo vistiendo aun su destrozado jaique negro, solicitó ser recibida por su antigua soberana, quien á pesar de todo no la habia olvidado; á la cual recibió en el acto: el miserable traje que vestia y las indelebles señales que en su fisonomía habian estampado el hambre y los trabajos conmovieron profundamente á la sultana. Naoura se echó á sus piés que bañó con sus lágrimas; su antigua soberana la hizo levantarse, inquiriendo e porqué del triste estado en que veia á su favorita. Naoura se lo refirió todo sin omitir el menor detalle, terminando por contar el abandono en que su amante la habia dejado, y solicitando solo el permiso de ver al sultan para implorar su misericordia y la gracia de volver á entrar á su servicio aun desempeñando el mas humilde cometido.

La sultana prometió hablar á S. M. y lo hizo en efecto, pintando con los mas vivos colores

el arrepentimiento de Naoura y los trabajos y vicisitudes porque habia atravesado.

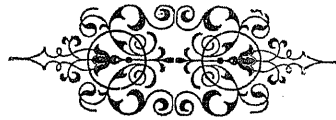
—Que venga á verme, contestó Abdul-Medjid... pero antes, que se vista en la forma con que lo hacia antes de salir del palacio, no quiero que tenga que ruborizarse ante mí.

Al siguiente dia Naoura, elegante y lujosamente arreglada, fué recibida por el sultan; este generoso príncipe no le hizo la menor reconvenccion; al contrario con su bondad acostumbrada le significó entraria desde luego al servicio de la sultana Fatma su hermana, ocuparia el rango en que antes se hallaba, y tendria al mes los mismos honorarios.

Naoura ocupa hoy una bella habitacion que le parece un paraiso si la compara con la miserable choza que en Cira habitó, y los que en el paseo de Aguas-Dulces la admiran aun en su elegante carroza, difícilmente conocerían en ella la que fué lavandera en Cira; pero si hoy olvida sus pasadas miserias, recuerda sin embargo á

la pobre anciana que le sirvió de amparo, y cada mes le envía mil piastras.

Aun le dirigen algunos adoradores sus lánguidas miradas que son recibidas con una sonrisa de desprecio; Naoura ha aprendido bien caro el valor de las promesas de los hombres. La historia que ha referido á sus compañeras, ha sido por otra parte provechosa, para las mismas quienes no desean ciertamente dejarse robar por ningun amante.



CAPÍTULO SEGUNDO.

LOS MARIDOS DE LAS SULTANAS.

Cuando alguna de las hijas del Sultan llega á la edad de contraer matrimonio, su real padre busca entre los ministros ó generales la persona que puede convenirle por yerno; es preciso que al menos tenga la categoría de general de su ejército; pero si S. M. elige un individuo á quien quiera dispensar esta honra y no se halla sin embargo en tal categoría, lo eleva á ella saltando por los trámites regulares. Así es como el difunto sultan hizo de un sencillo capitán de escuadron, jóven y sin fortuna, todo un Mariscal de su imperio, casándolo

despues con su hija, viuda á la sazón del hijo del célebre Réchid-Pachá.

¿No es esto uno de los sueños que nos presentan *Las mil y una noches*? Un jóven capitán de escuadrón, sin esperanza ni fortuna, elevado súbitamente á la categoría de general, esposo de una de las hijas del soberano y con sesenta mil piastras cada mes, para sostener sus caprichos, pues el sultán atiende estén casadas ó solteras á la manutención y asistencia de sus hijas. Esto es mas que cuanto el favorecido pudiera nunca haber soñado.

Antes de escoger su yerno, el sultán consulta directa ó indirectamente el gusto de la hija á quien desea dárselo por marido. No puede decirse que el consultado es el corazón, pues todo lo mas que suceder puede, es que la presunta casada conozca de oídas al que se le destina por esposo; el corazón, pues, es el que menos parte toma, como se vé, en este asunto.

Algunas veces, aunque muy contadas, se les impone un marido; es difícil sin embargo que es-

to suceda, pues los sultanes, como todos los turcos en general, son padres cariñosos y no descuidan la dicha y porvenir de sus hijos.

Cuando el sultán ha hecho definitivamente la elección del individuo que le conviene para yerno, entonces sin consultarlo, sin prevenirle nada, lo hace venir á su presencia, diciéndole cuando lo está que se ha dignado escogerle por hijo, y que debe casarse con la sultana *tal ó cual*.

El elegido se inclina respetuosamente ante su soberano, cuyo pié besa, balbuceando algunas frases que tienden á expresar la alegría y profunda gratitud que siente por el honor que S. M. le dispensa. (Hay que observar sin embargo, que alguno de los elegidos ven su mayor desgracia en ello, sobre todo si su corazón está interesado por otra mujer, ó si celosos de su independencia de solteros, no quieren perder esta por nada del mundo; porque desde el momento en que son maridos de las sultanas, ¡adios, libertad, adios todo! pues como mas adelante se verá adquieren con el título de esposo, el de esclavo de sus mujeres.) No

ha habido ejemplo empero, que ninguno haya declinado este honor.

El presunto marido, una vez que el sultan le ha honrado por sí propio con el título de yerno, se dirige en seguida á la Puerta acompañado del gran chambelan, que es el portador del *haat* ú orden imperial. A su paso, una fila de soldados que cubre las calles le presenta las armas, y la música lo precede ejecutando sus mas armoniosas tocatas.

Llegado que es á la Puerta es recibido por el Gran visir quien lo espera en lo alto de la escalera. El chambelan entrega estonces á este, no sin haberle besado antes respetuosamente el *haat* imperial; recibido por el visir quien á su vez practica la misma ceremonia, dándolo en seguida á su *mustachir* (ó sea secretario;) entran incontinenti en la sala del Consejo, donde reunidos los ministros, y en medio del mas profundo silencio, el *mustachir* lee el *haat* por el cual el sultan se digna elevar á la categoría de su yerno, la persona citada.

Acabada la lectura todos rodean al agraciado, á quien felicitan por su futura dicha; no obstante esto, los yernos del sultan tienen pocos cortesanos, pues ninguno adquiere sobre su real suegro influencia de ningun género.

La ceremonia anterior es considerada en Oriente como los esponsales entre nosotros.

El matrimonio se consuma en los mismos términos casi que se lleva á cabo el de todos los grandes personajes de Turquía. Si el futuro es rico hace por sí propio los gastos del *trousseau* ó canastillo de bodas. Lo mas corriente sin embargo, es que el sultan le envíe la suma necesaria con que comprar los regalos, los que siempre son de una magnificencia grandiosa. Van encerrados en una canastilla de plata ú oro, la cubierta es un ramillete de flores ó dos palomas (segun el capricho del novio;) pero todo engastado en piedras preciosas.

Los objetos que contiene la canastilla, son sobre poco mas ó menos los siguientes: adornos de diamantes, tazas de café, copas de oro y brillan-

tes, diademas, brazaletes, anillos, todo en piedras preciosas; cinturones de oro, lazos y broches de rubíes, abrigos, chales de cachemira, telas para hacer vestidos, otras bordadas en oro y perlas finas con infinidad de objetos de gran valor. Las perlas, el oro, y las piedras finas hacen en todos y cada uno de los regalos, el principal papel.

La futura envía y regala á su vez, un magnífico sable, cuya empuñadura está literalmente cubierta de brillantes y esmeraldas, mas una sortija de gran valor (la piedra de esta cuesta muchas veces mas de 200.000 francos,) una botonadura para chaleco, y un reló con su cadena llena de brillantes; estas piedras se ven en todo, en los vestidos, en los vasos, en las tazas de café; el brillo de ellas es tan necesario al gran señor turco como el aire que respira. Recibe además el novio un rosario de perlas, camisas, pañuelos, etc., todo de una finura y gusto extraordinarios.

Existia para estos casos en Turquía una costumbre que Abdul-Medjid ha abolido, y era que

cada ministro ó gran dignatario obsequiaba á la sultana que se desposaba, con una joya ú objeto de valor; esta devolvía el regalo con otro en tela, y que era una obra maestra por su finura y bordado. Hoy, aun las sultanas, hacen dicho presente á cada ministro; pero estos no se lo devuelven con obsequio de ningun género.

En cuanto al *trousseau* que el sultan envía á cada una de sus hijas, es de una elegancia y riqueza superior á todo elogio.

Durante el tiempo que residí en Constantinopla, tuve ocasion de ver un vestido destinado á la jóven sultana R... y que debia servirle de segunda *toilette* para el dia de sus bodas; habia costado la friolera de 400.000 francos; era de tisú bordado en oro y salpicado de brillantes y grandes perlas.

La víspera del dia del matrimonio, el sultan padre que hace preparar á su presencia todo el *trousseau* destinado á su hija, lo manda conducir por sus esclavos al palacio, que para aquella ha sido alhajado. Todos los objetos que componen el

trousseau van cubiertos con una gasa salpicada de lentejuelas de oro.

Los esclavos los llevan en grandes bandejas sobre su cabeza á fin de que el pueblo pueda admirar la magnificencia, la caja que contiene las alhajas y joyas va abierta y el Gran visir en persona la escolta.

Al día siguiente la sultana se dirige á tomar posesion de su nuevo domicilio; esta ceremonia se verifica con gran pompa; el cortejo que la acompaña es soberbio. Tuve ocasion de ver el ceremonial desplegado al dirigirse la sultana S... á su palacio para desposarse con A... Pachá; tanto lujo, tanta magnificencia deslumbradora, no se conciben en las demás Córtes europeas. La carroza de gala habia costado en París 180.000 francos; la jóven desposada vestía de raso azul celeste; por todas las costuras de sus vestidos brillaban la mas costosa pedrería; un gran velo de hilillo de oro la cubria casi hasta los piés; dos damas de honor la acompañaban; cuatro carrozas de gala seguian la de la sultana, y en ellas iban sus camaristas y azafatas.

A estos carruajes, seguian otros muchos ocupados por sus mas bellas esclavas. (Yo presenciaba todo esto en compañía de mi amiga, la mujer de Houssou Pachá.)

—Vais á presenciar, me dijo esta, la primera entrevista de los esposos.

El cortejo iba muy despacio á causa de que el pueblo se aglomeraba á su paso, aclamando y vitoreando á la jóven princesa; nosotros tomamos la delantera, pudiendo conseguir á duras penas que nuestro carruaje ocupase un sitio frente al palacio.

—Tan luego como la cabeza del cortejo aparezca, me decia mi amiga, vereis al presunto marido bajar hasta la escalinata de la puerta del palacio para recibir á su esposa.

No tardó esto en acontecer, el novio apareció y pude examinarle á mi gusto. Era un jóven de agradables facciones, pero estaba pálido y agitado; comprendí su emocion: ir á desposarse con una mujer á quien no conocia, ni aun por su fisono-

mía, eran motivos mas que suficientes para hacer nacer la impaciencia y el temor.

La carroza de la desposada llegó al fin á la puerta del palacio; el novio saludó profundamente á su futura, ofreciéndole con galantería la mano para bajar; (estaba mas turbado que una colegiala que por primera vez sale al mundo tras largos años de encierro.) Condújola con la mayor cortesía á las habitaciones del palacio, saliendo solo cinco minutos despues.

¿Cómo, exclamé; no se queda ya al lado de su mujer?

—No, me respondió mi amiga, vuelve á su casa, deja á la novia tomar tranquilamente posesion de su alojamiento. Esta noche á las nueve es cuando tendrá lugar la verdadera entrevista, que se efectuará con los siguientes detalles:

A la indicada hora la nueva sultana ocupa un trono que en la sala de ceremonia de su palacio le está preparado; dos de sus damas de honor se colocan á sus costados; el tocado de la sultana es de lo mas rico y elegante: un gran velo la cubre

completamente; á sus piés se estiende un tapiz ricamente bordado y salpicado de perlas y diamantes.

El novio ha comido aquel dia con sus parientes y amigos; estos despues de la comida lo llevan á hacer una oracion á la mezquita, (es de rigor), despues de practicada esta, se dirige al palacio de su prometida; dos eunucos vestidos de gran ceremonia lo esperan á la puerta del salon del trono, donde es introducido; allí se arrodilla en el tapiz y hace una corta oracion, terminada que es, se dirige hácia su prometida, la besa una mano diciéndole algunas palabras mas ó menos espirituales, segun su talento, y las cuales son difíciles de pronunciar en gracia de lo burlesco y violento de su posicion, (recuérdese se halla ante una mujer cuya fisonomía ni aun conoce.)

Las damas de honor levantan entonces el velo de la desposada, el marido contempla al fin el rostro de su mujer...

¡Quién experimenta una agradable sorpresa! quién una amarga decepcion! Las damas de ho-

nor, terminada su mision, se alejan discretamente diciendo:

—Nada tenemos que hacer ya aquí.

Hagamos como ellas, lectores, no violemos el encantador secreto de esta primera entrevista marital.

Descrita la forma y ceremonias con que se practica el matrimonio de las hijas del sultan, resta solo, amables lectores, deciros la posicion que el marido ocupa al lado de su mujer, y os convencereis que las sultanas pueden vengar en aquellos los excesivos privilegios que sobre sus mujeres tienen los demás turcos; los maridos de las sultanas son mas bien sus esclavos.

Si los turcos en general son los únicos maridos del mundo que pueden moral y materialmente lisongearse de la fidelidad de sus mujeres, las sultanas en cambio son las únicas mujeres tambien que pueden estar seguras de la fidelidad de sus esposos.

Algunos de mis lectores dejarán escapar al

leer estas líneas una exclamacion de duda... ¡Maridos fieles... imposible...! Soy de la misma opinion; pero lo son porque no pueden absolutamente dejar de serlo; las sultanas tienen, y les concede la ley, unas garantías ante las cuales todo deseo de infidelidad fracasa.

Lo siguiente dará fe de ello:

Las sultanas tienen á su servicio una multitud de esclavas jóvenes y lindas, pero sus maridos no las ven nunca; para su servicio se le destina dos feas y viejas.

La poligamia está permitida en Turquía; pero de ninguna manera á los maridos de las hijas del sultan, y si por casualidad al desposarse con una de ellas son casados, lo que algunas veces suele acontecer, desde el dia en que son yernos de aquel soberano, se les prohíbe volver á ver sus mujeres; las dejan en sus casas, les dan para vivir todo lo necesario, pero jamás vuelven á verlas; estas mujeres les concede la ley el derecho de divorciarse ó volverse á casar.

Como todos los harenes, los de las sultanas es-

tán separados de las habitaciones de sus maridos. Estas se denominan el *selanlık*. Un gran salon une los dos departamentos; este salon es ordinariamente la habitacion del marido que allí espera las órdenes de su mujer, pues no puede entrar en las habitaciones de esta sin ser llamado, y si por la noche le ocurre á la sultana divertirse en música ó canto con sus esclavas hasta las dos ó las tres de la mañana, el pobre marido espera pacientemente recostado en un divan que las puertas del harem se abran para él; pues duerme en este y por el dia habita constantemente en el dicho salon, donde recibe sus amigos, sus visitas; y bien tenga estas ó esté con aquellos, los abandona en el momento en que el eunuco encargado de introducirlo al lado de su mujer se le acerca; entonces se apresura á cumplir las órdenes de esta, no sin hacer antes un *témeha* (saludo turco que consiste en llevar la mano derecha á la frente.) En presencia de su mujer se mantiene en pie respetuosamente, sin tomar jamás asiento hasta que esta lo invita para ello.

Las sultanas no toleran jamás la menor familiaridad á sus maridos, les hacen sentir siempre la diferencia de origen y gerarquía social.

Si el marido debe ir á la Puerta ó ver á su padre ó madre, jamás lo verifica sin obtener antes la autorizacion de su esposa, y si se detiene en el consejo mas tiempo del regular, se halla siempre en la obligacion de hacerlo saber á la sultana. Es muy raro que coma en casa de sus padres ó de algun amigo sino con el consentimiento de la sultana; siempre que sale, va acompañado de un séquito numeroso de criados, quienes tienen la poca delicada mision de vigilar sus menores actos, y si hiciera la menor cosa, se creerian muy honrados, demostrando su celo, al referirlo á su Alteza, su ama.

Ahora bien, lectores. ¿Qué pensais de esta posicion del marido de las hijas del sultan? Si quieren engañar á sus mujeres, es imposible, ó al menos muy difícil.

No se crea, sin embargo, que las sultanas comen con sus maridos como hacen todas las mu-

jeros del mundo; no, no les dispensan este honor, comen sencillamente solos ó con algunos amigos á quienes invitan. La comida de las sultanas reviste una gran ceremonia.

Un cuarto de hora antes de cualquiera de ellas, una esclava jóven (que no tiene otro cometido que este) se arrodilla ante su ama presentándole una gran palangana de oro macizo, en la que vierte algunas gotas de agua tibia y perfumada, contenida en un jarro que lleva en la otra mano, el jarro tiene la forma de las ánforas antiguas, es de plata ú oro cincelado, y lleva entre sus dibujos algunas piedras preciosas. La sultana moja la punta de los dedos en el agua, y en seguida se los enjuga en una diminuta toalla de raso blanco con franjas de oro, que otra esclava le presenta.

Terminada esta operacion pasa en seguida al comedor.

En este se halla el servicio dispuesto del modo siguiente. Se extiende en el suelo un rico tapiz, sobre este tapiz hay una mesa grande ó pequeña, segun el número de personas que coman

con la sultana, ó bien lo haga ella sola. Encima de esta mesa se coloca una bandeja de plata; esta bandeja se cubre con una servilleta grande de finísima muselina; encima se pone el servicio: durante la comida algunas esclavas tocan varios instrumentos; terminada aquella y durante los postres, si así agradara á la sultana, varias bailarinas ejecutan primorosas danzas.

La sultana ocupa un divan, un sillón ó butaca á la europea.

La cocina está fuera del harem; el jefe de ella es tambien una esclava; á esta le está encomendada el poner cada servicio en la bandeja que ha de conducirlo hasta la mesa de la sultana; cada servicio va cubierto por un pedazo de muselina perfectamente cuadrado; la cocinera-jefe une las puntas y las sella. La esclava que hace las funciones de maestre-sala debe asegurarse antes que nada, si el sello está intacto.

Otras dos esclavas sirven en este acto á su señora, una de ellas coloca cada servicio ante esta, sosteniéndolo en la palma de la mano y enci-

ma de esta tiene un pequeño tapiz. Servida la sultana, la otra esclava retira el plato ó lo pone sobre la mesa, donde nunca hay mas de un servicio.

La cocina turca difiere bastante de la nuestra; tiene muchos condimentos desconocidos para nosotros; abunda mucho la pastelería, que es excelente, los dulces serian deliciosos, sino los cargaran tanto de azúcar.

Al servirse los postres se quita la servilleta de muselina que cubre la bandeja principal; se la sustituye por otra enteramente nueva (la etiqueta y el uso han establecido que jamás sirva dos veces una misma pieza;) sobre ella se colocan los postres, los que terminados, la esclava destinada á este servicio ofrece nuevamente á su ama la palangana para lavarse las manos, volviéndose á repetir la operacion anterior.

Terminada que es, la sultana abandona el comedor, dirigiéndose á otro salon, donde se arrodilla sobre un suntuoso tapiz preparado de antemano; allí con sus esclavas que toman puesto segun

su rango y gerarquía; hace la oracion de la tarde, y concluida, se dirige á otro salon ya profusamente iluminado, recostándose sobre un divan. En esta posicion fuma una pipa ó un cigarrillo que otra esclava le presenta.

Llega su turno al café, que se sirve en diminutas tazas en forma de huevo, y que son una verdadera maravilla en lujo y trabajo artístico; todas están salpicadas de diamantes ó perlas; mientras toma el café, las damas de honor acompañan á su soberana, una de ellas la lee varias poesías orientales, tan dulces y arrobadoras como todas las de su género, ó varias esclavas músicas la divierten tocando. Para pasar la velada la sultana invita muy á menudo á sus hermanas, amigas ó conocidas; entonces se sirve el café en abundancia, pastas y esquisitas frutas, las esclavas músicas ó bailarinas hacen el gasto reemplazándolas á veces las comediantas ó actrices que desempeñan con gran propiedad nuestras mejores y mas divertidas comedias, traducidas á su idioma.

Para ver esta fiesta, asisten hombres; en tal caso, la sultana invita á su marido diciéndole: «Venid esta noche y convidad á fulano y sutano;» en estas ocasiones las fiestas tienen lugar en el gran salón que se halla dividido en dos, por medio de una reja dorada; detrás de la reja se hallan la sultana y sus amigas; el marido y sus acompañantes se hallan al lado opuesto; ante ellos ejecutan sus habilidades las esclavas músicas, danzantes ó actrices, pues las esclavas pueden siempre exhibirse ante los hombres con la cara descubierta.

Otra esclava que desempeña las funciones de maestre de ceremonia obsequia en nombre de su ama á los señores invitados á la fiesta, haciéndoles servir café, frutas y pastas; por medio de aquella servidora, la sultana hace los honores de la casa.

El palacio de cada una de las hijas del sultán ya casada, es para el orden y gerarquía de esclavas un pequeño serrallo: desplagan un gran lujo, gastan de un modo inaudito, y el sultán su pa-

dre no sabe rehusarlas el menor capricho. Sus carruajes son para ellas el mueble más dispendioso, no saben que inventar para rivalizar en lujo entre sí. Así es como se admiró en Constantinopla la carroza de la bella sultana Sephiras; era toda de cristal de roca, forrada en riquísimo terciopelo blanco con franjas de oro; los broches que sujetaban las cortinas eran también de este precioso metal salpicado con brillantes; los arneses de sus caballos también contenían chapas de oro incrustadas con diamantes.

Si es verdad que las sultanas gastan fabulosas sumas para rodearse de un lujo inaudito, no es menos cierto que también hacen muchas y grandes limosnas. Tan luego como llega á sus oídos la noticia de una desgracia, acuden á remediar esta con gran liberalidad, y ningún necesitado se acoge á su caridad sin ser generosamente socorrido.

Para sus amigas son excesivamente espléndidas; al casarse cualquiera de ellas hija de algún elevado personaje, la envían un suntuoso regalo;

al contraer matrimonio la hija de H... Pachá, la sultana Sephiras la envió un abrigo, valor de 30,000 francos; si le presentan una dama europea, jamas esta sale del palacio sin haber sido agasajada con una joya ó objeto de gran valor.

Si las sultanas tienen á sus maridos á una respetuosa distancia, tratándolos con cierta altanería y superioridad, en cambio tiernas y apasionadas por ellos los tratan íntimamente con la mayor dulzura.

El siguiente caso probará la verdad de los anteriores asertos; la sultana S... se habia desposado con A... Pachá.

Un dia un *kaiik* del Imperio fondeó ante su palacio; un chambelan que iba dentro suplicó á A... Pachá bajara, pues tenia que hablarle; tan luego fuera de su palacio un ayudante de campo le presentó respetuosamente una orden del sultan, desterrándolo, á cuyo efecto lo condujo á un vapor que lo esperaba cerca del *kaiik*. A... Pachá obedeció; se habia tomado esta precaucion, y usado de esta astucia para arrestarle, pues en el

harem no puede serlo hombre alguno; el harem es sagrado.

La sultana esposa de A... Pachá vió desde un agimez de aquel se llevaban su marido; el vapor lo hizo concebir la sospecha del destierro á que se le condenaba; inmediatamente grandes exclamaciones de dolor salieron de su angustiado pecho; un momento despues todos los cristales de las ventanas de palacio volaban en pedazos, y por ellas asomaban todas las cabezas de las esclavas que á imitacion de su ama lloraban á gritos, agitando sus pañuelos en señal de despedida. El pobre marido se alejaba á bordo del vapor, demostrando su pena en sus ademanes, y enviando á su mujer mil demostraciones de despedida. Ya estaban muy lejos, y aun llegaban á sus oidos los ayes de pena que lanzaba la sultana y sus esclavas.

Esta cayó enferma, una violenta fiebre hizo de ella su víctima; pero al dia siguiente enferma, pálida, llorosa, y completamente vestida de negro se hizo llevar al palacio del sultan su pa-

dre. Su Majestad se hallaba en consejo con sus ministros, cuando le anunciaron la visita de su hija. Como queda dicho, Abdul-Medjid, que era bondadoso hasta lo sumo, comprendiendo que esta venía á reprocharle el destierro de su marido y sintiéndose débil para escucharla, rehusó verla y se encerró en sus habitaciones; su hija llegó hasta estas arrojándose al cuello de su padre. Este no pudo ver sin conmovirse las lágrimas de su hija á quien ofreció el perdón de su esposo; al siguiente día, en efecto, un vapor fué á buscar al dichoso marido, desterrado por causas políticas.

Sin embargo de todo lo dicho, hay en la vida de dicha de las sultanas una contrariedad terrible; si se les prodiga oro, joyas y toda clase de placeres, comodidades y lujo, en cambio no gozan de los encantos de la maternidad. Las comadronas que asisten á sus partos (pues solo en casos graves obran los médicos,) tienen la terrible misión de ahogar todo hijo varón que den á luz, haciendo creer á sus madres han nacido sin vida,

Cuando llegó á mis oídos esta bárbara cos-

tumbres, confieso mi terror, y no pude menos de exclamar. ¿Cómo se atreven á casarse estas pobres mujeres, sabiendo la suerte que espera á sus hijos varones? Entonces se me contestó que la mayor parte de las sultanas ignoraban esta ley, ó que al menos se les hacían comprender morirían sus hijos de muerte natural; difícil me parece, sin embargo, que las sultanas viviesen en tamaña ignorancia ó que no sospechasen esta ley cruel al ver que ninguno de sus hijos varones vivía.

En todo caso el padre es digno de compasión; al menor síntoma de embarazo de su mujer, y durante los nueve meses de éste, experimentará agonías horrorosas. Sin embargo, en los días en que se redactan estas líneas, los periódicos anuncian que el nuevo sultán ha abolido por decreto tan bárbara ley; tal rasgo hace el mejor elogio de la nobleza de su corazón, que ha hablado más alto que todas las consideraciones políticas.

CAPÍTULO TERCERO.

Costumbres de las mujeres del pueblo.

La casa mas pobre en Turquía, como todas, está dividida por dos departamentos separados entre sí: el del marido se llama *selanlik*: en él recibe á sus amigos, visitas y demás personas que vienen á buscarle para sus negocios: el departamento ó habitaciones de la mujer se denomina *harem*.

Como expresado se deja en capítulos anteriores, la poligamia en Turquía no existe en tan alto grado como en el resto de Europa se cree; no está permitido sino á los hombres ricos que pueden con largueza acudir á las necesidades de sus mujeres y que tienen á mas una habitación sufi-

cientemente espaciosa para que cada una de ellas viva en departamento separado de las demás.

Las gentes del pueblo, los comerciantes en pequeño, jornaleros y demás clases de este género, no gozan los derechos de la poligamia, solo tienen una mujer que escogen en las familias conocidas.

Sus matrimonios se efectúan como entre los ricos, aunque sin el aparato y ostentación de estos, á causa de su escaso peculio.

El marido reconoce siempre á su mujer y la otorga una cantidad mas ó menos grande segun sus bienes, en forma de dote; la mujer rica ó pobre en Turquía no aporta al casarse sino su *trousseau* y dos esclavas para su servicio; el dote con que el marido la obsequia tiene por objeto el ponerla al abrigo de la miseria en caso de separación ó divorcio.

Entre los turcos, es del hombre la obligación de trabajar y cubrir las necesidades de su consorte á quien se considera como el ser mas débil y mas delicado, toda vez que no es pequeño su tra-

bajo al llevar nueve meses en su seno cada uno de los hijos que da á luz, y guiar en su niñez los primeros pasos que dan en el camino de la vida siempre sembrado de abrojos.

Recibir dinero de una mujer y vivir á sus expensas, es humillante para los maridos turcos; así se explica que los que viajan por Europa y notan esta caza que se hace al dote de las mujeres ricas y que muchos hacen del matrimonio una especulación, no pueden menos de reprochar este acto, tan poco digno en verdad.

La mujer del pueblo en Turquía vive siempre en *su harem*, ocupándose del cuidado de su casa y sus hijos. Como todas las demás de su sexo, en las diferentes clases de la sociedad no puede, bajo pretesto alguno, recibir ningun hombre con la cara descubierta, sino envuelta en su *ferijé*. En esta forma puede salir libremente de su casa á hacer las compras que necesite, sin temor alguno de ser perseguida ni molestada por ningun hombre; el respeto por la mujer en general y por la agena en particular, está tan arraigado entre

los habitantes de Oriente, que no solamente el hombre que seduce á la mujer de otro es castigado por la ley en caso de saberse su delito, sino que á la menor sospecha seria muerto por el marido á quien ultraja, alcanzando siempre el desprecio general de los demás de su sexo.

La mujer en Turquía no tiene oficio alguno; es mujer y esto es todo. Entre nosotros no es raro que la mujer sea con su trabajo ó su oficio la que sostiene su casa; el turco sabe que al casarse, solo él ha de mantenerla; las mujeres sin embargo gozan de grandes privilegios, y no es extraño ver en Constantinopla una mujer del pueblo ir á buscar á su marido al café ó á la taberna, (ó en cualquier punto donde se halle gastando el tiempo,) para llevárselo á su casa, administrándole como correctivo algunos golpes con su babucha. El marido baja la cabeza y marcha lo mas deprisa posible, y aun recibe los golpes sin hacer la menor objecion; si la hiciese ó se subleva por decirlo así, contra su mujer, el pueblo lo castigaría mas rudamente, y la autoridad lo

pondria preso; por otra parte, un marido entre los turcos no se deja arrebatarse jamás hasta el estremo de pegar á su consorte; desde niño se le enseña á comprender que el bello sexo por su debilidad es siempre sagrado.

No hay, en efecto, país alguno en que las leyes protejan á la mujer tanto como en Turquía; la que tiene queja de su marido, inmediatamente se dirige en queja al Juzgado; este, sin ocasionar la demora casi interminable que en nuestros tribunales existe, la hace justicia, sin necesidad de abogados, procuradores, ni gasto de ningun género.

En Francia y demás países de Europa en general, el divorcio es casi imposible entre los pobres; para formular su demanda cualquiera mujer, y antes de llegar á conseguir su deseo, necesita hacer grandes gastos que pocas pueden sufragar. ¡Cuántas veces he oido decir á pobres menestrales las siguientes palabras:

¡Ay! mi marido me pega, es brutal, borracho, gasta en la taberna lo que yo con mi trabajo ga-

no, y mis hijos y yo pasamos la mayor miseria! No falta quien les aconseje la separacion, el divorcio, pero ¡ay! para obtener este, los gastos en los tribunales que han de declararlo son indispensables, y muchas carecen de numerario para cubrir dichos gastos.

Los jueces en Turquía son como aquí nuestros diputados; el pueblo los elige, los nombra y paga, no ejercen sino dos años, al cabo de este tiempo cesan en su cometido, reemplazándolos otros en la misma forma.

Todos los asuntos de justicia se dirimen ante un Tribunal compuesto de varios jueces y un presidente, no hay fiscal ni defensor, cada uno espone su queja, ó defiende su causa; si alguna persona compareciendo ante el tribunal se turba ó es poco elocuente, entonces uno de los jueces se levanta y hace sus veces. La justicia en Turquía se hace del modo mas equitativo, y en tal forma, es recta la administracion de ella que muchos europeos residentes en aquel país someten el fallo de sus asuntos á los tribunales que en él obran; si

un Pachá, gobernador ó elevado personaje es objeto de demanda por parte del mas miserable de los turcos, la justicia le obliga á venir ante el Tribunal, y mientras este ejerce sus funciones, acusador y acusado se mantienen respetuosamente en pié ante él.

No todas las mujeres turcas tienen un carácter pacífico; al contrario, la mayor parte son bullangueras y aficionadas á las conmociones populares; en todas estas figuran en primera fila, abusando así de su privilegio que hace al bello sexo sagrado; las tropas no cargan jamás ni hacen fuego al populacho en que haya mujeres. Cuando un ministro cualquiera no obtiene las simpatías del pueblo, se reúnen un ciento de aquellas, lo esperan en cualquiera calle ó plaza por donde haya de pasar para ir al Consejo, detienen su carruaje, llenando á su dueño de improperios, y aun las mas atrevidas le lanzan alguna que otra piedra. El ministro baja pacientemente la cabeza, escucha todos los insultos sin conmoverse, y aun si toca alguna piedra á su persona, tiene paciencia,

su séquito ó escolta hacen del mismo modo; se guardaria muy bien de disolver á viva fuerza este motin femenino.

Durante mi estancia en Constantinopla tuve ocasion de presenciar la escena siguiente:

El *seraskié* ó ministro de la guerra se dirigía á la Puerta de gran ceremonia, su séquito era deslumbrador; carruaje de cuatro caballos, ayudantes de campo, escolta de rigurosa gala... de repente el coche fué detenido por 60 ú 80 mujeres, que piedra en mano le dirigieron las siguientes palabras:

—¡No te avergüenza hacer alarde de esa magnificencia, cuando nuestros maridos hace seis meses no reciben sueldo alguno! (Eran mujeres de militares.) ¡Qué haces del dinero que te da el pueblo para esto...? Y prorumpieron en injurias y denuetos. El *seraskié* y su escolta hicieron alto, sufriendo pacientemente las iras femeninas, y cuando estas se apaciguaron un poco, les dijo:

—Dejadme ir al Consejo, os doy mi palabra

de honor, que antes de una hora sereis satisfechas.

Confiado en su palabra, las amotinadas le franquearon el paso, y aquel mismo dia los sueldos vencidos fueron religiosamente pagados.

Al contemplar yo en la forma con que las mujeres y en tan corto número, trataban al ministro de la guerra, no pude menos de exclamar:

Esas desgraciadas quieren hacerse matar. ¿Por quién? se me respondió... no habrá ningun hombre, soldado ó no que se atreva á ofenderlas; tienen la seguridad de ello, y por esta razon figuran á la cabeza de todos los motines.

—Pero mañana la policía las arrestará...

—Tampoco, se me contestó.

Ah! si las mujeres, en las demás naciones de Europa, añadí, se condujeran de este modo, atropellando en tal forma á uno de los mas elevados personajes, la caballería acabaría con ellas lanza en ristre. Pero en Turquía, ni aun en tiempo de guerra, la mujer deja de ser respetada, y si con

su cuerpo cubre en un motin, ya dominado, uno de los culpables, nadie osará apresar á este, ni matarle; pertenece ya á la mujer que con su cuerpo le protege, y es tan sagrado como ella.

Cuando una mujer cualquiera tiene alguna queja que elevar ó demanda que hacer, bien á los jueces ó al mismo ministro en persona, se hace redactar su queja ó demanda por un amanuense público, (los hombres que desempeñan este oficio son numerosos en aquel país, y tienen bufete público en una caseta de madera instalada en las calles.)

Redactada su petición se dirige directamente á la Puerta y sin necesidad de protección de ningún género ó de solicitar humildemente una audiencia, entra resueltamente en el despacho del funcionario á quien va á dirigirse, y aunque fuera el mismo gran visir, primer personaje del imperio, no encontrará nunca portero ni ugiere que la impida el paso; entra en el despacho del gran visir, quien se levanta saludándola cortésmente,

escucha ó recibe su queja, y en el momento se ocupa de ella.

Del mismo modo se escucha á los hombres en igualdad de circunstancias; por los mismos medios un barrendero de calles que sea, aborda al ministro tal ó cual, ante quien tiene que arreglar cualquier asunto, sin recomendaciones de ningún género y sin pedir audiencia alguna, es recibido ó escuchado tan cortésmente como si fuera Emir ó Pachá.

Mediten las anteriores líneas nuestros empleados de pequeña ó elevada gerarquía; hasta ellos no puede llegarse sin una carta ó targeta recomendatoria, sin tener un nombre ó título nobiliario y pomposo, ó al menos sin solicitar una audiencia, y aun así para llegar hasta ellos no acontece á menudo sin sufrir antes dos horas de antesala, ó la poco galante conducta de ugieres y porteros; los turcos sin embargo, difieren mucho de nosotros en estas prácticas.

Como ya dicho queda, la mujer no ejerce en Oriente oficio alguno, amparándola constante-

mente la ley, si se separa ó divorcia de su marido; este está obligado siempre á mantenerla, y si no lo hiciera, la ley lo pone en una prision; si es viuda y sin pariente algunc, el Estado la concede una pension para vivir. Al morir, si dejan algunos hijos, se hace cargo de ellos la Nacion, hasta que están en estado de contraer matrimonio, ó prohijadas por damas de elevada gerarquía, las educan brillantemente, casándolas á la edad de ello, haciéndolas en este acto el obsequio final de *trousseau* ó regalo de bodas. En todas las ocasiones de la vida, la mujer en Turquía nunca queda desamparada.

CAPÍTULO CUARTO.

Los eunucos.

Los eunucos son ordinariamente pobres Abisinios ó negros africanos, robados á sus padres cuando niños por los comerciantes de esclavos ó negreros que los venden en los bazares de Constantinopla; es preciso ser gran señor ó muy rico para tener eunucos; es un lujo excesivamente caro.

Los sultanes poseen muchos. Abdul-Medjid tenia en su serrallo mas de doscientos.

En la historia de Turquía, los eunucos han desempeñado un papel importante, y era tan poderosa su influencia, que no se desdeñaban de hacerles la córte los mas elevados personajes del

imperio; su influencia sin embargo ha decaído hoy bastante.

El jefe de los eunucos se denomina en palacio el *Kuslar-agací*; su categoría es la de Mariscal del imperio, cuyo uniforme viste; sobre su pecho ostenta el gran cordón de *Medjidié*; habita suntuosas habitaciones, tiene á su servicio numerosos criados, sus caballos y trenes compiten en riquezas con los del gran visir, y cuando sale lo verifica con un aparato y ostentación igual al de los ministros.

Los otros eunucos tienen también sus grados y empleos respectivos, desempeñando cada uno el suyo; es verdad que son simplemente criados de mayor ó menor categoría, pero por su inteligencia y buena conducta pueden ir ascendiendo gradualmente. Todos están bajo las órdenes del *Kuslar-agací*, quien es considerado como su comandante general. Todas las mujeres del serrallo, sultanas ó favoritas, tienen cada una para acompañarlas cuando salen, cierto número de dichos individuos.

No se vaya á creer (según algunos autores,) que aquellos tienen el derecho ó se lo abrogan de hablar á dichas damas con altanería ó de entrar libremente en sus habitaciones; no, son respetuosos hasta el servilismo, y les está expresamente prohibido entrar en aquellas sin ser llamados.

Los eunucos inteligentes tienen un cuidado especial de hacerse agradables á las sultanas ó favoritas á cuyo servicio se hallan; y si ellas cometen algún pequeño desacato ante las leyes y costumbres austeras del serrallo, como tiernas miradas ó pequeñas coqueterías, se hacen buenamente sordos y ciegos ante ellos; aparte de esto, y si en el paseo acompañando á cualquiera de ellas, un hombre cualquiera las dirige la más leve mirada ó se les aproxima demasiado, se convierten en bestias feroces, castigando tan duro delito á golpes de yatagan sobre el hombre que los comete; así se explica el cómo el gobierno turco ha pagado á menudo grandes indemnizaciones á muchos europeos que habían sido atropellados por los eunucos.

A pesar de todo lo dicho, son siempre sumisos y discretos con las mujeres del serrallo; mas como estas no ignoran, tienen aquellos la misión secreta de vigilarlas, no los aprecian y los tratan con dureza; mientras que los hombres por el contrario, les dispensan gran consideración, si bien es verdad que muchos de ellos son instruidos é inteligentes.

En las casas particulares en que hay eunucos tienen estos también su jefe inmediato, que es el hombre de confianza del dueño de la casa, desempeñando las funciones de mayordomo ó intendente; los individuos á sus órdenes tienen por toda misión la de estacionarse á la puerta del harem para acompañar á las damas que lo habitan ó ejecutar sus órdenes. Van generalmente del *selanlik* al *harem* y viceversa, no pueden entrar en las habitaciones de este sin haber obtenido autorización para ello, no franquean el umbral sin hacer las *temenas* ó saludos correspondientes.

Cuando las damas que habitan el *harem* salen, las acompañan á guisa de batidores delante

de sus carruajes; sin embargo, esto no es de rigor, pueden, si tal es el deseo de sus amas, dejar de acompañarlas; montan siempre soberbios caballos, los que llevan los arneses bordados en oro.

No hay ningún eunuco que no se retire al cabo de cierto número de años sin tener hechas cuantiosas economías. El siguiente ejemplo dará fe de ello.

Me paseaba yo un día por Cambija, preciosa ciudad del Asia; ví una quinta admirablemente situada con vistas al Bósforo, notable, no solo por su elegante construcción, cuanto por el gusto y frondosidad de sus preciosos jardines; largo rato estuve contemplando tan bella obra de arquitectura y magnificencia; pregunté el nombre del dichoso mortal dueño de tan bello edificio y se me dijo pertenecía á Hassen-Agha *ex-ruslar-agaci* ó ex-jefe de eunucos.

Era un hombre de mundo, perfectamente educado, de fáciles y distinguidas maneras, y amena conversación: llevaba una vida de verdadero *dan-*

dy, teniendo en sus caballerizas corceles magníficos, y cuando se presentaba en los paseos manejando el tiro de un elegante faeton construido en París casa de Binder y seguido por dos galoneados lacayos, cualquiera, á no ser por su negra fisonomía, lo hubiera tomado por uno de nuestros *liones*.

Su vida es alegre como la que mas; da magníficos convites á la europea en que abundan los mas esquisitos vinos, y donde el champagne corre abundantemente. Su vajilla es suntuosa, las habitaciones de su *yalli* están perfectamente alhajadas.

Los convidados del *ex-kuşlar-agacı* son los mas grandes señores y mas elevados personajes de Constantinopla que se creen muy honrados en ser sus comensales.

Su palacio está dividido en dos departamentos; en uno habita y recibe, en el otro estaban alojadas sus mujeres, pues ¡caso raro! Hassen-Agha estaba casado y tenía muchas mujeres; una de ellas, segun voz pública, de una belleza ex-

traordinaria. Ignorábase si efecto de su esperiencia ó de otras causas, las rejas de las ventanas de su harem eran mas gruesas que las de otro. Tambien posee eunucos al servicio de sus mujeres, estas eran esclavas circasianas compradas por él.

.
.
.
.
.
.

Hay algunos eunucos que una vez terminados los años de su servicio, contraen matrimonio; compran una ó muchas circasianas, y tienen como los pachás mujeres legítimas y odaliscas. Como quiera que no pueden disfrutar los encantos de la paternidad, compran muchos niños de Circasia á los que educan y dejan al morir sus bienes.

Otros eunucos, al envejecer, se hacen excesivamente devotos; muchos hacen la peregrinacion á la Meca ó se afilian entre los religiosos que cuidan la tumba del Profeta.

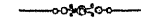
La moda de tener eunucos decae hoy visiblemente en Turquía; los orientales han comprendido al fin que comprando estos desgraciados no hacían sino fomentar la barbarie de los hombres dedicados á este comercio criminal; dicha compra en Constantinopla no se hace ya públicamente.

No cerraremos este capítulo sin referir un drama revestido de una crueldad sin ejemplo en país alguno, originado por la superchería de un individuo de esa raza.

Hace mas de ciento cincuenta años se hizo saber al sultan R... que uno de sus eunucos no era tal, y le habia engañado solo con el objeto de entrar á servir su serrallo; inmediatamente hizo venir á su presencia á dicho individuo, á quien de un golpe de yatagan hizo cortar la cabeza. Hecho esto, hizo venir los cuarenta hijos que con las odaliscas y esclavas de su harem habia tenido; comparecidos estos les hizo tambien degollar, como igualmente á las que en sus senos los tuvieron.

Aun existen en Constantinopla los sepulcros donde yacen todos aquellos inocentes.

El sultan que cometió tan inaudito acto de crueldad, no tembló un solo momento al mandarlo ejecutar, tal era la ira que le dominaba.



CAPÍTULO V.

El Selanlik.—El Harem.

Como en anteriores capítulos consignado queda, todas las casas en Turquía, desde la modesta habitación del pobre hasta el opulento palacio del gran señor, están divididas en dos departamentos; el primero *selanlik*, departamento del marido es donde habita, se ocupa de sus negocios, recibe sus amigos, y donde las mujeres no entran nunca; el otro, habitaciones de la mujer ó mujeres es el *harem* que significa en su idioma «vivienda de la mujer.»

Nuestros compatriotas pues, no hablan con propiedad al decir que *un hombre tiene un harem* para expresar tiene muchas mujeres; toda casa en

Turquía se compone de los ya dichos departamentos. En las de los grandes señores turcos cada *harem* consta de varias habitaciones completamente independientes entre sí; pues el hombre que tiene como ellos varias mujeres, necesita que estas se alojen separadamente; cada una tiene sus respectivos criados, y en sus habitaciones respectivas reciben sus visitas, comen y tienen sus fiestas, tan completamente independientes unas de otras, que si así lo quieren no necesitan verse para nada. El servicio en los haremenes lo desempeñan las esclavas; tener muchas es un lujo obligatorio: en las casas en que no hay eunucos estas desempeñan toda clase de servicios interior y exteriormente; pero si los hay, ellos solos son los que lo ejecutan en esta última forma, esperando siempre las órdenes á las puertas del *harem*; en una de ellas existe una especie de torno donde cada cual deposita previo aviso los encargos que del exterior ha traído, segun órdenes que recibiera. El marido ó jefe de la casa tiene la llave del *harem*, en el que entra cuando le acomoda; pero si

tuviese varias mujeres, avisa por un eunuco anticipadamente, á la que quiere honrar con su visita.

Quisiera, amable lector, hacerte comprender cuánto pasa en el interior de los *haremenes*, mas temo abordar un terreno escabroso; á mas, no todas las casas se asemejan en sus interioridades. En algunos, la vida es alegre y feliz, en otros no, en los primeros es porque solo hay una mujer dueña y soberana del corazon de su marido; en los que hay muchas mujeres, no siempre impera la mayor armonía.

Las mujeres turcas son poco instruidas; es raro el que sepan leer y escribir su idioma, completamente ajenas á las artes, literatura y poesía; solo se ocupan de su tocado y lujo. Son en cambio excelentes bordadoras, y trabajan con sus esclavos en magníficas tapicerías recamadas de oro. El carácter de las esclavas es por punto general dulce y servicial: apenas una nube de pesar aparece en la frente de sus amas, bailan, cantan y ríen hasta disiparla.

Efecto de la indolencia de su carácter, las orientales pasan las horas enteras recostadas sobre un canapé, ó acurrucadas sobre blandos cogines ó tapices, fumando á veces un *narguillé* ó un cigarrillo.

La mayor parte de sus esclavas la rodean, adivinando y poniendo por obra sus menores deseos y caprichos; unas veces les hacen aire con magníficos abanicos de plumas de avestruz, otras le presentan una diminuta taza de café. Como quiera que mujeres legítimas ó no se visitan entre sí, obsequian mucho á sus amigas, y en este caso el marido no puede entrar en el harem, toda vez que las amigas de su mujer no pueden ser vistas por él con la cara descubierta.

Los encantos de la vida doméstica se conocen poco en Turquía; rara vez el marido come con su mujer, sobre todo si tiene mas de una; así es que en casi todas las casas del país se aprestan dos comidas: la del *selanlik* y la del *harem*.

Entre muchas mujeres que por punto general se aborrecen, entre hijos de diversas madres, los

que no pueden quererse como si en el mismo seno hubiesen nacido, la vida del hogar es difícil y penosa.

El lujo oriental es casi proverbial, y sobre todo, se ostenta con su mas poderoso incentivo en las habitaciones de las mujeres; no es raro ver muchas de estas tapizadas en raso blanco cubierto de arabescos de oro, encontrando soberbios divanes en que las perlas hacen perfecto maridaje con los brillantes.

Tuve ocasion de ver una habitacion preparada para una recién casada; no he visto mayor lujo de detalles ni mas magnificencia; estaba toda tapizada en raso azul de cielo con guirnaldas de flores en oro mate: los botones de estas flores eran diamantes y perlas, el divan del centro habia costado mas de 60,000 francos; el tapiz ó mantel para la comida de boda eran de un trabajo y lujo maravilloso; los rubíes, esmeraldas y brillantes, formaban preciosos dibujos y cambiantes. Un jarro para el agua llamó sobre todo mi atencion, era de oro macizo satinado de listones de lujosa pedrería.

Los orientales ostentan su mayor lujo en su vagilla, tazas de café, azucareros y ánforas; todos estos objetos son de plata ú oro con pedrería de mas ó menos valor, segun las fortunas de sus dueños.

En Europa, es decir, en las demás naciones de esta, las piedras preciosas se emplean solo para joyas de uso personal; pero entre los turcos se ven por todas partes; sus pipas y sus narguillés son para los hombres los objetos mas dispendiosos; los cañoncillos de ámbar gris son de elevado precio, sin contar el anillo de diamantes que las adorna; los *narguillés* tienen tambien grande valor, y en las casas ricas el mayor lujo está en tener muchos para ofrecerlos á los convidados despues de las comidas.

En Europa, los hombres solo tienen para alhajas un reló de mas ó menos precio y botonaduras de camisa ó puños; en Turquía no es así, en relacion á la fortuna de cada cual, los rubíes y diamantes brillan por todas partes, hasta en los botones de sus alquiceles.

Los lechos orientales difieren mucho de los nuestros; no están colocados *ad hoc* en cada dormitorio; al llegar la noche los esclavos ó esclavas los traen y colocan en medio de la habitacion destinada al objeto, lo cual es excesivamente fácil, toda vez que los turcos no usan sino pequeños colchones sobrepuestos unos á otros, sirviéndose de magnificas cachemiras para cubrir estos, y abrigarse. Los lechos todos los rodean de un finísimo mosquitero de gasa.

Las mujeres turcas abusan del lujo en sus vestidos; algunas principian ya á usar nuestras modas, excepto el turbante. Sus trajes son tan costosos como pintorescos; usan un pantalon largo y ancho, este se abrocha sobre el tobillo por medio de una jareta, cayendo despues en bullones sobre el pié, del cual no deja ver sino la punta. La camisa es de finísimo hilo ó algodón; sobre ella visten una especie de surtout cerrado desde arriba y que forma detrás una especie de aldeta; este *surtout* se halla escotado, de modo que deja lucir el cuello y nacimiento del seno, llevando en el

talle una ancha banda de colores; se adornan con infinitas joyas, collar, alfileres y brazaletes. En los cabellos llevan piochas de pedrería, aunque muchas de ellas tienen la manía de cortarse aquellos, no dejándoselos mas largos que los usan los demás hombres de Europa; para salir á la calle añaden al tocado descrito un velo que les deja al descubierto solo los ojos, y llevando á mas su *ferigié*. Esta prenda es una especie de capa ó abrigo largo, en el que se envuelven enteramente. Las faldas de sus vestidos son estrechas y excesivamente incómodas para andar, por lo cual las levantan por su izquierda, sujetándolas al talle. Emplean para sus trajes las telas mas ligeras y los colores mas vistosos. El verde-mar, rosa, blanco satinado y azul de cielo son los colores predilectos.

Usan generalmente dentro de sus haremenes, en vez del *surtout* ó jaique que hemos descrito, una especie de chupa ó chaqueta; estas suelen ser de terciopelo con bordados de seda ú oro, y botonadura de este metal ó pedrería.

Es creencia general en Europa que las mujeres turcas no salen nunca de su *harem*. Este es un error crasísimo; tienen absoluta libertad para efectuarlo, á pié ó en carruaje, bien á hacer compras, ó á paseos ó expediciones campestres, las que verifican muy á menudo. Solamente se las obliga á llevar su velo ó ir acompañadas de un eunuco á quien á veces sustituye una esclava anciana ó algunas de sus parientes ó de su marido. Una mujer turca no puede nunca ir acompañada de hombre alguno, aunque este sea su esposo ó su padre, las mujeres solo se acompañan con las de su sexo, como igualmente los hombres; cuando van á pasar el dia en sus posesiones campestres, se dirigen á estas en sus carruajes, pero sin llevar un solo hombre entre ellas; por otra parte, gracias al espeso velo indispensable siempre para salir del *harem*, las es muy fácil seguir y espiar á su marido sin riesgo alguno de ser conocida. Las jóvenes y bellas usan aquellos, finos y transparentes, acomodándose mejor á las ancianas ó celosas, los mas tupidos.

Hay algunos *haremnes* en que por desgracia (son la mayor parte de ellos) tienen lugar diariamente entre las mujeres que lo habitan dramas burlescos, escenas terribles, el amor propio, los celos, envidia y odio comun, batallan entre sí; el aprecio mútuo y el amor, rara vez luchan.

Por eso son poco dignos de envidia esos ricos Pachás, que á mas de tener cuatro ó cinco mujeres, poseen un número ilimitado de odaliscas; á causa de este lujo de mujeres, es muy raro el que posea el verdadero amor de una sola de ellas, y no tendrán como es natural, poco trabajo para calmar las discusiones domésticas que entre tantas debe suscitarse.

He visto muchas mujeres turcas, he tenido ocasion de hablar largamente con varias de ellas, y ¡triste es confesarlo! todas me han confesado no amaban á sus maridos, ó al menos no tenían por él, ese amor solo, exclusivo, que invadiendo completamente el corazón, es correspondido del mismo modo. Seria violentar los nobles sentimientos que lo originan.

¿Cómo es posible dar su amor, su alma entera, á un hombre que dice á su legítima mujer las mismas frases apasionadas que el dia antes y el siguiente dirige á su esclava, convertida en odalisca, y esto bajo el mismo techo y á dos pasos de la mujer propia? Imposible.

La mujer turca no es dichosa, lo confiesa ingénuamente, y solo llega á ser algo feliz cuando consigue acallar su corazón, matando sus nobles latidos.

Sin embargo, á fuer de historiador imparcial y verídico, es preciso consignar, que el bello sexo turco es ligero y frívolo por excelencia; adora los encantos del tocado y el lujo, y muchas veces surgen horrorosos dramas, promovidos por la envidia que hacen estallar las pasiones á causa de que el marido se ha mostrado mas cariñoso con una que con otra, ó ha regalado á cualquiera de ellas un carruaje ó caballo de mayor precio ó lujo que á las demás.

Las mujeres turcas pueden dividirse en tres categorías.

La primera, y es la mas numerosa, se compone de las que sobreponiéndose á toda dignidad propia, vive pacientemente en la poligamia; estas llaman á sus compañeras «mis hermanas;» viven en buena inteligencia entre sí, pasean y se divierten juntas, y cada una, segun su turno ó deseo del marido, es la favorita en cada noche; la elegida entonces ocupa el primer puesto, convida á sus hermanas á pasar la velada en sus habitaciones, celebrando una pequeña fiesta, durante la cual se sirven pastas, café, thé y cigarrillos. El marido asiste á ellas, y está amable y cortés con todas; terminada la velada se retira cada cual á sus habitaciones, á excepcion de la reina de la fiesta.

Esta categoría ó clase inspira un desprecio profundo; una conducta de este género semeja á una vida de prostitucion, por lo que las mujeres de tal especie mas deben ser consideradas como hembras que como individuos del bello sexo.

La segunda categoría la forman las que sufren con paciencia la poligamia, por no tener otro re-

medio, ni poder barrenar las leyes, pero que encuentran siempre lastimada su dignidad de mujer.

Estas son las que al casarse con un hombre lo aman y son amadas, reinando como soberanas absolutas del corazon y del hogar, siendo felices, hasta que su veleidoso marido, seducido por los encantos de otra, la toma tambien por mujer ó hace de ella su odalisca. Entonces la primera llora su ventura perdida, y aunque alimentando un violento despecho se somete á su triste suerte; bien sea que tenga hijas ó que no sea suficiente-mente jóven para casarse con otro hombre, prefiere su esposo, con quien continua viviendo, pero desde aquel momento le niega los derechos de tal, le prohíbe la entrada en sus habitaciones retirándose con dignidad y prefiriendo esta conducta á una vergonzosa comunidad.

Es de admirar en estas mujeres y digno del mayor encomio, la resignacion con que sufren su desgracia; el siguiente caso probará la exactitud del juicio.

M... era, hacía diez años, la única mujer de

F... gran personaje en Constantinopla; tuve la fortuna de hacer relaciones de amistad con ella; era dichosa, su marido la amaba y le habia dado varios hijos; un dia en que fui á visitarla me dijo:—Voy á desempeñar un penoso deber: voy á un *yalli* de mi marido con objeto de buscar su mujer y traerla al *harem*.

Yo la miraba asombrado.

¡Oh! continuó; no soy aun muy digna de lástima, porque al menos tengo el placer de decir que en diez años he imperado sola y exclusiva en su corazon; ahora ha tenido á bien darme una rival, me conformo con mi suerte, pero no puedo ordenarle que me ame, el amor no se manda.

Pero ¿cómo y desde cuándo ha hecho este segundo matrimonio? la pregunté.

Desde hace seis meses, contestó derramando abundantes lágrimas, yo noté que su amor disminuía, pues frecuentaba poco mi *harem*; celosa como estaba, lo hice vigilar, supe habia comprado en el bazar una jóven y bellísima esclava, á la que instaló como odalisca en nuestro

yalli, pasando con ella horas y horas del dia; he devorado mis penas en silencio, las quejas y lágrimas no hubieran deshecho la obra; hoy he sabido que mi rival está en cinta; la ley ordena en este caso á mi marido hacerla su mujer, al elevarla á tal gerarquía, prefiero la traiga á este *harem*, y no que habite otro, lo que seria mas dispendioso para mi esposo.

Esta resignacion me conmovió en extremo.

Mi amiga M... hizo cuanto me decía, fué á buscar á su rival, y al hallarse juntas ni una queja ni reconvencion salió de sus labios; al contrario, la primera dijo á la segunda:

—Venid, hermana, venid al *harem*, allí tenéis vuestro puesto.

Y ambas habitan bajo el mismo techo, viviendo en perfecta inteligencia; hay sin embargo una pequeña observacion que hacer: la primera de ellas ha prohibido á su esposo la entrada en sus habitaciones, no se ven sino muy rara vez; en una palabra, ya no es su mujer, prefiere esto á aceptar una comunidad denigrante.

Por mujeres de esta clase no puede menos de espermentarse sino una estimacion y simpatías profundas.

La tercera categoría la componen las mujeres celosas; estas gritan, lloran, rompen cuanto encuentran á mano, llevando algunas veces su furor hasta el punto de envenenar ó asesinar á su marido; es preciso sin embargo convenir, en obsequio á la verdad, que estos celos nacen, al ver perdida la autoridad absoluta que poseian antes de tener otra rival, como tambien viendo huir el cariño de su marido que antes poseian en absoluto; se entregan á tales accesos de furor, cometen á veces violencias de tal género contra sus rivales y veleidoso marido, que verdaderamente estos últimos espian bien caro su poca constancia.

Una lucha de lujo se establece generalmente entre ellas. ¡Desgraciada de aquella á quien el marido regale una alhaja ó objeto de mas valor que á las demás! Todas se conjuran contra la agraciada, haciéndola una guerra á muerte... si el marido quiere tener paz, tiene forzosamente que

igualar á todas haciéndolas idéntico obsequio.

En los anales de Turquía se registra la historia de infinitos crímenes cometidos por mujeres celosas; he oido referir muchos dramas sangrientos que prueban que esta clase de mujeres escitadas por sus rabiosos celos, son mas sanguinarias y crueles que el tigre de Hircania.

Voy á referiros, lectores, dos dramas horrosos que me contaron dos personas que como jueces actuaron en ambos crímenes. Uno de ellos ocurrió en Andrinopolis, otro en Constantinopla.

En Andrinopolis el Pachá N... se habia casado con una jóven y bella esclava á quien viera en casa de sus parientes, y de la que locamente se enamorara; esta esclava, de nombre Jetta, era de un carácter impresionable, violento y apasionado hasta la exageracion; amó á su marido con idolatría, pero celosa por temperamento, no le permitía dirigir la mas inocente mirada á mujer alguna. Los celos de una mujer amada son para el hombre una dulce tiranía, y por esta razon el

Pachá N... se creia muy dichoso al escitar en su mujer tal sentimiento.

Jetta era feliz; todas las mujeres de Andri-nopolis envidiaban su ventura. Si alguna de sus amigas se quejaba de que su marido habia tomado otra mujer, inmediatamente exclamaba:

—Vuestra es la culpa, por no haber sabido conservar el cariño de vuestro esposo.

Pero como nada es sobre la tierra tan efímero como la dicha, una mañana nuestra jóven turca se levantó con la cabeza pesada y presa de una violenta fiebre; la enfermedad tomó incremento, declarándose en viruelas; despues de dos meses, curada que fué, se levantó, dirigiéndose débil y vacilante ante un espejo, lanzando al verse una exclamacion de horror; su fisonomía habia cambiado por completo: sus abultadas facciones estaban llenas de puntos negros, la enfermedad la habia marcado con su estigma; en fin, se encontraba tan fea como bella era antes.

Lloró, se desesperó de tal modo, que tuvo una fatal recaida; lo que sufrió durante esta no es pa-

ra descrito, y al levantarse del lecho ya convaleciente, habia cambiado de tal modo, que siendo antes alegre y sonriente, se tornó en sombría y pensativa, consultaba á cada instante un pequeño espejo que no podia ocultarle la horrorosa verdad.

Otro incidente aumentaba la negra melancolía de Jetta: su marido, que tan cariñoso se mostraba en su enfermedad, hoy se tornaba frio é indiferente hasta el punto de venir á verla muy rara vez.

—Ya no me ama, me encuentra fea... se decía aquella desgraciada derramando lágrimas.

La juventud luchó con la enfermedad venciendo la primera; á los tres meses se halló completamente restablecida, pero ¡ay! quedó tan fea y halló á su marido tan frio en su cariño, como antes lo encontrara tierno y apasionado; su dolor entonces se tradujo en quejas amargas que dirigió á aquel, reprochándole con dureza su cambio de conducta; su esposo la escuchó primero con calma, despues con impaciencia y contrariado, has-

ta que un día causado de tan continuo reproche la tomó por la mano, y llevándola ante un espejo, la dijo:

—¿No eres tú la que ha cambiado?

Jetta escuchó estas palabras pálida é inmóvil, pero con frío en el alma; empero desde el día en que fueron pronunciadas, aborreció á su marido tanto como antes lo amaba. Pronto su odio tuvo un nuevo incentivo, pues supo que Dispeta, una de sus esclavas, habia pasado á la categoría de odalisca, y que de dulce y sumisa que antes era con ella, su ama, hoy convertida en arrogante y altanera, parecia quererla eclipsar con su juventud y belleza.

No pudiendo hacerse fuerte contra esto, luchando su amor herido con un amor mal extinguido, y que solo una palabra de dulzura hubiera vuelto á encender, hizo llamar á su marido, á quien reprochó de nuevo con las frases mas desconsoladoras su conducta y frialdad.

—Tú me amabas, decia, cuando yo era bella, ¿tengo yo la culpa de haber perdido hoy aquella

hermosura? ¿Mi belleza perdida habia de arrebatarme tambien tu cariño? ¿El corazon de Jetta no es siempre tuyo?... y habló al fin de Dispeta haciéndole comprender cuán doloroso le era ver esta jóven esclava, seis meses antes sumisa y obediente como tal, hoy tan altanera y con ínfulas de señora y rival.

—Vuelve en tí, añadía aquella desgraciada, vuélveme tu amor, y verás, que si la fisonomía de Jetta ha cambiado, su corazon siempre es el mismo... y yo espero que á fuerza de cariño, podré hacerte olvidar la desgracia con que la naturaleza me ha dotado.

Su marido escuchó con indiferencia todas estas reflexiones, añadiendo á mas que si Dispeta tenia pretensiones de señora, estaba en su derecho, pues se hallaba en cinta, y que antes de un mes seria como ella su mujer legítima.

Ante tan cruel respuesta, Jetta permaneció impasible, pero si su marido hubiese observado el siniestro fulgor que sus ojos lanzaron, hubiera tenido miedo.

Desde aquel día no volvió á dirigirle la palabra: siempre encerrada en sus habitaciones, esquivaba la presencia de persona alguna, sin excluir á sus esclavas: estas, cual bien enseñadas cortesanas, levantaron la frente ante ella, para doblegarse bajo los caprichos de la nueva favorita.

Un día supo Jetta, que aquella habia al fin contraído matrimonio con su marido, estendiéndose el contrato segun las prescripciones de la Ley; la esclava era ya su homónima, con los mismos derechos, con iguales facultades; á dos pasos de sus habitaciones habian sido preparadas otras con un lujo inaudito para la nueva señora que en aquella noche misma debia tomar posesion de ellas.

Pocas horas despues y para festejar el matrimonio, hubo un gran convite en aquellas, canto, música, baile, etc.

Jetta, encerrada en sus habitaciones, escuchaba sombría y feroz los acordes de los instrumentos que eran para ella ayes de muerte.

A la una de la mañana los cantos cesaron, las luces se apagaron... y sobrevino el silencio; á las dos, los nuevos esposos descansaban, la luz de una lamparilla de noche lanzaba en la habitacion de éstos sus débiles reflejos.

Entonces Jetta descalza, envuelta en un gran chal, salió de sus habitaciones, sacó de su agitado seno una llave, abriendo con ella y sin hacer ruido alguno en la habitacion en que los esposos dormian; paso á paso y comprimiendo los latidos de su corazon agitado, se aproximó al lecho..... dormian profundamente: el ódio y la venganza se retrataron en su fisonomía... los contempló un momento, y poco despues con mano segura sacó un frásco de su seno, lo destapó, y vació el líquido que contenia en el rostro de su marido y de su rival Dispeta.

Dos gritos de dolor, dos gemidos terribles estallaron; las dos víctimas se revolcaban, presas de convulsiones horrosas: el vitriolo que contenia el mortífero frasco producía atroces efectos. Quisieron levantarse y arrojarse sobre su

cruel enemiga... pero en vano, el líquido había quemado sus ojos... no veían.

Jetta contemplaba á sus víctimas con una alegría infernal; de pronto lanzó una carcajada terrible, y dirigiéndose á su marido, exclamó:

—¡Ah mi dueño y señor! has despreciado el amor de la pobre Jetta, te has burlado de su fealdad, has insultado su dolor y la has hecho sufrir sin piedad alguna, y todo por haber perdido su belleza... pues bien, mírate ahora ante un espejo y me dirás quién ha cambiado mas, si ella ó tú...

Y tú, insolente Dispeta, añadió dirigiéndose á su rival, tú que has querido igualarte hasta mí insultando mi desgracia, y orgullosa de tu belleza has reído de mi dolor... mírate ahora también y verás cual es mas fea de las dos...

Concluido esto lanzó una segunda carcajada que nada tenía de humano; entonces su marido, loco, frenético, se lanzó hácia ella puñal en mano, pero inútilmente, Jetta esquivó el golpe, exclamando:

—No quiero morir á tus manos, la venganza es muy dulce, y no te dejaré gustar su deleite....

Concluidas estas palabras partió con la velocidad del rayo y fuera de sí hácia sus habitaciones, donde se encerró.

A los repetidos ayes y gritos de las víctimas, acudieron en tropel criados y esclavos, quienes al ver á su amo y nueva favorita en tal estado, retrocedieron llenos de horror: varios de ellos fueron á buscar los auxilios de la ciencia, al mismo tiempo que la policía, para que se apoderara de la culpable; llegada que fué esta, forzaron la puerta de las habitaciones de Jetta, á la que hallaron en las convulsiones de la agonía: se había hecho justicia á sí misma, envenenándose.

Los médicos declararon que el Pachá curaría de sus heridas perdiendo un solo ojo, Dispetta quedó completamente ciega y desfigurada; ambos viven, pero el desgraciado Pachá aun puede contemplar con horror los estragos crueles que produjera en él y Dispetta la venganza de su primera mujer. Sin embargo de todo, la lección cruel que

de aquella recibiera, ha producido su fruto; Dispetta es su sola mujer: fea y ciega, no ha sido reemplazada.

.

El otro drama ocurrido en Constantinopla, reviste tanta crueldad y barbarie como el anterior, pero solo hizo una víctima.

.

Nitza se habia casado con un brillante Coronel, y adoraba á su marido, (que sea dicho de paso era una arrogante figura;) este correspondía á su afecto, siendo el mas cariñoso de los maridos; pero la constancia no es la virtud, que mas brilla en los hombres y muy particularmente en los turcos, que creen nada tiene de extraño amar hoy á una mujer y mañana á otra; así es que nuestro Coronel, á los dos años de casado, concibió la idea de aumentar el número de sus esposas, y temiendo, sin embargo, las escenas y disgustos que este acto pudiera traer á su hogar, dado el carácter violento y celoso de Nitza, compró una bellísima esclava, la hizo su esposa, y en

lugar de llevarla á su casa é instalarla en el *harem* que aquella habitaba, la alojó en una casa de campo que á orillas del Bósforo poseia. Ocultó esta union á su primera mujer, pero esta lo supo poco tiempo despues, revelándole la triste verdad al par de los presentimientos de su corazon las contiúuas ausencias de su marido; lo hizo espiar, y sus sospechas no salieron fallidas, adquirida la certidumbre, la fiebre de los celos ardió intensa y terrible en su corazon, alimentando en su pensamiento los proyectos mas siniestros de venganza.

Nitza tenia á su servicio una negra anciana que le pertenecia en cuerpo y alma, á causa de las mil bondades y afectos de que le era deudora; pero en cambio odiaba á su dueño, que la trataba siempre con dureza y acritud; así es que apenas supo el segundo casamiento de este, no dejó escapar la ocasion de venganza, alimentando los celos, el ódio y despecho de la violenta Nitza.

Para abreviar, un dia el Coronel volvía á su

casa despues de una ausencia de ocho, su primera mujer supo, que en vez de haber pasado este tiempo en asuntos del servicio del sultan, habia estado con la segunda mujer; acalló su ódio y se mostró cariñosa, afable con su marido, invitándole á comer en su mesa; terminada la comida, el café fué servido, el Coronel bebia á pequeños sorbos su taza, recostado en un divan y saboreando su pipa.

Nitza lo contemplaba en silencio; el Coronel no notó que esta no tomaba café; un momento despues sus párpados se cerraron, la pipa cayó de sus manos, invadiendo todo su ser un sueño profundo: Nitza se levantó entonces, y abrió cuidadosamente la puerta; la esclava negra entró; ambas avanzaron hácia el Coronel, contemplando con siniestra mirada los efectos del ópio mezclado en el café, que tan bien lo habian narcotizado..... Soñala con su segunda mujer, y sus labios llegaron á pronunciar las siguientes palabras:

Hisma... mi bella Hisma, yo te adoro...

Nitza palideció de rabia y celos.

—A la obra, Ziguania, dijo dirigiéndose á la negra.

Esta, entonces sacó de su bolsillo una cuerda, ató los piés y manos del Coronel, y con una navaja de afeitar cortó el cuello de aquel desgraciado, separando la cabeza del tronco; un gemido escuchóse... la obra fatal estaba consumada.

La escena pasaba en el salon: Nitza y su esclava salieron de él precipitadamente, y entraron en el dormitorio de la segunda, quien entregó á Ziguania una respetable cantidad de oro, diciéndola:

—Huye y sé prudente.

Despues se acostó.

Cuando á la mañana siguiente los criados entraron en el salon, prorumpieron en gritos de dolor, al ver el cuerpo del desgraciado Coronel: Nitza acudió, mezclando sus dolorosos ayes con los de sus servidores.

La negra Ziguania habia desaparecido; habia convenido con su ama, que despues de consumado el crimen, abandonaria la poblacion, ponién-

dose fuera del alcance de la ley; recaerian sobre ella todas las sospechas, por lo que Nitza escaparia al castigo.

Pero no fué así; la negra fué arrestada por la policia al embarcarse en un buque extranjero, pusosela en el tormento, y lo confesó todo.

El tormento en Turquía se practica del modo siguiente:

No se tortura en forma alguna al acusado; se le coloca en una especie de garita que le impide por completo sentarse ni acostarse, y allí, durante treinta ó cuarenta horas, ó mas, si es preciso, se les impide dormir por medio de contínuos vigilantes, que cuando notan que el paciente abrumado de fatiga va á efectuarlo, lo sacuden de modo tal, que se lo imposibilita; al cabo de cierto número de horas el acusado se rinde confesando la verdad, á fin de poder entregarse á los placeres de Morfeo; sometida la negra á esta pena, refirió con todos sus detalles la escena descrita.

La ley, sin embargo, no hubiese condenado á muerte á Nitza, pues ella no fué la autora, sino

la espectadora del crimen cometido en la persona del Coronel; pero este estaba al servicio personal del sultan, quien queriendo al mismo tiempo hacer un escarmiento saludable, aprobó la sentencia de muerte de ambas.

El dia de la ejecucion, se notaba á dos pasos de la vista, un inglés, corresponsal artístico del *Times*, sentado tranquilamente, copiando sobre su álbum la silueta de la desgraciada Nitza balanceándose en el aire con las convulsiones de la agonía.

CAPÍTULO VI.

De la poligamia.

De la mujer legítima y de la odalisca.

La poligamia es sin duda, la plaga que constantemente ha afligido á la Turquía y la impide ocupar el puesto que le corresponde entre las demás naciones de Europa.

El país es rico y fértil, sus habitantes son inteligentes, bravos hasta la temeridad. ¿Por qué, pues, las artes, la industria, la civilización en fin, están tan atrasadas? Solo tiene una explicación, y esta es, que los hombres ricos, los magnates, los que están en el poder y rigen los asuntos del país, se enervan en la indolencia y voluptuosidad de sus haremenes, perdiendo como es consiguiente su energía y aun su inteligencia, y concluyendo por embrutecerse.

Nadie puede negar la influencia que la mujer ejerce sobre el hombre; la historia lo patentiza; el hombre que en su corazón alimenta un amor ardiente, vivo, y que es correspondido de igual manera, se siente sostenido por una fuerza invencible; su amor puro lo alimenta, lo hace grande, su nombre pasa á la posteridad, y no pocos cifran su dicha en ofrecer la gloria adquirida por las armas ó por las letras, á los pies de la que ama.

Este amor, ó mejor dicho, amor tan sublime, es desconocido para los turcos.

¿Cómo pueden tener el mismo por muchas mujeres á la vez, si el corazón es solo, uno é indivisible? ¿Cómo puede la mujer amar en la forma dicha al hombre, para quien solo es un juguete, un objeto de lujo? Imposible; lo ama con los sentidos ó con ese amor que es todo animal; lo ama como hembra, no como mujer.

El turco á su vez no tiene por la mujer sino el amor sensual, y este, lejos de hacer al hombre fuerte, inteligente y enérgico, lo convierte en un ser sibarita, embrutecido y sin energía.

La historia nos refiere la vida de muchos sultanes, que en brazos de sus favoritas constantemente, han olvidado los deberes sagrados de soberano.

.
.

La poligamia en Turquía existe; es un hecho, pero no en tan grandes proporciones como nos la figuramos; se cree generalmente que todos los turcos tienen dos ó tres mujeres legítimas y varias odaliscas; este dato es exagerado. De los nueve millones de habitantes que posee Turquía, trescientos mil á lo mas viven en la poligamia, los restantes no tienen por punto general sino una mujer: solo los hombres muy ricos se permiten tener tal lujo de mujeres, y aun en estos los que se casan con jóvenes turcas solo tienen una; las turcas verdaderas, es decir, las hijas de los naturales de Oriente, se revelan siempre contra la poligamia, y cuando su marido toma una segunda mujer, se amparan de la ley, divorciándose ó volviendo al seno de sus familias.

Solamente las circasianas son las que aceptan (salvo raras excepciones,) la poligamia. La ley turca que permite al hombre tener tres ó cuatro mujeres legítimas y el número de odaliscas que desee, le obliga sin embargo á asegurar la posición de todas sus mujeres, en caso de separación ó divorcio; por lo tanto, viviendo todas en el harem, y poseyendo en él habitaciones separadas, y con ellas, criados, esclavos y necesidades mil de lujo y de boato, se hace preciso que el marido posea cuantiosos bienes para atender á tantas necesidades; por lo cual, como comprenderse deja, la poligamia es muy dispendiosa, y solo los turcos con una brillante fortuna pueden tenerla.

La posición de las mujeres turcas legítimas es igual siempre ante la ley, el mismo derecho adquiere la primera que la tercera, igualmente hereda una que otra.

Se llama odalisca lo que en Europa se conoce por concubina. La odalisca es escogida por su dueño á placer entre sus esclavas, exceptuando la

que hubiese sido comprada por su mujer, ó la que por él á esta hubiera sido donada; si un turco cualquiera, teniendo una ó dos mujeres legítimas, elige entre sus esclavas una para odalisca, desde el momento en que tiene relaciones con su señor, deja de ser esclava; adquiere el derecho de sentarse ante sus dueñas, tiene habitaciones para su alojamiento; se le otorga el derecho de mandar á sus antiguas compañeras y al tener hijos, lo son legítimos, en la misma forma que si nacidos fueran de las legítimas esposas de su señor; en Turquía no hay hijos naturales, todo padre reconoce su hijo, sea quien fuere la madre.

La odalisca puede llegar á ser mujer legítima; si el marido quiere, se extiende el contrato de esponsales según la ley prescribe, y ya entra en tal categoría; ningún turco puede vender esclava alguna que haya sido odalisca; en el caso de estar descontento de ella, puede lanzarla de su harem; pero asegurándola siempre una posición al abrigo de la miseria.

Como comprenderse debe, la mujer legítima

y la odalisca se aborrecen á muerte: es duro para la primera el ver á su esclava del dia anterior humilde y sumisa siempre, elevarse de pronto, gracias á la infidelidad del marido, hasta ser su igual y adquirir casi los mismos derechos.

Tener tres mujeres legítimas y algunas odalisca, es indudablemente un lujo de desmoralizacion que reprochamos severamente á los turcos; pero tal desmoralizacion solo se observa en su hogar, mientras que nosotros la llevamos fuera de él, si bien en mucha menor escala, y ocultamente.

La loreta, la mujer prostituida que mancha nuestras calles, es género desconocido en Oriente; esta carencia de vicio, por decirlo así, tiene al menos un fondo de moralidad, pues en Oriente ningun hijo deja de ser reconocido por su padre, quien le asegura una posicion y porvenir, mientras que en el resto de Europa ¡triste es confesarlo! hay hombres que pasan por muy respetables, sin avergonzarse de haber seducido una mujer, abandonándola al hacerla madre, sin pensar que un dia su hijo podrá reprocharle su infa-

mia, ó llevar, por el abandono de su padre, el grillete de presidiario.

No existe en Oriente, como en muchas naciones europeas, un establecimiento de niños espósitos; la mujer seducida por un turco y á quien este intente abandonar, bástale solo apelar á un Tribunal para que su seductor la haga su mujer legítima ó su odalisca, lo que es exactamente igual para ella.

No abrigamos la pretension de intentar introducir la moralizacion en nuestras costumbres; hay tanto en Turquía, como en Francia y resto de Europa, hábitos y leyes buenos y malos; nosotros los europeos, reprochamos, y con sobrada razon á los orientales, la poligamia; pero en cambio ellos nos impugnan, y no sin razon tampoco, ese número de mujeres prostituidas que manchan nuestras calles, esas casas donde se albergan y son al par el foco de la prostitucion y vicios de todo género; lo que prueba en absoluto, que tanto á ellos como á nosotros, nos falta mucho para llegar á la perfeccion.

CAPÍTULO VII.

De las mujeres esclavas.

Bazar de ambos sexos.—Mercado, comercio de esclavos.

Las esclavas que se venden en Constantinopla son todas circasianas; generalmente son jóvenes de 15 á 20 años; hay algunas, sin embargo, que no llegan á la pubertad, robadas á sus padres por hombres que á semejanza de los capitanes negreros hacen con ellas tan innoble tráfico son tambien á veces víctimas de los azares de la guerra; las diferentes tribus que componen la Circasia se hallan siempre en guerra y se roban mutuamente sus hijos, que llevan á vender á los mercados de Constantinopla; á veces esta venta responde á venganza personal, pues si un circasiano cobra ódio por una causa cualquiera á uno de sus

compatriotas, cifra aquella, en robarle su hija, la que vendida, satisface doblemente al robador en su ódio y en su bolsillo.

Sucedec también algunas veces, aunque raras, que los padres (horror cuesta el consignarlo), venden á sus propias hijas para obtener, por medio de este acto bárbaro y desnaturalizado, una fuerte suma; en este caso la joven circasiana es cuidada con esmero, y como los padres cifran su esperanza en la belleza de esta, cuidan estremosamente su capital.

El pueblo circasiano es muy pobre, el clima riguroso, el suelo poco fértil, y tanto los hombres como las mujeres, tienen que buscar su sustento en las penosas labores del campo; los padres que venden sus hijas, á mas de obtener por ellas una suma considerable, piensan al enagenarlas que está reservada mejor suerte; pues una vez en Constantinopla pueden entrar al servicio de buenas casas, y en ellas bien alimentadas y vestidas, agrada á un magnate ó rico Pachá que las eleve al rango de mujer legítima ú odalisca.

La venta de esclavos en Constantinopla, se efectúa del modo siguiente:

Todos van al bazar ó mercado; se ha hablado tanto sobre este bazar, se han referido tantos dramas conmovedores en los que resalta la desesperacion de estas pobres víctimas que robadas á su familia pasan á poder de un amo duro y cruel, que poco ó nada tengo que añadir. No obstante, en la época en que se nos describiera por varios autores, con los mas fuertes coloridos, los bazares de Oriente, y cuya época tenía lugar hace muchos años, se vendian muchos mas esclavos que hoy, pues todos los prisioneros de ambos sexos en la guerra adquiridos, pasaban á venderse en los bazares, y efectivamente, entonces tenían lugar esas escenas de desolacion, cuando todos los miembros de una familia pasaban cada cual á poder de diferentes dueños, ó que una madre veia le llevaban su hijo ó hija, sin saber la suerte que le esperaba; entonces, repetimos, tenían lugar esas innobles escenas en que un hombre relajado por el abuso de la sensualidad, regateaba con el mer-

cader el valor de los encantos y formas de una mujer; pero hoy afortunadamente, el bazar de esclavas ha desaparecido, y debo consignarlo así, toda vez que mi objeto al escribir esta obra, es pintar á Turquía tal cual es hoy, y no en los tiempos de su mayor barbarie.

El comercio de esclavos, sin embargo, existe aún, pero se hace ocultamente; hay negociantas en esclavas, y este comercio es ejercido generalmente por mujeres ya de edad proveyta; dichas mujeres compran las jóvenes recién llegadas de Circasia, las llevan á una gran casa que con tal objeto poseen, y en ellas las cuidan y educan, enseñándolas la lengua turca.

Conocidas estas casas, á ellas se dirigen los que desean comprar una ó mas esclavas, las que ya convenientemente dispuestas son revendidas por las dichas negociantas á los compradores, y obteniendo pingües ganancias; es raro, sin embargo, que ningun hombre de elevada posicion las frecuente para elegir en ellas alguna como mujer legítima ú odalisca, pues como quiera que en las

casas suficientemente acomodadas hay un número considerable de esclavas, para el servicio doméstico elige entre ellas, toda vez que ya están mejor educadas.

Muchas damas de elevada alcurnia, sea por especular ó por distraccion, compran tambien esclavas sin educar, eligiendo las mas jóvenes y lindas; instruidas á la perfeccion, habiéndolas al par enseñado el canto y la música, cuando llegan á la edad de casarlas, lo hacen con algun potentado ó rico Pachá que las paga muy caras.

Cuando una dama de estas posee una jóven y bella esclava, educada con la perfeccion antes dicha, las demandas abundan, pero para que la expresada dama pueda revender la esclava, se hace preciso antes que nada que esta consienta en serlo, para elevarse á la categoría de mujer legítima ú odalisca de cualquiera de los que deseen comprarla á su ama.

Las ventas de esta clase se practican del modo siguiente: cualquiera de las damas ya dichas posee por ejemplo, una jóven y linda esclava que

desea ver el Pachá H... ó Z... La dama envía á casa de este, la esclava en cuestion, acompañada de una mujer ya anciana y de toda confianza, la cual no la deja un momento sola por mas que un abuso de confianza seria castigado severamente por las leyes.

La jóven esclava, durante tres ó cuatro dias, hace el servicio del hombre á cuya casa fué enviada, le sirve su café, su pipa, habla con él, pero manteniéndose siempre en actitud respetuosa, en pié y los brazos cruzados sobre el pecho, pues esta clase de mujeres desarrollan ante los hombres una humildad tan servil, que fatiga.

Si tiene la desgracia de no agradar al hombre ó magnate á quien interinamente sirve, este la devuelve á su ama; en caso contrario, la pregunta si consiente en ser comprada, para que sea su mujer legítima ó su odalisca; si la jóven dice *no*, es forzoso que la devuelva; si pronuncia el *sí* de asentimiento, entonces las negociaciones se entablan entre el comprador y la vendedora; esta, á pesar de su elevada alcurnia, comprendiendo que

la esclava agrada, pide muy caro por ella, las negociaciones continúan: fijada la cantidad y recibida, la esclava pasa á poder de su nuevo amo.

Los precios varían, y están como es natural, en relacion con la belleza y cualidades de la esclava que se vende; á su llegada de Circasia las negociantas pagan solo por cada una de ellas ochocientos ó novecientos francos; las mas bellas suben hasta mil.

Las damas que despues las compran, dan por ellas doble cantidad; pero al revenderlas ya educadas y en la forma anteriormente descrita, las hacen subir á quince ó veinte mil francos, segun la mayor expresion de sus ojos, la correccion de sus formas ó disposiciones naturales.

Antes de comprarlas, el hombre no tiene derecho de examinarla de piés á cabeza, (segun algunos autores han dicho;) pero las hacen reconocer por un médico: pues estando destinadas á ser madres de sus hijos, quieren asegurarse de que son perfectas y llenan las condiciones de ello.

Sucede algunas veces, que entre las esclavas compradas para el servicio doméstico de una casa, hay alguna que agrada al dueño de ella, hijo ó hermano de este, quien en tal caso se casa con ella; es preciso sin embargo hacer constar, que cada una de estas esclavas, procura llegar á tal estado, prodigando á su amo ó parientes de este tiernas y amorosas miradas, que al cabo surten el efecto apetecido; en el momento que deja de ser esclava, adquiere el derecho de vivir en la misma sociedad que su marido, visitándose con las damas de mas elevada alcurnia.

Las mujeres turcas de elevada clase, ódian con todo su corazon á las hijas de Circasia, al notar la preferencia que sobre ellas les dan la mayor parte de los ricos magnates turcos. Estos las prefieren á sus compatriotas, á causa de su mayor belleza; la Circasia tiene el precioso privilegio, de que en su suelo nazcan las mujeres mas hermosas del mundo, blancas, rubias, con grandes ojos azules ó negros, que lanzan dulcísimas miradas; de talle esbelto, de formas estatuarias,

realizadas por hermosos y abundantes cabellos, completan tipos acabados de hermosura y belleza; preferidas por los turcos á sus compatriotas por estos alicientes, tienen tambien sobre aquellas la ventaja de no llevar á sus maridos suegros ni suegras, parentesco que en Turquía, como en el resto de Europa, es poco estimado.

No es raro ver que algunos padres que tienen un hijo de pocos años compran para este una esclava tambien de menor edad, á quien educan con esquisito cuidado hasta que llega á los catorce ó diez y seis, en que la casan con el hijo á quien al comprarla la destinaron.

Yo he presenciado el siguiente hecho:

Un gran personaje de Constantinopla, el emir A... tenia un hijo de diez años travieso y voluntarioso, como todos los de su edad.

Un dia le dijo su padre las siguientes frases delante de mi:

—Si eres bueno y juicioso, te compraré una esclavita, que será tu mujer cuando seas grande.

El niño palmoteaba de contento.

—Mañana, añadió el padre, iré á casa de F... que es la que tiene las mejores y mas bonitas.

—No, no, replicó la madre, Z... posee una de siete años, que es preciosa, proponle que te la venda.

Algunos dias despues la vendedora Z... llevó, en efecto, á casa del emir A... la esclavita en cuestion; era una bonita niña de ocho ó nueve años, de facciones vivas é inteligentes, que revelaban un carácter revoltoso y picaresco; nos miró á todos al llegar con ojos de asombro: se la acarició, se la dieron varios dulces: este acto la hizo adquirir confianza; devolvió las caricias y comió las golosinas: comenzóse en seguida á avalorarla; la vendedora encomiaba sus atractivos, los compradores los despreciaban, se regateaba por ambas partes, cual se hiciera ante una alhaja ó joya; mientras esto acontecia, la niña se habia refugiado tras una cortina: pero de cuando en cuando asomaba la cabeza, escuchando con interés las proposiciones del mercado; por fin, cuan-

do este concluyó, cuando la vendedora Z... tuvo en su poder el valor de la esclavita vendida, esta, saliendo de su escondrijo se dirigió a ella con ademán hostil, fruncidas las cejas, diciéndola:

—Ahora ya no soy tuya, ya tienes el dinero, y no podrás en adelante reñirme ni pegarme..... vete de aquí, pícara vieja.

Al cambiar de dueño ha ganado de un modo infinito, pues el emir A... y su mujer, la quieren con locura; es la niña mimada de la casa, mas si cabe, que su futuro marido, quien tiene con ella toda clase de condescendencias, solamente que cuando sus padres ó sus hermanos la emplean en cualquier pequeño servicio doméstico, aquel se rebela, so pretesto de que nadie sino él tiene derecho á mandarla, á lo que la esclavita contesta no obedece mas órdenes que las de su jóven señor.

.
.
.
.

Las esclavas poco inteligentes ó no bien parecidas, no pasan nunca de desempeñar el servicio doméstico; si tienen, sin embargo, alguna queja de su amo, pueden exigir á este la revenda á otra persona.

La ley las hace libres á los seis años de esclavitud; entonces, saliendo de la casa en que sirvieron, las mas se casan con artesanos, llevando por dote las economías que pueden hacer de sus salarios que aunque esclavas les dan; otras continúan de comun acuerdo, al servicio de la casa en que se hallan.

Las costumbres patriarcales aun existen en Turquía; los criados se les considera como individuos de la familia, tratándoles con dulzura y afabilidad; es raro se les despida, y en el caso de cometer alguna falta, se les conmina con hacerlos descender un grado en la gerarquía que como criados ocupan; ellos por su parte, cambian poco de dueños, sirviendo generalmente de padres á hijos.

Un turco jamás abandona al esclavo ó escla-

va que le servido, ó á su familia; se hace la obligacion de atenderlo, y si muriera dejando hijos, los toma á su servicio; así se esplica cómo en Oriente los criados tienen ese entrañable afecto por sus amos.

Las leyes turcas son siempre benignas para los esclavos; cualquiera de estos que tenga alguna queja de su amo, es protegido por aquellas.

Hasta ahora no nos hemos ocupado sino de los esclavos femeninos; los hay tambien masculinos, que entran al servicio de los que los compran con tal objeto. Tan luego concluyen el tiempo de esclavitud marcado por la ley, unos con sus economías se dedican al comercio en pequeño, otros entran en el ejército, y no pocos continúan al servicio de sus amos, pudiendo, si son inteligentes y fieles, elevarse desde su humilde categoría, hasta la de secretario íntimo ó mayordomo de sus señores; muchas veces estos los protegen y ayudan á hacer una gran posicion, y no es raro ver un antiguo ayuda de cámara de un ministro ó eleva-

do dignatario convertido en Canciller de una embajada.

La Turquía es á pesar de todo, un país esencialmente democrático; un simple artesano puede, con ayuda de su instrucción y talento, llegar un día á Pachá, Ministro ó gran Visir, sin que tenga que avergonzarse nunca de su plebeyo origen, ó perder por ello en consideración social.

Sucedé á mas, que á semejanza de los antiguos tiempos en que en Europa existían los pajes, algunas familias distinguidas de Turquía colocan sus hijos en calidad de tales de algún rico Pachá, Emir ó Ministro, y este se encarga de ir gradualmente haciendo la carrera de aquellos.

Algunas esclavas circasianas han tenido la dicha de hacer brillantes matrimonios; sus maridos han llevado la complacencia hasta el punto de traer á Turquía las familias de sus mujeres, y de este modo se explica como muchas tienen en el ejército turco su padre ó hermano, coronel ó general.

El bazar y el mercado de esclavos no existen

ya públicamente en Turquía; después de todo, los mismos turcos confiesan que era un horroroso y conmovedor espectáculo ver todos los prisioneros hechos en la guerra, sin distinción de sexos ni edades, ser vendidos como si fuesen animales; de este modo lo fueron también muchos cristianos.

No concluiré este artículo sin hacer justicia á los musulmanes, consignando, el que nada han hecho para cambiar de religión; existen aún en el imperio otomano muchas mujeres griegas, casadas legítimamente con musulmanes; sus maridos las han dejado y dejan, seguir libremente en su religión.

El gran Visir H... tuvo por primera esposa una cristiana; en su lecho de muerte hizo llamar á un sacerdote: murió devotamente, y la hizo enterrar según los ritos de la religión de Jesucristo; solamente que como mujer de musulmán, el clero católico no quiso darle sepultura en un cementerio cristiano; pero los musulmanes, más tolerantes, se la dieron en el suyo, siguiendo al enterrarla todas las ceremonias de su religión.

CAPÍTULO VIII.

Cómo se hacen los matrimonios en Oriente.

De la separacion y del divorcio.

En el presente capítulo, solo me limitaré á hablar de los matrimonios que se llevan á cabo entre turco y turca, toda vez que en el capítulo precedente he referido los detalles de los que se contraen con las esclavas; haré solamente observar, que los hombres que se desposan con una turca, rara vez, casi nunca tienen otra mujer mas; sus mujeres no consienten, ni rivalidades, ni poligamia, y en el caso de que el marido de una de ellas tome una segunda, ó alguna odalisca, la primera vuelve al seno de su familia, separándose ó divorciándose de su infiel esposo.

Los padres turcos que tienen hijas casaderas,

no hacen, como muchos de Europa, la caza de maridos para aquellas; no las llevan á diversiones públicas, ni las exhiben, como entre nosotros sucede; las guardan tranquilamente en su hogar, y esperan que los aspirantes se presenten, y estos llegan; es muy raro en Oriente que ninguna jóven llegue á la edad madura sin casarse, lo que á mi juicio consiste en que en dicho país los hombres se casan para tener mujer, no para poseer el dote de esta.

Tanto las unas como los otros lo efectuan muy jóvenes, y no es raro verlos ya en tal estado á los diez y ocho años.

Cuando una madre tiene á su hijo en edad de contraer matrimonio, se informa si entre las familias de su misma alcurnia y con las que se halla relacionada, existe alguna jóven que se encuentre en idéntico caso que su hijo; averiguado que es, envía alguna de sus parientas, ó mas comunmente se dirige ella en persona á la casa en que con sus padres habita la jóven casadera; se hace anunciar, sin decir el objeto de su

visita, y recibida que es por los padres de la jóven, ruega á estos se la presenten, lo que es de rigor efectuar; (ningun padre ó madre evade el dejar ver á su hija, á menos que ya tenga compromisos formales de matrimonio con otro hombre.) La madre de la jóven, entonces hace entrar á su visitadora en el harem, del que le hace los honores, ofreciéndola al par frutas ó dulces con el café, (es de rigor;) la jóven entra entonces, sirviendo por sí misma el café y haciendo de nuevo los honores de su hogar á la visita, quien puede de este modo hablar libremente con ella y cerciorarse por sí misma de su educacion y condiciones físicas; terminada la colacion, la jóven se retira, entonces la señora que visita, demanda repetir esta si la jóven le hubiese agradado, ó se despide sin llenar este requisito en caso contrario.

En el primero de ellos puede volver á la casa tantas cuantas veces desee, sin que esto sea obstáculo para que los padres de la jóven la presenten á otras damas en iguales condiciones, ó que

aquella practique igual visita en otras familias.

Pero en el momento que ha fijado su eleccion y le ha agrado una jóven para hacerla su nueva, se dirige á la casa habitada por los padres de esta en gran ceremonia, haciéndose anunciar por su nombre; entonces pide solemnemente á la madre de la elegida la mano de esta para su hijo; respóndele esta encomiando la honra que con tal demanda la dispensa; pero que no le es posible dar ninguna respuesta afirmativa sin consultar primero al padre de la interesada y á esta; de lo cual, pasados quince dias, irá en persona á contestarle.

Estos quince dias se emplean en informarse de las condiciones y circunstancias del presunto marido, quien como jóven bien educado, tiene desde aquel dia el cuidado de venir á pasear bajo los agimeces de su prometida, arreglándose de modo que entre esta y él haya algunas entrevistas, ó bien enviándola galantemente algunas flores ó amorosos billetes.

Puede suceder tambien, que el jóven en cues-

tion no convenga á la familia de la novia, en cuyo caso la madre de esta no devuelve su visita, pero en caso contrario, la practica en los mismos términos que la del novio hizo, con lo cual queda aceptado el matrimonio.

A partir de este dia, ambas familias se visitan cordialmente, se permite á los novios hablarse libremente, pero la mujer no recibe á su prometido sino tras alguna reja.

Aceptado el matrimonio por ambas familias, el presunto marido envía á su prometida un regalo, y lo mismo ejecuta con todas las damas que haya en la familia de esta, la que á su vez devuelve el obsequio con efectos de ropa blanca, tales como camisas, pañuelos bordados, etc.; dichos presentes son, por decirlo así, los esponsales.

Algunos dias antes de celebrarse el matrimonio, la novia recibe de su prometido la canastilla de bodas, que como en otro lugar consignamos, la componen algunas alhajas, telas para vestidos, cachemires, etc.; todos estos objetos van dentro de un cofrecito, el que segun la fortuna del do-

nador, es de plata ú oro; familias acomodadas gastan en ello grandes sumas, pues á mas de ser de aquellos preciosos metales, los llenan de perlas y diamantes.

En la tapa del indicado cofrecito resalta generalmente un grupo de figuras que representan unas veces dos palomas enlazadas, otras un Cupido ó Vénus tallados; la eleccion del asunto es un negocio que preocupar puede al presunto marido, pues por ello su prometido se forma una idea de su buen gusto ó mala eleccion.

Los padres de la novia son los que hacen el gasto del *trousseau* para su hija; á mas de este, los que se hallan en brillante posicion le hacen el presente de dos esclavas destinadas á su servicio particular, las que aunque fuesen bellas como dos huries no pueden ser nunca odaliscas del marido, toda vez que siendo propiedad absoluta de la mujer, la ley prohíbe á este tomarlas en ningun tiempo con tal concepto, y se miraría el asunto como un robo, atendiendo que las esclavas son exclusiva pertenencia de la mujer.

Despues de haber recibido de su prometido el regalo de bodas, la novia hace tambien un obsequio á este; generalmente consiste en un par de babuchas ricamente bordadas, una bata y un rosario; este último parecerá raro su uso en Turquía, pero en este país tanto el hombre como la mujer, tienen la costumbre, ó mejor dicho la manía de tener constantemente un rosario en la mano, el que por lo regular es de coral ó perlas finas.

Se fija despues de todo esto el dia de firmar el contrato; el padre de la desposada obsequia á todos sus amigos, parientes y testigos de la boda con un magnífico convite, el cual tiene lugar en el *selanlik*, á donde como es natural, no asiste mujer alguna.

Despues de la comida, los testigos del novio se dirigen á casa de la futura, á la que en este momento tienen derecho de ver con la cara completamente descubierta; entonces practican la ceremonia de preguntarla por tres veces si es cierto desea tomar á Fulano por esposo; si la contesta-

cion fuera negativa, el matrimonio no se efectuaría, pues á mas de que las costumbres lo vedan, las leyes tambien castigan severamente al padre que obliga á su hija á casarse contra su voluntad, ó la impide efectuarlo con el hombre que desea, por modesta que sea su posicion, siempre que su honradez y fama no tengan tacha alguna.

Los testigos de la novia practican igual operacion con el presunto esposo.

Obtenida de este la respuesta afirmativa, los dos suegros discuten enseguida la suma que el marido deberá reconocer, ó mejor dicho, otorgar á su mujer como dote, el cual no recibe esta sino en caso de separacion ó divorcio, el padre del novio (es costumbre usual) se muestra miserable en este acto, ofrece en nombre de su hijo poco; el de la esposa pide mucho, entablándose una verdadera lucha mercantil, hasta quedar ambos acordes.

Las cantidades que como dote se otorgan, varían naturalmente en relacion á la fortuna del contrayente; en el bajo pueblo montan de 2000 á

10,000 piastras; en el comercio, desde esta última cantidad hasta 100,000; entre los magnates y potentados no tiene límite; ha habido caso de otorgarse por uno de estos á su mujer, mas de un millon de la dicha moneda.

Arreglado entre ambas familias dicho importante punto, un sacerdote musulman, que entre estos se denomina el *cheikou islam*, redacta por sí mismo el contrato de bodas, firmanlo todos, é inmediatamente que el *cheikou islam* hace oracion por los esposos, el matrimonio queda concluido; pero aquellos no se reunen sino algunos dias despues. Siempre es de rigor que el matrimonio se festeje en miércoles, como igualmente el que sea jueves el dia en que la desposada vaya á casa de su marido y tome posesion de ella.

En la tarde del miércoles designado, la madre de la novia reúne á todas sus parientas y amigas, en su casa, y les dá una gran comida; pero á esta no asiste aquella, la que durante el convite come tranquilamente en sus habitaciones, dirígese de seguida á la sala de baño, el que ter-

minado, sus esclavas la visten con gran esmero, cubriéndole la cabeza y cara con un gran velo; concluido el tocado, cada una de las damas invitadas, con una antorcha en la mano, se dirigen en busca de la desposada, la abrazan todas una por una, conduciéndola despues procesionalmente á la sala de ceremonia de la casa; cada una de las damas lleva á prevencion nn saquito de monedas de oro ó plata (segun su fortuna,) las que mientras recorren el trayecto que hay desde la sala de baño á la de ceremonia, echan sobre la cabeza de la desposada; (este dinero son gajes de los criados de la casa.)

Llegada que es la comitiva al salon de ceremonia de la casa, las damas convidadas se retiran un momento á otra habitacion, con objeto de que entre un momento el padre de la novia, pues ante este, como hemos dicho antes, como ante todos los hombres en general, no pueden estar aquellas con la cara descubierta.

El padre de la novia entra al fin donde esta se halla, levántala el velo, imprime un beso en

la frente de su hija, y por sí mismo la pone un cinturon que el marido de aquella deberá desabrochar al siguiente dia; este cinturon es del mayor lujo: generalmente las familias ricas lo usan de oro adornado con piedras preciosas. Tal ceremonia es muy conmovedora: generalmente no se practica sin que entre la novia y su familia no brillen ó se derramen muchas lágrimas; el padre al ceñir el cinturon á su hija, no puede menos de afligirse al pensar que su hija va á pertenecer á otro hombre, quien tal vez no la hará dichosa: la novia jamás deja sin pena el techo paternal.

Concluida la ceremonia descrita, el padre se retira al *selanlik*, volviendo á entrar en el salon todas las damas que antes se retiraron.

La fiesta continúa en el harem toda aquella noche, las esclavas bailan, tocan, cantan y se divierten á su sabor.

Al dia siguiente, jueves, los criados llevan muy temprano el *trousseau* de la novia á casa de su esposo; del mismo modo que se verifica con el de las sultanas, el *trousseau* es conducido con to-

da pompa, arreglado con la mayor coquetería y al descubierto, para que los curiosos puedan admirar su magnificencia.

Aquella misma tarde la novia se dirige con toda pompa á casa de su marido; va en carruaje descubierto, llevando sus mejores vestidos y joyas, aunque cubierta, segun costumbre, con un gran velo; las dos damas mas ancianas de su familia la acompañan y ayudan á instalarse en su nuevo domicilio.

El marido come aquel dia en el *selanlik*; en seguida se dirige á la mezquita á hacer su oracion, concluida esta, sus amigos lo llevan con antorcha en mano hasta las puertas del harem, en el cual lo introduce un eunuco ó una vieja esclava, acompañándolo hasta el salon en que con dos damas lo espera su esposa.

Llegado que es á la puerta de este salon, hace una segunda oracion, la que terminada se dirige hácia su mujer, levantándola el velo y besándola en la frente; en aquel momento las damas que acompañan se retiran discretamen-

te, y el marido dirige algunas galanterías á su mujer.

Las turcas de alto rango tienen la costumbre de hacer encolerizar á sus maridos en tales momentos; el uso ha introducido que el esposo desarrolle todo el poder de su ingenio para que su mujer rompa tal obligado silencio; sucede á menudo que el marido no conoce á su mujer sino en el momento ya descrito de levantarla el velo; de aquí la emocion y el temor que muchos experimentan.

Al siguiente dia el recién casado hace una visita á su suegro, á quien con el mayor respeto besa la mano, entregándole este, como regalo, un anillo ó alhaja de valor.

.
.

Si es cierto que la poligamia contraría en mucho á la mujer en Oriente, el divorcio las hace afortunadamente mas soportable la vida.

Cuando el marido de una hija de Turquía toma otra mujer ú otras mujeres, la primera pue-

de invocar el privilegio que la ley les concede para divorciarse.

Si los dos esposos no viven en buena armonía, sea por incompatibilidad de carácter ú otras causas, ambos piden á la vez el divorcio, que sin dificultad la ley les otorga. Divorciados que son, el marido puede casarse al siguiente dia, la mujer tres meses despues; pero en el caso de que esta no quiera volver á efectuarlo, el marido por mas que ya esté divorciado, tiene obligacion de sufragar todos los gastos de la que fué su mujer; pero si esta es la que solamente desea divorciarse, hace valer sus derechos ante los tribunales; en el caso de no tener razones suficientes para ello, y de persistir sin embargo, en no querer vivir con su marido, este se halla obligado á instalarla en casa separada de la suya, proveyendo largamente sus necesidades, sin que instalada así pueda su marido visitarla sin obtener antes su permiso ó asentimiento; si á pesar de todo esto la mujer continúa por algun tiempo en la decision de no querer que su esposo la vea, en-

tonces este se decide al fin por divorciarse.

Las leyes para estos casos son como en otro lugar hemos indicado, mas favorables para las mujeres que para los hombres; toda vez que probado que sea por una de ellas que su marido le ha dirigido una frase grosera é insultante, ha cometido con ella un acto de brutalidad, ó ha proferido palabras que prueben arrepentimiento de haberla esposado, el divorcio le es concedido en el acto.

Si prueba tambien que su esposo tiene mas deferencia hácia otra de sus mujeres ú odaliscas, posponiéndola á cualquiera de estas en su cariño, ó bien si hace constar que el marido ha dejado pasar un mes sin pernoctar en el harem, el divorcio se entabla asimismo y conseguido que es, la esposa demandante puede, si gusta, tres meses despues, escoger otro marido.

A los casos dichos, pueden, sin embargo, aumentarse el siguiente:

La mujer que casada con un turco cualquiera, nota que su marido algun tiempo despues to-

ma otra segunda mujer ó odalisca, sin el consentimiento de la primera, puede esta entablar demanda de divorcio.

Nuestra legislacion permite á una mujer separarse de su marido en el caso de que este haya tenido la torpeza de maltratarla de obra ante testigos, pero en Turquía, en ese país que nosotros los europeos miramos aun como bárbaro, no tienen lugar jamás rasgos de esta especie, no ha habido ejemplo nunca que ningun marido, aun de la clase mas baja del pueblo, se haya degradado hasta el punto de levantar la mano á su mujer; si esto sucediera, la opinion pública lo desprecia-
ría, las leyes lo castigarian severamente; los turcos se separan de sus maridos solo con que estos las ofendan de palabra; entre nosotros, pueblo mas civilizado, la ley no concede el divorcio sino probado que es el maltrato del esposo para con su mujer; no se crea sin embargo que en Turquía, un marido puede desprenderse en absoluto de su mujer por medio del divorcio; si aquel nada tiene que reprochar á su cónyuge y esta no quiere di-

vorciarse, ni su esposo ni la ley pueden obligarla á ello; así es que si por ejemplo, un hombre cualquiera, hastiado de su mujer, toma otra y pretende divorciarse de la primera, no puede practicarlo si esta se opone á ello, debe por el contrario tenerla á su lado (aun habiéndose desposado con otra segunda,) guardándola toda clase de consideraciones.

Sucede algunas veces que dos esposos divorciados algunos meses antes, olvidan mutuamente y se perdonan las querellas que su separacion motivaron, por lo que de nuevo desean volver á unirse; la ley turca les permite casarse de nuevo otras dos veces; pero divorciados por segunda, al volver á casarse por tercera, pueden efectuarlo ante la Ley; mas tienen que llenar antes un requisito tan terrible como inusitado y curioso, y este es, que la mujer que por tercera vez vuelve á casarse con su ex-marido, tiene (antes que llevar á cabo este matrimonio número tres) que casarse con otro hombre; casada que es, invita á la boda á su primer esposo, quien en aquella

noche debe alojarse en una habitacion contigua á la de los recién casados, y si á la mañana siguiente persiste aun en el deseo de contraer matrimonio por tercera vez con su mujer, al lado de cuya habitacion ha dormido aquella noche, entonces esta se divorcia de su segundo marido, desposándose nuevamente con el primero que ha pasado por tan terrible prueba; esta, parece como imposible haya podido resistirla hombre alguno; no obstante, aunque raros, ha habido algunos casos, á excepcion de uno recientemente ocurrido, en que la desposada declaró al siguiente día de sus bodas con el marido interino, por decirlo así, que preferia vivir al lado de este, mejor que con su primer esposo, quien sufrió la prueba ya dicha sin resultado de ningun género.

CAPÍTULO IX.

De los *tekies*.—*Dervises* volteadores ó *Mewlevis*.—*Betachis*.—*Kupais*.

Hay en Constantinopla, como asimismo en los mas recónditos puntos del imperio otomano, un gran número de *tekies*; son estos unos edificios, que asemejan mucho por su construccion á nuestros conventos; circúndalos grandes y espaciosos terrenos cultivados, como tambien frondosos jardines; unos y otros los cultivan y cuidan los *dervises* que en los *tekies* habitan, á semejanza de nuestros antiguos monjes.

Los *tekies* ó conventos turcos son casi todos en general muy ricos; generalmente les legan sus bienes todos los dignatarios ó potentados del imperio, que mueren sin hijos ó herederos.

Se reprocha por punto general á nuestros an-

tiguos monjes, el poco fruto que produjera en este mundo su religiosa asociacion, toda vez que no era ventajosa en concepto alguno á los pueblos ó sus naturales; á los *dervises* turcos, no se puede en verdad, dirigir idéntico cargo; en los *tekies* siempre está la mesa puesta, la comida preparada, y una habitacion con un modesto lecho brindando la hospitalidad y el reposo; los pobres, los jornaleros, los viajeros de todos los países, tienen derecho á aquella; basta presentarse á la puerta de los *tekies* para que sean recibidos por los *dervises* que habitan los mismos con la mayor afabilidad, se les sirve de una comida abundante; generalmente se compone de legumbres, pescados y lacticinios.

Ricos, pobres, artesanos, viajeros, todas las clases de la sociedad, se hospedan sin consideracion alguna en los *tekies*; muchos grandes señores, que se ven obligados á recorrer el país, demandan hospitalidad igualmente, seguros de encontrar un alimento sano, mucha limpieza, y un recibimiento agradable hasta lo sumo.

Ninguna persona puede estar mas de tres dias en los *tekies*, al cuarto, el superior de la orden se dirige á su huésped, y presentándole un instrumento para laborear la tierra, le dice:

—Hermano, si deseais honrarnos por mas tiempo con vuestra compañía, tomad esa azada y ayudadnos en nuestros trabajos agrícolas. Ningun *dervis* puede aceptar ofrenda alguna de las personas que en el *teki* se hospedaron, les está expresamente prohibido por su regla.

Los *dervises* llevan en sus *tekies* una vida sóbria y laboriosa, trabajan, cultivan sus tierras, recogen sus cosechas que destinan para alimento y sosten de los huéspedes que el cielo quiera enviarles, con los que son humildes y serviciales hasta la exageracion; no beben jamás vino, ni en sus alimentos entra para nada la carne, ruegan á Dios y ejercitan la caridad con todos; su vida pues, es altamente meritoria.

A pesar de la intolerancia religiosa que en los turcos suponemos, los europeos que viajan por el imperio otomano, solo necesitan presentarse á la

puerta de cualquier *teki* que á su paso hallen, y cualquiera que sea la religion que profesen, son recibidos con la mayor benevolencia, y si manifestaran deseo de presenciar las oraciones y ceremonias de los *dervises*, se les permite en absoluto ejecutarlo, lo que como se vé es excesivamente tolerante.

Dervis es sinónimo de monje, pero así como nosotros tuvimos monjes y frailes de diferentes órdenes, ellos los tienen también de treinta y seis clases diferentes.

Cada una de ellas tiene costumbres y ceremonias tan raras como curiosas; para definir detalladamente todas y cada una de ellas, necesitaríamos escribir una estensa obra, lo cual no está en nuestro propósito, toda vez que al dar á luz la presente, solo intentamos llevar á nuestros lectores, haciendo un pequeño viaje casi á vuelo de pájaro, á través de los haremenes, serrallos, calles y paseos constantinapolitanos, como asimismo abrir algunas páginas del Código turco, especialmente en las leyes referentes á las muje-

res otomanas; esto no obstante, hablaremos de las sectas religiosas mas principales, describiendo á vuelo-pluma sus mas notables ceremonias y ritos.

.

La secta de los *betachis* cuenta numerosísimos afiliados; muchos habitan en *tekies*, otros no; estos últimos, llamados *betachis viajeros*, pasan su vida recorriendo todo el Imperio, siempre á pié y mendigando el sustento; sufren con admirable resignacion el hambre, la sed y el cansancio, pasando por toda clase de humillaciones, si se les insulta, si se les arroja de una casa á la cual han ido á mendigar el sustento, lejos de incomodarse, se retiran tranquilamente y con la mayor humildad responden:—«Gracias, hermano.» Sus divisas son: *fraternidad, obediencia y sumision.*

Muchas personas de elevada posicion pertenecen á esta orden; los hay tan secretos, que nadie los conoce, y á semejanza de nuestros francmasones, tienen entre sí sus signos y palabras de in-

teligencia. No es obligatorio entre ellos el celibato, muchos se casan.

Los que viven en la sociedad llevan el traje de esta, se les reconoce sin embargo por sus largos bigotes que jamás se cortan ni afeitan; los que tienen un grado ó gerarquía en la órden, se dejan crecer toda la barba.

Los *betachis viajeros* y los que viven en los *tekies*, visten el ancho pantalon turco y un largo y negro hábito.

Como en otros capítulos hemos consignado, ningun turco permite que su mujer sea vista por hombre alguno, teniendo el rostro descubierto, aunque este hombre fuera su mas íntimo amigo, jamás le concedería esta gracia; los *betachis* sin embargo, llevan su fraternidad hasta el punto de hacer cesar aquella prohibicion, probando de este modo el respeto y confianza que entre sí tienen; no usan *harem* para sus mujeres, y estas, no solo pueden recibir con el rostro descubierto á todos los *betachis* sus hermanos, sino que se les tolera sentarse á la mesa con sus maridos y amigos

de estos; aunque esto lo practican con la mayor reserva, evitando así ser objeto de murmuracion por los demás musulmanes extraños á esta secta.

No hay ejemplo de que ningun *betachi* haya sido ofendido por su mujer con amores de otro hombre, la libertad y confianza con que á sus esposas honran, forman una barrera mas insuperable aún que la que está construida por rejas, cerrojos y eunucos.

Entre los *betachis*, especialmente los viajeros, los hay de gran santidad; muchos, segun cuentan, tienen el don de leer el porvenir; los musulmanes refieren sobre este punto rasgos admirables, uno de ellos es el siguiente:

Un gobernador de Tripoli me dijo un dia que nada en el mundo (los turcos son muy supersticiosos,) podia hacerle presagiar una desgracia de familia ó la destitucion del cargo que ejercia; una tarde sin embargo, un anciano *betachi* entró en su casa y le dijo:

—Se ocupa en este momento de tí el Consejo en Constantinopla; no inspiras confianza y te re-

levan del mando; esta noche saldrá un tártaro portador del *firman* que te destituye.

Quince dias despues el gobernador fué relevado; la órden venia firmada en el mismo día que el *betachi* se lo pronosticó.

Hay en Constantinopla uno de estos, de una edad muy avanzada; ha viajado mucho y despues se ha retirado á vivir en dicha capital, haciéndolo con una sobriedad extrema y pasando el dia entre la oracion y las obras de caridad; visitanlo los mas elevados personajes del Imperio, quienes lo tratan con el mayor respeto y deferencia.

Todos y cada uno le piden consejo en cuantos asuntos que resolver tienen; si un turco necesita resolver un negocio árduo, por ejemplo ó quiere casarse... va á visitar al anciano *betachi*, se informa de su salud, fuma la pipa que le ofrece, habla con él de todo, menos del asunto principal, pero á los pocos momentos el *betachi* le dice:

— Hermano, ¿quieres casarte? ¿quieres hacer

esto ó lo otro? ¿has venido á consultarme...? yo pienso esto...

Y le dice su opinion.

Lo mismo hace con cuantas tienen intencion de dirigirle; sus consejos son rectos y juiciosos, y lee (segun aseguran) con maravillosa facilidad en el pensamiento ageno.

Esto se dice y refiere públicamente en Constantinopla; mas como el anciano *betachi* ignoraba mi lengua pátria y yo no conocia sino muy poco la turca, no he tenido ocasion de hacer por mi propio la esperiencia, que al menos me hubiese convencido, toda vez que yo como Santo Tomás, necesito ver para creer.

.
.
.
.

La secta de los *meulevis*, comunmente conocida por la de *dervises volteadores*, es muy digna de estudiarse; el jefe principal de ellos habita en donde se encuentra su *tekí* principal, sin que

por esto dejen de tener otros en las principales ciudades del imperio.

Mas tolerantes que los otros dervises, ejecutan todas sus operaciones religiosas y domésticas ante todos los extranjeros, cualesquiera que sean la religion y nacionalidad de estos.

Visten un largo sayal de lana blanca, cubriendo la cabeza con un velo del mismo color.

Sus ceremonias religiosas escitan la curiosidad de todos los extranjeros, y como permiten asistir á ellas, todos los viajeros que recorren el Oriente, van á sus tekíes.

El llamarle *dervises volteadores* tiene su origen en lo siguiente:

Llegada que es la hora de hacer sus oraciones, se reunen en comunidad en un gran salon, cuyo piso es de piedra; el jefe de aquella ocupa un pequeño trono formado de una docena de pieles de gacela, puestas una sobre otra; cada *dervis* se pone en cuclillas sobre otra piel, y todos forman un círculo ante su jefe en esta posicion los brazos cruzados sobre el pecho, y en la acti-

tud mas sumisa y humilde; el jefe hace su oracion en alta voz; concluida que es, todos se ponen en pié al mismo tiempo; forman un círculo dándose las manos, la espalda mira al centro del círculo, la cara hácia afuera, y en esta disposicion giran de medias en medias horas, sin descansar un solo momento.

Estas vueltas, descritas con rapidez por hombres que van envueltos en grandes túnicas blancas, tiene algo de fantástico.

Concluidas las vueltas reglamentarias por decirlo así, cada *dervis* vuelve á acurrucarse en su respectiva piel de gacela, y descansa un instante; acto seguido el *dervis* de gerarquía mas elevada ó sea el sub-jefe ó inmediato al principal, se levanta, saluda ceremonialmente á este, bésale la mano y queda en pié á su izquierda; los demás ejecutan uno á uno idéntica ceremonia pero al par de la mano del superior de la órden, besan la de los dervises que le han precedido, lo que procura al último de ellos la satisfaccion poco agradable ciertamente de besar 40 ó 50 manos.

Tal secta ú orden fué fundada por Ageret-Melauma. El fundador que era un creyente de alma fervorosa y apasionada amó á Dios y *su profeta Mahoma* con tal fuerza que su pobre cerebro se resistió de un modo cruel; muchas veces á penas concluía sus oraciones empezaba á dar vueltas de tal modo que caía al suelo casi exánime; en memoria pues del fundador, ha quedado entre sus adeptos la ceremonia de girar á penas terminan sus rezos, y de aquí el nombre de *der-vises volteadores* bajo el que se les conoce.

.
.

La secta de los *Kupais* es numerosísima, existe principalmente en las Indias, sus adeptos son los naturales de aquellas regiones á quienes generalmente se conoce por el nombre de *domesticadores de serpientes*: existe tambien en África, muchos árabes son *Kupais*.

¿Quienes son los indivídno de esta secta ó mejor dicho qué clase de hombres son? Esta es una pregunta difícil de contestar, yo con perdon sea

dicho de los musulmanes no puedo admitir que sean santos y sin embargo hacen milagros extraordinarios, pues se le vé manejar impunemente pedazos de hierro candente, jugar con afilados puñales y recoger en el campo la serpiente mas venenosa arrollandosela sin peligro alguno al cuello. Como hacen todo esto, jamás he podido esplicármelo, así es que me limitaré solo á describir las ceremonias y prácticas de la dicha secta sin entrar en el terreno de las esplicaciones.

Apenas los *Kupais* concluyen sus oraciones, agarran un hierro ardiendo por ejemplo, y se atraviesan la lengua con él; los extranjeros siempre numerosos que asisten á sus ceremonias oyen perfectamente el chirrido de la carne que se quema, presenciando el como apagan el hierro con los lábios; otros con un afilado puñal se infieren en el pecho algunas heridas, revuelven en todas direcciones la hoja en estas, la sangre corre y de seguida arrancan el arma, pasan el dedo humedecido con saliva por la herida y esta se cierra y cura; el como ejecutan esto es inesplicable, pero

si es visible ante muchos curiosos que presencian admirados sus oraciones y ceremonias de este género, siendo muy largas de anotar las torturas que se propinan.

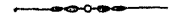
Tienen grande afección hacia los reptiles, especialmente á las serpientes, hay *Kupais* que lleva sobre sí hasta diez enrolladas una en el cuello y otras en los brazos.

Si en una casa cualquiera hay indicios de que habita una serpiente se hace venir un *Kupai* como en las Indias un domesticador, estos hacen venir hasta sí el reptil por medio de una música dulce y lánguida, lo que prueba que el reptil como la serpiente y la asaña adoran la música, el *Kupai* empero, lo hace venir por medio de un grito particular.

A penas el grito se oye, la serpiente deja su escondrijo y viene á enroscarse humildemente ante el *Kupai* que la llama. Entonces este, la coje tranquilamente, le abre la boca arrancándole los dos dientes venenosos que en aquella tiene, desa-

pareciendo poco despues con el animal que se ha enroscado en su cuello ó en su brazo.

.
Existen además de las dichas otras sectas denominadas de los *alvetis*, *gielvetis* y *nachiffendis*; todas tienen sus *tekies* diseminados en el oriente.



CAPÍTULO X.

**De la Turquía en general.—Sus usos, leyes
y costumbres.—Del Ramadan y fiestas del Bairan.—
De los genizaros.**

Desde hace unos cincuenta años, la Turquía ha cambiado en mucho sus costumbres, desposeyéndose por decirlo así, de muchas de ellas que acusaban una barbarie y tiranía, generalmente reprochadas por las demás naciones. En otro tiempo un marido turco tenía el derecho de castigar el adulterio de su mujer (caso siempre raro) encerrándola en un saco y con ella dos ó tres gatos arrojando dicho saco al Bósforo; actualmente esto ya no está permitido y el marido que sorprenda á su mujer en tal fragante delito, solo practica con ella el arrojarla ignominiosamen-

te de su hogar sin que tenga derecho en forma alguna á la proteccion de las leyes.

Algunas de las costumbres turcas nos sorprenden aun, tal es la poligamia; pero fuerza es convenir tambien que muchas de las leyes orientales están fundadas sobre principios de buen sentido y sabiduría, existiendo tambien entre ellos, los musulmanes, costumbres dignas de ser elogiadas aun por las naciones mas civilizadas.

Se ha vituperado y se impugna aun á los turcos, ser fanáticos é intolerantes; sin embargo los europeos que han vivido algun tiempo en Turquía, aseveran no ser esta impugnacion suficientemente razonada, toda vez que el gobierno del país no impide en manera alguna ni por tal causa son depuestos de sus empleos ó dignidades si las tienen al verificarlo; pocos musulmanes en verdad toman otra religion; pero esto no lo motiva la intolerancia del gobierno del país, sino el que la de Mahoma que profesan lisongea mucho sus inclinaciones y por lo tanto la prefieren á otra cualquiera.

La Turquía posee en su seno hombres que profesan toda clase de religiones y sin embargo la ley los ampara siempre viviendo contentos y dichosos, lo cual prueba que el gobierno musulman es tolerante hasta lo sumo.

En 1851 el gobernador de la Isla de Creta donó á los cristianos cierta estension de terreno para edificar una iglesia al mismo tiempo que el gobierno les hizo un donativo con que sufragar los gastos de construccion; este hecho no es raro y se ha repetido no pocas veces en Oriente, ora para cementerios, ora para iglesias; y es tal que si lo que no puede suceder, el Papa tuviera que dejar un dia á Roma viéndose obligado á refugiarse en Oriente, el sultan le ofrecería un asilo donde quisiera, en Jerusalem por ejemplo, tratándole con toda clase de consideraciones; siendo muy posible que el Santo Padre no pudiera quejarse de su estancia entre los infieles. El musulman tiene siempre un respecto profundo á todo jefe de religion cualquiera que esta sea.

¿Pero los horrores y asesinatos de Siria? se

objetaré al leer esto; sobre este punto hay mucho que decir y sobre todo que reconocer que los cristianos allí sacrificados no lo fueron con premeditada intencion siguiendo órdenes del Sultan; toda vez que Turquía ha castigado los asesinos, indemnizando tambien á los cristianos que lograron huir y no ser víctimas de aquellos horrores, mientras que nosotros hemos tenido una... San Bartolomé... y ... por no poco tiempo, hemos perseguido los judíos, estos hace muy pocos años eran entre nosotros mirados con horror, se les infamaba, despreciaba y perseguia, siéndolo aun en los Estados Romanos; ¿porqué pues hemos de reprochar á los turcos su intolerancia?... no, mas vale callar, no sea se nos recuerde que hace muy pocos años, uno de nuestros generales hizo incendiar en África las chozas en que los ancianos, mujeres y niños árabes se habian refugiado huyendo; temamos que los turcos al vernos impugnar fuertemente los horrores de Siria, no nos presenten el paralelo del drama representado por los desgraciados árabes, muriendo entre las llamas:

el general que llevó á cabo esta proeza digna de los tiempos bárbaros, no vió eclipsada por un solo momento la estrella que alumbraba su brillante y rápida carrera, mientras que el pachá que por miedo ó debilidad no impidió la matanza de Siria, fué fusilado.

.
.
.

La religion musulmana prohíbe á los turcos usar en la comida la carne de puerco y beber vino ó licores, esta prohibicion tiene su razon de ser, por dañinos que son estos últimos en los climas cálidos, sobre todo si se abusa de ellos; para evitar pues el abuso, el mejor medio es la prohibicion absoluta de beberlos.

En cuanto al usar de la carne del cerdo, Mahoma lo prohibió á sus adeptos, efecta de que el bicho es poco sano en Oriente, pues generalmente está inficionado de lepra.

Muchas poblaciones en Creta fueron invadidas por tan funesta enfermedad; sus habitantes eran

griegos que usaban mucho el puerco para su alimentacion; el gobernador de la Isla tuvo idea de prohibir el uso de esta vianda, dió sus órdenes al efecto y poco á poco el número de los enfermos fué disminuyendo y al cabo de algunos años el mal fué estirpado de raiz.

Los orientales siguen aun los preceptos de su profeta con respecto á la carne del animal ya citado, pero en cuanto á los licores, muchos señores principales principian á acostumbrarse á paladearlos hasta el punto que hoy en los grandes banquetes lucen en primer término los mejores vinos de Europa.

Las mujeres sin embargo, no han barrenado el precepto; ninguna hace uso de los vinos ni licores y si un marido cualquiera se permitiese ofrecer una copa de vino ó de licor á su mujer, esta lo consideraría tan culpable que podría ante la ley y por este solo hecho pedir el divorcio.

Los turcos tienen un licor muy agradable, el raki; lo toman una hora ó media antes de la comida, acompañándolo con dulces y frutas; la co-

cina oriental es buena, pero abusan mucho de las salsas, platos dulces y pastelería.

El café es para ellos un articulo de primera necesidad, toman diez ó doce tazas diarias, al recibir una visita bien en *el selanlik* ó en el *harem* una de las principales reglas de cortesía obliga á ofrecer una taza de aquel, al mismo tiempo que cigarrillos, narguillé ó pipa; afortunadamente y en beneficio de los nervios orientales, sus tazas para café son excesivamente pequeñas; se componen de una especie de huevera de oro ó plata sobredorada, que las gentes ricas adornan de piedras preciosas, descansando en esta huevera una tacita de porcelana de china sobre la que se sirve el café que ha de beberse.

.
.

La religion turca prohíbe en absoluto á sus afiliados cubrirse la cabeza con otra cosa que el gorro rojo que generalmente los distingue, ponerse un sombrero es considerado en Oriente como un gran pecado; no puede esplicarse ciertamente

la razon de tal prohibicion á no ser con la de que Mahoma, quiso que todos sus discípulos se distinguieran por el uso del gorro rojo.

A Mahoma tambien se debe la institucion de la poligamia, la que prescribió como costumbre buena y santa, tal vez porque dicho profeta, deseando multiplicar en poco tiempo el número de sus adeptos, les ordenó tomar muchas mujeres.

Amparados pues por este religioso mandato del Profeta, los maridos partidarios de la poligamia, la recuerdan á sus mujeres al aumentar el número de estas..... y las que de ellas son fieles observadoras de los preceptos de Mahoma no se atreven á rebelarse contra tal madato.

Jamás turco alguno pronunciará el nombre de Dios sino con el mayor respeto, si en la calle encontrara algun papel escrito, en la duda de que el nombre de Dios no esté en él y se ensucie ó lleve de lodo, le recoje y quema; esto en los turcos es á mas una costumbre que llenan religiosamente, es un deber.

Los musulmanes veneran á Cristo y á la San-

tísima Virgen su madre; siguen fielmente la religion del Profeta y tanto el sultan como los mas elevados funcionarios dan ejemplo en la rigurosidad con que la observan; van regularmente á la mezquita sin distincion de rango ni posicion, y no pocas veces el sultan se encuentra en aquella arrodillado y haciendo sus oraciones al lado de un cochero ó vendedor ambulante, pues la igualdad mas perfecta reina en la mezquita.

No existe turco alguno que no llene perfectamente el *ramadan*; esto se practica de la siguiente manera.

Su duracion es de treinta dias; tiene lugar anualmente, pero no siempre en la misma fecha, pues como quiera que los turcos no cuentan sino por lunas, el *ramadan* ó *ramasan* cae á veces en verano como en invierno; es á la par la Cuaresma y Carnaval de los turcos; por el dia, tiene lugar la Cuaresma, por la noche el Carnaval impera.

Se le anuncia con una pompa ruidosa, la ar-

tillería dispara veintiun cañonazos; la infantería sigue á esta con una descarga de fusilería.

Mientras dura el *ramadan*, diariamente y al salir el sol, se dispara un cañonazo; esta es la señal de penitencia: una hora despues de disparado, no se puede comer ni fumar.

Cada musulman ó musulmana se enjuaga la boca y hace sus abluciones, elevando de seguida su primera oracion, bien sea en su casa ó en la mezquita; pero es obligatorio el ir á esta lo menos tres veces al dia; en ella los *imanes* (sacerdotes) hacen sus oraciones en alta voz leyendo versículos del Koram.

Hay además en aquellos ejercicios de cantos religiosos, alternando con numerosos sermones que no poco número de predicadores dirigen á los fieles sectarios del Profeta; pero lo hacen con tal energía, con tal intencion, que no contentos con lanzar el anatema sobre los tibios observadores de la religion mahometana, atacan sin piedad á los ministros, grandes dignatarios, y hasta al mismo gran Visir del Imperio. Si cualquiera de

estos predicadores viera en la mezquita el ministro tal ó cual, de cuyos actos el pueblo estuviera descontento, con razon ó sin ella, lo ataca rudamente. reconviniéndole con la mayor acritud ante todos los oyentes; la víctima se vé obligada á oír y callarse.

Algunas veces suele acontecer que estos predicadores van tan lejos en sus impugnaciones, escitan de tal modo al pueblo á rebelarse contra el poder, que la policía tiene que llamarlo al órden, obligándole á cesar en su sermon.

Durante el ramadan, se establecen ante las mezquitas grandes bazares improvisados á guisa de feria; en ellos se venden, no solo objetos de poco precio, sino tambien joyas, diamantes, piedras preciosas.

Como quiera que las oraciones en la mezquita duran bastante tiempo y se suceden á menudo, el uso permite pasar el tiempo que libre queda de una á otra, empleándolo en recorrer los bazares, sentarse á la puerta de ellos y hacer compras; de este modo es como se comprende la animacion

que reina en aquellos que los recorren, desde el menestral hasta el mas elevado personaje del Imperio; las mujeres lo recorren todo, llevando á todas partes el perfume de su juventud y su hermosura.

Como en anteriores capítulos hemos consignado, el *ramadan* es fiel y religiosamente observado entre los turcos, dando de ello el ejemplo los mas aristócratas; si un hombre cualquiera, bien en Constantinopla ú otra ciudad de Oriente, se presentase en público durante el *ramadan*, fumando ó mascullando alguna golosina, seria silvado por el pueblo perdiendo la estimacion de todo el mundo, y si fuera empleado del gobierno, correria riesgo de ser destituido.

El sultan va asimismo á la mezquita, pero de incógnito, y sin aparato de ningun género.

El *ramadan* se practica en las casas de los turcos, del modo siguiente:

Apenas suena el cañonazo de la mañana, cada individuo efectúa la operacion anteriormente descrita, toda vez que sabe que el disparo de

aquella arma le anuncia que desde una hora despues de oido, se le prohíbe beber, comer ni fumar. El marido que estuviera en su harem deberá inmediatamente abandonarlo; deben hacerse cinco oraciones al dia, en caso de no ir á la mezquita, en el *selanlık*; el jefe de la familia la hace en alta voz, rodeado de todos sus hijos, criados y esclavos. En el *harem*, la dueña de la casa ó cabeza de aquel, practica sus oraciones en igual forma.

Un segundo cañonazo disparado á puestas del sol, anuncia el fin de la Cuaresma ó ayuno de aquel dia, comenzando el Carnaval; cada uno vuelve á su casa, convidándose mutuamente á comer los amigos mas íntimos.

Existe en esta época del *ramadan* una costumbre tan rara como agradable, y esta es, que cualquier individuo puede invitarse por sí mismo á comer en casa del primer personaje que le venga á las mientes; el anfitrión está obligado á recibir á su huésped, por desconocido que le sea, con la mayor afabilidad posible; así es, que

en todas las casas turcas, tanto en la de los ricos como en la de los pobres, se sirve en estos dias una comida tan abundante como espléndida, con arreglo á las facultades de cada cual.

El pueblo bajo gasta en estos dias sus ahorros de todo el año.

El golpe de vista que presenta cada casa antes de la hora de la comida, es decir, antes de dispararse el segundo cañonazo, que anuncia el fin del ayuno, es digno de observarse; en la habitacion que sirve de comedor á la casa, cada persona (huéspedes y convidados) tiene ante sí una mesita sobre la cual se halla una bandeja que contiene un vaso de agua azucada y dos platitos, uno con algunas cucharadas de caldo, otro con cinco ó seis aceitunas; apenas el cañon anuncia el fin del ayuno, cada uno toma esta frugal colacion, la que tiene por objeto preparar el estómago fatigado por un largo ayuno á una comida mas copiosa; concluida esta colacion, fuman y hablan por espacio de una hora; durante este tiempo los criados retiran las mesitas, poniendo en el

suelo tapices por órden de edades y gerarquías; en cada tapiz ó alfombra se coloca un rosario.

Acto seguido todo el mundo se pone de rodillas; los criados ocupan el extremo del salon, el amo de la casa hace una oracion en alta voz, y todos la repiten; concluida, tiene lugar la comida, que es abundante hasta donde alcanzan las fuerzas del dueño de la casa.

Terminada que es aquella, se fuma, canta ó juega, ó se ocupa el tiempo lo mas agradablemente posible; las personas ricas tienen la costumbre de velar toda la noche, pasándola lo mas divertida; á las dos de la madrugada toman un ligero refrigerio de pastas ó dulces; cuando el cañonazo de la mañana suena, anunciando vuelve á principiar el *ramadan* ó el ayuno, se acuestan, no sin haber practicado antes sin excepcion ó escusa, la ceremonia de enjuagarse la boca; duermen hasta el medio dia, á cuya hora se dirigen á la mezquita para hacer nuevamente sus oraciones, como el dia anterior.

Los ministerios y oficinas del Imperio, solo

están abiertos durante el *ramadan* hasta las dos de la tarde; también esto se practica en algunos bazares y tiendas de comercio; pero hay muchos almacenes que no se cierran en toda la noche, especialmente los de especiería y panaderos.

En los *haremnes*, el *ramadan* se practica en idéntica forma; las damas que habitan aquellos se invitan mutuamente después de disparado el segundo cañonazo del día; comen juntas, pasando la noche alegremente, aunque durante este tiempo cuaresmal se privan de los gozes del canto y la música.

Para los pobres, la época del *ramadan* es la más socorrida, todo el mundo los regala y obsequia abundantemente; esto es no solo un placer, sino una obligación para todo musulmán; en cada casa, desde la suntuosa del gran Visir hasta la humilde del menestral, se destina una habitación, en la que se pone una mesa con el mayor número de cubiertos posible, en consonancia con la fortuna del dueño de aquella; el musulmán más pobre, sea de la clase que sea, tiene derecho á

ocupar un asiento ante aquella; le basta solo entrar, hacer un temena al amo de la casa, poniéndose de seguida á la mesa; si por casualidad los asientos que hay ante esta están ocupados, y el anfitrión no es suficientemente rico para admitir uno ó dos convidados más, entonces suplica al que llega el último vuelva á comer al día siguiente, lo que ejecuta, dirigiéndose sin embargo aquel día á hacerlo en otra casa.

Como naturalmente se colige de lo anteriormente dicho, los mendigos durante los treinta y un días del *ramadan*, comen y beben gratis.

—Hoy, dice uno... voy á saborear la cocina del gran Visir.

—Yo, añade otro, comeré hoy casa del Pachá H... que según dicen, tiene muy buena mesa; en todas partes se les acoge con la mayor benevolencia, comen á placer, y terminado el banquete, el *asnadar* ó mayordomo de la casa entrega á cada uno por vía de regalo una pequeña cantidad, que varía de uno á diez francos, según la fortuna del anfitrión; como esta operación se re-

pite durante los treinta y un días del ramadán, resulta que al cabo de este tiempo, cada mendigo, no solo ha comido gratis igual número de días, sino que también ha recibido idéntico número también de regalos en dinero, los que reunidos hacen para ellos un bonito total.

Las mismas prácticas humanitarias siguen las damas de los *haremenes*, socorriendo á las mujeres necesitadas, dándolas de comer, y obsequiándolas con vestidos y dinero.

Terminado el *ramadan*, las fiestas del *Bairan* se suceden; estas solo duran tres días, se las anuncia por treinta y dos cañonazos, á los que contestan las salvas de artillería; los primeros parten de las fortalezas, los segundos los disparan los parques de dicha arma. Son anuncios de una zambra y alegría inusitadas.

Pero las dos ceremonias que suceden á esta algazara, son de una grandiosidad tal, que deslumbran y admiran hasta lo sumo al europeo que las presencia, pues nada puede comparársele.

Todos conocemos, al menos de referencia, la

riqueza ostentosa de las costumbres orientales, los vestidos que usan los altos funcionarios, sobre los que brillan los bordados de oro fino, sus finísimos alquiceles, que dejan ver una media luna salpicada de piedras preciosas, así como la empuñadura de sus cimitarras y cinturones, en los que también irradian con profusión los diamantes y rubíes... Pues bien, figurémonos un numeroso cortejo, á cuya cabeza va el gran Visir, compuesto de todos los *paehás mustachires*, ministros y elevados funcionarios, montando magníficos caballos, seguidos de sus edecanes, ayudas de cámaras y criados de gran librea, todos brillantes, deslumbradores por los bordados, oro y piedras preciosas, pasar en orden, cual una cabalgata de géneos, para dirigirse al palacio del sultán; tan luego llega á la plaza en que dicho palacio se halla, el cortejo hace alto.

Pocos minutos después, el sultán, de gran uniforme, precedido y seguido de los elevados funcionarios de su casa, sale de su palacio, monta á caballo, y á la cabeza de aquella magnífica

comitiva se pone en marcha, dirigiéndose á la mezquita; en esta ocupa un magnífico trono que le está destinado; los personajes de su séquito ocupan cada cual su puesto segun etiqueta, en suntuosos tapices; todos se arrodillan: entonces el *Cheikou islam* (jefe de la religion, como el Papa entre nosotros,) hace una oracion en alta voz; terminada que es, el sultan y su séquito se levantan, salen en igual orden de la mezquita, dirigiéndose en igual forma al palacio del soberano, en el que entra este apenas llega.

Media hora despues la comitiva del soberano ha ocupado su puesto en la plaza del palacio, á los costados de un magnífico trono que en el centro de ella se eleva; colocándose todos los personajes bajo aquel, segun su grado y gerarquía, tanto los funcionarios civiles como los elevados del ejército; principia la ceremonia de los *temenas* que se efectúa en la forma siguiente:

El sultan sale de nuevo de su palacio, ocupando el puesto de honor en el trono ya descrito; arrollada al brazo del soberano se halla una de

las puntas de una banda de riquísima tela bordada en oro; el primer chambelan del Imperio sostiene respetuosamente la otra punta de dicha banda; entonces, por orden de gerarquía social y dignidad en la nacion, avanzan uno á uno todos los personajes, hacen tres respetuosas *temenas* al soberano, besan el extremo de la banda que sostiene el primer chambelan, retirándose cada cual á su puesto sin dar la espalda al sultan; tras los altos funcionarios ejecuta lo mismo el ejército; concluido este, avanza el *Cheikou islam* y el alto clero musulman; entonces el sultan se levanta, permaneciendo de pié mientras el clero lo saluda; (todos los soberanos turcos, aun los mas intransigentes, dan esta prueba pública de respetuosa deferencia al *Cheikou islam* y sus subordinados, no solo por lo que en la tierra representan, cuanto porque conocen la omnipotente influencia que sobre el pueblo ejercen, toda vez que á su placer pueden hacerlo hostil ó favorable al gobierno del país.)

Concluida la ceremonia por el clero, el sul-

tan vuelve á su palacio; pocos minutos despues toma puesto en un inmenso salon de este edificio todo el cortejo que la plaza ocupaba, con objeto de practicar ante el gran Visir la ceremonia que antes se llevó á cabo con el soberano, á excepcion de la banda imperial, limitándose el acto á practicar los *temenas* de rigor ante el ya dicho primer personaje del Imperio; como comprender se deja, esta segunda ceremonia tambien se efectúa por órden gerárquico, empezando el ex-gran Visir, quien la ejecuta ante el actual, colocándose inmediatamente á su izquierda; siguen los demás dignatarios, quienes despues de practicar con el gran Visir la dicha ceremonia, la repiten ante cada una de las personas que en aquella le han precedido, tomando puesto de seguida á su izquierda; de lo que resulta que los últimos tienen que hacer los *temenas* de rigor á trescientas ó cuatrocientas personas que le precedieran; júzguese, pues, si la ceremonia será larga, y el magnífico efecto que en un observador producirá el presenciaria, estudiando la actitud que presenta cada

uno de los dichos personajes, haciendo los *temenas* de rigor, no solo ante el primer personaje del Imperio, sino además ante cada uno de los que con anticipacion lo verificaron.

Durante los tres dias de las fiestas del *Bairan*, nadie se ocupa de negocios, ni aun se dirimen los del Estado; son tres dias de fiesta nacional amenizados por músicas, iluminaciones y fuegos artificiales, no solo en Constantinopla, sino en los demás puntos del Imperio, sin excepcion alguna.

Como en su capítulo correspondiente digimos, en el serrallo se practica la ceremonia de los *temenas* en igual forma que la que hemos descrito, besando cada dama el extremo de la banda soberana, despues de los saludos de etiqueta.

Los turcos celebran tambien el año nuevo; en tal dia no se obsequian mutuamente como nosotros hacemos, por medio de dulces y efectos de golosina; sus regalos consisten en monedas de plata entre el pueblo, y de oro entre las clases

acaudaladas; así se explica esté perfectamente admitido y no sea denigrante en forma alguna entre los musulmanes el que los amigos se observen entre sí, enviándose varias monedas de oro, y que al encontrarse en la calle se las ofrezcan recíprocamente.

El ejército turco está regido por las leyes del Código Napoleon; las que imperan en el estado civil brillan por su buen sentido y justicia, esta se administra con la mas estricta imparcialidad; ante su Tribunal goza iguales derechos el mas humilde artesano que el mas elevado personaje, y si como en otra ocasion consignamos, el mismo gran Visir fuese demandado ante la justicia por cualquier musulman, fuera de la clase que fuere, está obligado aquel elevado dignatario á comparecer en persona ante el juez, permaneciendo en pié al lado de su demandante, mientras que el asunto se dirime por el Tribunal; los jueces no son inamovibles; elegidos por el pueblo, segun la mayoría de votos que para cada uno se emiten, ejercen su cometido dos años, reemplazándolos

otros al cabo de este tiempo y en idéntica forma; esto, como es natural, es un precioso privilegio que al pueblo se otorga, toda vez que puede elegir por sí mismo jueces, y dicho se está, que la eleccion recae en los hombres mas justos, íntegros é inteligentes de cada departamento.

Disfrútase tambien en Oriente del privilegio de no tener abogados; la Curia allí no se conoce, cada individuo que por desgracia ó necesidad tiene algun asunto que arreglar con la justicia, litiga ante ella y por sí mismo su negocio, y si conmovido ante el Tribunal ó insuficiente su inteligencia para expresarse con claridad ante este, no puede con entera conciencia de su derecho ventilar por sí mismo aquel, uno de los jueces ocupa su lugar, poniendo todo su conato y desplegando toda su elocuencia por ocupar el puesto del litigante.

Los turcos no pueden proporcionarse por medio de cantidad alguna el placer de que un abogado venal y sin conciencia pierda la reputacion de un hombre honrado ó de una mujer respetable, (caso que no pocas veces registran los Tribunales

européos) ó por medio de estudiadas reticencias y palabras venenosas, manchar la reputacion mas intacta; esto no sucede nunca en Turquía, por la carencia absoluta de dichos funcionarios, entre los que como en todas las clases de la sociedad contamos por desgracia algunos *non sanctos*.

La prision preventiva en Turquía no es conocida; se pone preso á un hombre bajo fianza y se le deja en libertad, hasta tanto que la Ley, prévias correspondientes averiguaciones, lo declara culpable; en la prision se le trata como inocente, hasta que es en absoluto reconocida su culpabilidad; un asesino, sin embargo, es aprisionado en el acto.

Si un hombre cualquiera es acusado por otro, de cualquier delito, no corre el riesgo de estar mucho tiempo en prision, el que lo ha hecho encerrar tiene buen cuidado de que el asunto se juzgue de seguida y declarada que es la inculpabilidad del acusado, el acusador se halla obligado á satisfacerle una fuerte indemnizacion por el tiempo que por su causa estuvo en prision; si es la po-

licía ó el gobierno quien sin razon ha practicado esta, indemniza tambien á la víctima.

Casos han tenido lugar, en que un turco ha acusado á otro de robo, y reconocida por la Ley la falsa acusacion, el presunto reo se ha dirigido al Juez, abriendo el Código y exclamando:

—Si yo hubiera sido declarado culpable ¿cual hubiera sido el castigo?

—Este ó el otro, contesta el ministro de justicia.

—Pues bien... que el que me ha acusado injustamente sufra la misma pena...

Y el denunciador efectivamente la sufrió.

Así como todo ministro ó alto funcionario está obligado á ser siempre accesible para todo el mundo y á todas horas, en cuanto se refiere á los asuntos del servicio ó interés de la Nacion, del mismo modo los magistrados elegidos por el pueblo, tienen idéntico deber, debiendo encontrarse siempre prontos á practicar justicia sin demora para el siguiente dia; los europeos que habitan la Turquía tienen tal confianza en esta y en la pron-

titud con que se ejerce, que la prefieren á la de su propio consulado.

En Oriente, la pena de muerte no está muy en boga, en su lugar existe otra prevenida por la ley que es tan curiosa como especial y que se lleva á cabo del modo siguiente:

Un hombre, por ejemplo, asesina á otro, se somete acto seguido al matador á la accion de la ley; á la vista de la causa que ha de juzgarle deben asistir todos los parientes de la víctima; probada que es la culpabilidad del acusado, el Tribunal pregunta á los parientes del asesinado, si quieren que el reo sufra ó no la pena de muerte; para condenarlo á esta, es preciso que todos los individuos que componen la parte interesada digan que sí; pero si entre ellos hubiese alguno que pronunciara una decision negativa, el reo no puede ser ejecutado, pero siempre se le condena á prision por vida.

Pero si el asesinado dejara su mujer en cinta, ó un hijo de menor edad, es preciso que este llegue á la mayor para resolver si el asesino, pro-

bado que es su delito debe ó no sufrir la pena de muerte; el hijo de la víctima debe como pariente mas inmediato de ella absolverlo ó condenarlo á aquella.

Sucede algunas veces que los parientes de la víctima hacen gracia al reo de la vida mediante una fuerte indemnizacion en dinero, sin que esto impida sin embargo á aquel ser condenado á prision perpétua.

Tambien acontece aunque rara vez que el sultan juzgando que para satisfacer la vindicta y tranquilidad pública se hace preciso no perdonar al culpable ó mejor dicho no eximirlo de la pena de muerte, caso de haberla merecido, ordena que la sufra por mas que los parientes del asesinado emitan fallo absolutorio.

Esto lo prueba el siguiente hecho:

La mujer de un elevado personaje á quien este complacia y adoraba hasta lo sumo, mantenía relaciones ilícitas, con un criado de confianza de su marido; este sin tener precisamente certeza de toda la estension de la ofensa que se le hacía,

sospechaba un principio de inteligencia poco decorosa entre él y su mujer, por lo cual despidió de su casa al criado.

Como es natural, contrarió fuertemente á los amantes tal determinación; pero pronto hallaron el medio de verse y entenderse; pero ello, el ex-criado se convirtió en mercader de tabaco, y bajo este concepto pudo secretamente entenderse con la adúltera. Un dia fué introducido por esta con la mayor reserva en su harem, el marido vino á verla, recibióla la culpable con la mayor coquetería, lo colmó de las mas tiernas caricias, hallando un medio para que durmiera en el harem, tan luego el dios del sueño cerró los párpados al desgraciado marido, el amante salió de su escondite y precipitándose sobre el que fué su señor cortale á cercen el cuello, mientras que la mujer le sujetaba por los piés.

Consumado que fué el atentado el criminal se puso en salvo, pocos momentos despues la mujer daba voces estentoreas... *al asesino, al asesino.*

Llegó la policía á quien hizo creer que un de-

salmado y desconocido era autor del crimen; pero la policía siguió las huellas de la sangre que partiendo de la casa que presenció el delito, llegaba hasta la del matador; este fué preso, confesó de plano, y pocos momentos despues ambos cómplices estaban convictos y confesos de su delito.

Mas como el asesinado tenia un hijo, este segun la Ley tuvo que asistir á la vista del proceso que sobre el hecho se instruía y al preguntarle el jurado si quería que su madre fuese ejecutada, respondió que bastante desgraciado era con haber perdido al autor de sus dias para desear tambien la pérdida de su madre, y que bastaba con la sangre que se habia derramado.

Mas la ley inflexible y rigurosa condenó á la criminal esposa á prision perpétua, el sultan sin embargo indignado por tan innoble y cruel conducta, condenó á muerte á los dos culpables.

El hecho se llevó á cabo en la forma siguiente:

Una mañana se participó á la reo que habia sido indultada y que ella y su amante debian ser conducidos á destierro perpétuo; alegre con tal

tear á la mujer del prójimo, hasta el extremo de seducirla (caso corriente en Europa) es considerado en Oriente como una accion villana, cobarde y hasta acusa un robo á la propiedad (no se olvide que los turcos compran muchas esclavas que luego elevan á la categoría de sus mujeres legítimas;) el hombre que comete la accion antes dicha no es considerado en la forma que en Europa se le mira, como un nuevo Tenorio, terror de los maridos y admiracion y envidia de los solteros; antes al contrario, en Turquía se le considera como un malhechor á quien la ley persigue y castiga; así se esplica el cómo sea un caso rarísimo en Oriente que la mujer de un turco falte á sus deberes maritales con otro hombre.

Esto me trae á la memoria un gracioso accidente ocurrido á un jóven francés recién llegado á Constantinopla; pinta el hecho de tal manera, pone tan vivamente de relieve la diferencia de las costumbres orientales y europeas, que no podemos resistir (y en corroboracion de nuestros anteriores asertos,) al deseo de referirla á nuestros lectores.

las interpretan y aplican segun las circunstancias; las mujeres sin embargo son tratadas con toda clase de consideraciones y de tal modo que jamás se litiga públicamente ningun asunto en que del honor de una mujer se dude, pues antes de efectuarlo se hacen la siguiente reflexion.

— Si perdemos su honor, se la inhabilita para todo y no podrá nunca volver á casarse.

Esta sublimidad de pensamiento prevalece siempre; los magistrados de Oriente tienen en mucho los impulsos de su corazon para fallar, los nuestros se ven obligados á seguir el Código á pié de la letra.

.

A excepcion de la poligamia, los orientales han conservado casi todas las costumbres y tradiciones de los primeros patriarcas; el jefe de una familia ejerce entre ellos la suprema autoridad de tal, se le teme, respeta y obedece sin murmurar; entre los turcos jamás un hijo se presentará ante su padre sino en la actitud mas respetuosa aunque en gerarquía y en posicion social, sea supe-

rior al autor de sus días; nunca se sienta aquel, ante este, sin haber obtenido su permiso ni aun se permitirá fumar sin su consentimiento y aun si tuviera su padre algun tratamiento jamás le dirigiría la palabra sin dárselo: para terminar sobre este punto, solo añadiremos que entre los turcos es tal el respeto y consideracion que los hijos hácia sus padres profesan, que aun los mas mimados por estos, no se permiten nunca el menor dato de familiaridad, tolerándole á lo mas á la mujer, alguna ligerísima contravencion.

La mujer en Oriente está persuadida, tiene la conciencia de su inferioridad, si se compara con el hombre; educada bajo tal creencia, se trata de no desarrollar su instruccion hasta el punto de hacerla comprender siempre la superioridad que sobre su sexo posee el masculino, y en tal concepto, se esplica perfectamente el que considere á su marido mas bien que su esposo y su compañero, como señor y dueño: en su conducta, en su amor hácia al hombre hay siempre un sello de humildad y servilismo, pues mientras que el pa-

chá su marido fuera muellemente recostado en un divan, saboreando la taza de café que su esposa minutos antes le sirviera, esta se halla de pié ante él, esperando sus órdenes, y tratando de adinar el pensamiento de su esposo y señor.

En la mujer turca, es decir aun en la nacida de padre tal y bajo el Imperio, hay siempre algo de la sangre de esclava, pues muchas son oriundas é hijas de circasianas.

El amor verdadero no puede existir en Oriente; para que aquel germine y viva es necesario que dos seres que lo posean, se sientan de igual valor, de una inteligencia parecida y así como una mujer europea no puede conceder su cariño á un hombre á quien crea inferior, así este en Turquía no puede querer con un amor sin límites, espiritual (que hace que el corazon y el alma pertenezca á la persona querida) pues siempre mira á la mujer como un ser infinitamente inferior á él en todos conceptos; por mas que sea bella como Venus ó las mas bellas concepciones del

mas inspirado artista, nunca la amaré sino con los sentidos, no en otra forma.

Como en anteriores renglones dijimos, el hombre ejerce siempre en su mujer legítima ó no, los derechos y prerogativas de amo y señor, y estas en vez de avergonzarse de su humilde servidumbre, lo tienen á orgullo y gala vanagloriándose de ello; así es como se esplica, el que un elevado personaje turco dijera en cierta época en uno de los mas aristocráticos salones de París las siguientes palabras.

—Si en Francia nos ponemos de rodillas antes las mujeres, estas en cambio se arrodillan en Turquía á nuestros piés... y esto es exacto en verdad, si bien hay que comprender que mas culpa tiene en ello la mujer que el hombre, pues la primera, servil por carácter y educacion no tiene la conciencia de su propia dignidad.

.
.

El carácter turco difiere mucho del europeo sin tener sino raros puntos de contacto; galan-

nueva, subió inmediatamente en un carruaje que al efecto esperaba á la puerta de la prision, una vez dentro de él, el vehículo se puso en marcha.

Al llegar á un puente, uno de los agentes de policia que la acompañaban, la hizo bajo un fútil pretesto, sacar la cabeza por la portezuela, pero en el momento un grito de horror salió de su garganta, la cabeza de su amante rodó á dos pasos del carruaje, este grito fué la señal de su muerte, pues pocos momentos despues, su cuerpo se balanceaba en los aires estrangulado por medio de un cordon que en aquel momento de estupor echaron á su cuello.

Ambos cadáveres fueron expuestos dos dias á los ojos del público, en una de las plazas mas centrales de la ciudad que es donde estos terribles espectáculos se llevan á cabo.

Nuestras leyes se distinguen por su precision y regularidad, pues no tienen interpretacion alguna toda vez que hay que observarlas al pié de la letra; las de los turcos son mas benignas, sus magistrados no cumplen con ellas *ad pedem litterae*,

Duval... (así llamaremos por discrecion al francés protagonista del hecho que á referir vamos) llegó hace algunos años á Constantinopla llevado por sus negocios; la casualidad hizo que se alojara frente á las ventanas del harem de un gran personaje turco; la imaginacion de nuestro jóven exaltada por las maravillosas relaciones de los poetas que tan seductoras páginas han escrito sobre las mujeres de Oriente, le hacia soñar en brillantes y fáciles conquistas, poseido como estaba de la gracia de su persona, y creyéndose un nuevo Lovelace tan seductor como irresistible (privilegio que siempre se posee á los 22 años); así es que aumentar al número de sus victorias amorosas, la conquista de una musulmana tenia para Duval encantos difíciles de pintar.

Abundando en estas ideas, trató de llevar adelante su plan, y una vez instalado en su habitacion, empezó á ocuparse con una asiduidad digna de mejor causa, en espiar continuamente el harem de su vecino.

Imposible es pintar su alegría cuando al poco

tiempo de su inspeccion, descubrió tras una ventana situada en una de las alas del edificio una mujer jóven y morena, que á él le pareció encantadora.

Estornudó, tosió, suspiró, hizo todo el ruido posible para llamar la atencion de su hurí que para él era mas bella aun que todas cuantas en Europa habia admirado; pero su estratagema no obtuvo éxito, la vecina no se apercibió ó al menos no pareció apercibirse de su presencia y dejó la ventana en la que volvió á aparecer una hora despues; traia una bujía en la mano; anduvo revolviendo de arriba á abajo la habitacion á que la ventana correspondía, y entonces se apercibió de la presencia de su vecino en la opuesta, sus lábios dibujaron una sonrisa de satisfaccion.

Este era mas de lo que Duval necesitaba; quiso no obstante llamar su atencion, atraérsela, entrar en inteligencia con la bella musulmana y para ello apeló á un mediotan antiguo como de conocido efecto; cogió su flauta en la que era bas-

tante inteligente, y ejecutó mas bien suspiró, una tierna balada.

A los acordes del instrumento, la bella turca fijó su atención, y poco á poco avanzó hasta la reja con objeto de conocer sin duda al músico, y comprendiendo, con ese instinto tan maravilloso en la mujer, que la balada ejecutada por aquel era dedicada á ella, honró á nuestro héroe con otra graciosa sonrisa.

—¡Ah! ¡ah! exclamó para sí propio Duval, estas turcas son menos hurañas de lo que nos pintan... aunque despues de todo, mi figura es tan interesante, (añadió en un exceso de amor propio,) que aun la mas severa no podria menos de enternecerse al verme... y despues de esta reflexion, siguió tocando el instrumento á mas y mejor, lanzando al mismo tiempo á su vecina miradas volcánicas, que ella al fin correspondió con otras tiernas, acompañadas de graciosas sonrisas.

Esta operacion tenia lugar diariamente, y por espacio de un mes continuó sin la mas ligera al-

ternativa... Duval se creia el mas dichoso de los hombres; ya se gozaba en su triunfo, ya se veia en medio de sus amigos del Jockey-Club, contando su aventura, ya rivalizaba con el mas seductor Tenorio... su dicha le enervaba hasta el punto que apenas comia ni dormia. ¡La mujer de un Pachá! se decía... sí, porque ella debe ser la favorita del Pachá mi vecino!... ¡Qué gloria para mí el que la mujer de un Pachá huya conmigo!

Un dia al fin la bella turca, cansada sin duda de no ver á su adorador sino tras la reja, tuvo la valentía de abrir esta; aquel fué un momento de indescriptible gozo para Duval, que se aumentó hasta lo sumo, cuando pocos momentos despues vió caer á sus plantas un pequeño envoltorio que contenia un capullo de rosa. Esto era confesarse vencida, era una declaracion de amor... Duval creyó perder el sentido... ¡era amado! y amado por una sultana! (para él todas las turcas eran sultanas.)

Algunos amigos que adquirió en Constantino-
pla no se esplicaban el aire de satisfaccion y di-

cha que en nuestro héroe veían ostentar, pero aquel, discreto como una tumba, no descifró el enigma; no creyó era llegado el tiempo todavía de que saliera á plaza la aventura.

La turca, sin embargo, parecía no estar muy vigilada, y respondía ya, con gestos bastante expresivos á las señas y telégrafos de Duval; mas este ya no se contentaba con ello, quería entenderse con su *sultana* mas de cerca, apetecía una victoria completa, deseaba en fin huir con ella, arrebatarla á su tirano esposo: con tal fin le hizo comprender por señas su deseo de que huyendo del harem, se refugiara en su casa, desde la cual huirían juntos al extranjero, prometiéndole en cambio un amor eterno.

Las señas de Duval fueron perfectamente comprendidas por la interesada, á quien sin duda no disgustaron, pues á los pocos días hizo comprender á este aceptaba sus proposiciones, para lo cual aquella noche á las once estaría en su casa.

Nuestro nuevo Lovelace creyó volverse loco de alegría; sin embargo, su razón le hizo com-

prender que apenas estuviera su amada á su lado, sería muy prudente ir á ocultar su delito lejos de aquel sitio, para evitar así las iras del ofendido esposo; su imaginación recorrió una por una mil lúgubres historias de amantes asesinados ó mandados asesinar por los maridos de aquellas á quienes querían seducir... á pesar de todo su valor, se sintió temblar, un acceso de miedo lo acometió; pero repuesto al poco tiempo, pensó que lo mas prudente sería ocultarse los primeros días en alguna casita de campo lejana y solitaria, para después partir con su bella fuera del Imperio.

Formulado este pensamiento, lo puso inmediatamente por obra, corrió á casa de dos amigos suyos, á quienes contó su aventura, encareciendo la belleza de la conquista y exagerando hasta lo sumo los pormenores, les pidió su concurso para completar la comenzada obra de seducción... «Es la mujer del Pachá... les decía... y aun creo la mas bella, (los enamorados ven todo bajo el mejor prisma), confió á sus amigos sus temores, y

estos lo tranquilizaron, prometiéndole á mas que pocas horas despues podria disponer de una casa de campo tal como deseaba, á condicion de que los presentaría á aquella deidad que abandonando su lujoso harem y olvidando su acaudalado esposo huia con él... Duval enfatuado hasta lo sumo, les dijo estas palabras:

—Venid á verme mañana y os la presentaré.

Durante los dos meses y medio que Duval habia hecho el amor á la musulmana, habia logrado, por medio de una especie de diccionario, conocer un poco el lenguaje del país, haciendo notables adelantos en la conjugacion del verbo *se-
verler* (amar,) lo que se prometió le seria muy beneficioso, toda vez que su amada (á quien llamaremos Leyla,) no sabia á su juicio expresarse en francés.

La aventura tuvo, como todas, su fin. A las diez de aquella noche Duval hizo apostar un carruaje cerrado á pocos pasos de su casa, proveyéndose él al mismo tiempo de un sombrero de mujer con su correspondiente velo, mas un lar-

go abrigo que ocultara una vez puesto, el traje femenino turco; despidió todos sus criados bajo frívolos pretextos, y una vez solo... esperò.

No aguardó mucho tiempo.

Media hora despues, vió avanzar una ligera sombra... era ella; llegada que fué hasta Duval, este cogió una de las manos de Leyla, depositando en ella amorosos besos, echó sobre sus hombros el abrigo, puso sobre aquella seductora cabeza el sombrero, y montando ambos en el carruaje, partió este, dejando al poco tiempo á los felices amantes en la casita de campo preparada aquel mismo dia por los amigos de Duval.

Estos fueron exactos á la cita que el último les diera; á la mañana siguiente llegaron á la residencia de la enamorada pareja, y Duval presentó á su amada, con las ínfulas de un conquistador de primera fuerza.

Sus amigos le cumplieron por su dicha, no en verdad sin cierta secreta envidia.

La aventura no podia haberse llevado á cabo con mejores auspicios; faltaba sin embargo la

parte cómica de ella, y no tardó esta en aparecer.

Mientras que Duval fumando y tomando café con sus amigos, saboreaba su placer con la exagerada relacion de las peripecias ocurridas en su aventura, un criado vino á interrumpir, anunciándole que un musulman de lujoso y distinguido porte, solicitaba hablarle en el momento. Duval no pudo contener un estremecimiento; sonrióse sin embargo, diciendo á sus amigos:

—Esto termina en un duelo; decididamente los maridos turcos son mas civilizados de lo que creíamos, pero si matan sus rivales emplean al menos el noble desaffio.

Hizo retirar á Leyla... y el turco fué introducido.

Despues de un mútuo saludo de pura cortesía, el primero dijo á Duval:

—Caballero, V. ha hecho ayer el rapto de una jóven esclava, propiedad del Pachá... amigo mio.

Silencio profundo por parte de Duval.

—Suponiendo, caballero, que al llevarse V. á Leyla, no ha hecho sino ceder á un capricho, ó á un amor imperioso, siendo por lo tanto incapáz de robar á mi amigo el Pachá... vengo pues á participar á V. debe á este, la cantidad de cuarenta mil piastras.

—¿Que yo debo cuarenta mil piastras? exclamó Duval vivamente sorprendido.

—Ciertamente señor mio, es la cantidad que por Leyla pagó el Pachá.

Como sus servicios eran indispensables, pues desempeñaba con bastante maestría sus funciones de cocinera, haciendo pasteles de un modo admirable, su huida ha dejado un inmenso vacío casa del Pachá... mi amigo, y para llenar aquel será preciso desembolse una cantidad parecida; como esto produciría en mi amigo una pérdida de consideracion, yo vengo en su nombre á recogerla de V., y espero tendrá á bien abonármela, quedando á mas obligado al Pachá, que no pide ninguna indemnizacion por el desacato, mostrándose en ello excesivamente razonable.

—¿Cómo, exclamó Duval, pero Leyla no es una de las mujeres del Pachá?

—¡Su mujer!... y el personaje turco soltó la mas franca carcajada del mundo...

—Leyla, continuó, era una esclava destinada á la cocina; Nika, la mujer del Pachá, os hubiera hecho matar á palos por sus eunucos, si solo os hubiéseis atrevido á mirarla, caballero; Nika adora á su marido.

Nuestro francés al oír estas palabras quedó tan desconcertado como satisfecho de sí mismo antes se hallaba; desde el cielo habitado por las huríes caía hasta la cocina; el golpe era rudo.

Muerta su ilusion, Duval pagó, pero su amor propio no pudo resistir golpe tan cruel; desde aquel dia encontró á Leyla fea, y sus manos, que antes trascendian á ámbar grís, olieron ya desde entonces á cocina.

Hastiado hasta lo sumo, muertas enteramente sus ilusiones, quiso abandonar por completo su conquista; pero en Oriente no es tan fácil como

en el resto de Europa el seducir una mujer, comprometerla, y pasado que sea el capricho abandonarla; así es que se hizo comprender á Duval que al cometer el rapto de Leyla, no solo la habia hecho perder su plaza en casa del Pachá, sino que habiéndola imposibilitado de casarse, la debia una indemnizacion de cien mil piastras, las que con las 40,000 ya pagadas componian un total de 140,000 ó sean 80,000 pesetas de nuestra moneda.

Duval pagó á su conquista, y juró (aunque tarde) que jamás mujer turca alguna seria objeto de sus obsequios.

.
En Turquía, la nobleza no es hereditaria; cada uno posee los títulos de esta que por sí mismo se adquiere; esto no obstante, el hijo de un *Pachá* es siempre *bey*, pero si quiere llegar á la categoría de su padre, es forzoso preste sus servicios al país, y este, agradecido, puede entonces conferirle dicha dignidad.

Los títulos de noblezas principales, son los

siguientes: *Agha, Bey y Pachá*; los que han ejercido el cargo de gran Visir conservan siempre el tratamiento de Alteza, los mustachires (generales del Imperio,) los ministros y los embajadores, el de Excelencia.

Entre las familias, los hijos no heredan el apellido de sus padres; al nacer se da un nombre al recién nacido, mas adelante se añade á este el título de nobleza ó posicion social que ha adquirido por sí mismo; es difícil por lo tanto conocer los miembros de una misma familia, pues mientras el padre se llama Fuad-Pachá, uno de los hijos se conoce por Joussouff-Bey, y aun otro de mas elevada gerarquía por Alí Pachá, resultando que sus primitivos nombres fueron el de Joussouf y Alí, á los que como expresado se deja se ha añadido los de *Bey y Pachà*, categorías á las que cada uno de ellos por sus servicios ó méritos se ha elevado.

.

Las mezquitas en Oriente, tienen todo el embaldosado que compone su pavimento, completa-

mente cubierto de alfombras; esta lujosa precaucion reconoce por causa la costumbre de que sobre aquella, se asientan los musulmanes al hacer sus oraciones, apoyando la cabeza en tierra en muchas de ellas.

Todo musulman antes de entrar en la mezquita, debe practicar sin restriccion ni excusa alguna, las siguientes ceremonias:

Primera: lavarse con agua clara la boca y nariz, despues la cara, manos y brazos, estos hasta el codo, practicando idéntica operacion con los piés hasta los tobillos.

Segunda: dejar sus babuchas (especie de zapatillas anchas que usan) á la puerta de la mezquita, nadie puede entrar en esta sino descalzo; tal medida reconoce sin duda por causa el aseo personal, si se tiene en cuenta que los musulmanes se sientan todos sobre la alfombra, apoyando á menudo en ella la cabeza en sus genuflexiones para orar.

Los entierros en Turquía no se verifican como en el resto de Europa; apenas fallece una

persona, se la conduce á una de las habitaciones de la casa mortuoria, donde acostado sobre una tabla, un sacerdote (*iman*) le lava todo el cuerpo con una extrema escrupulosidad, (jamás musulman alguno permitirá se entierre un cadáver sin haber antes practicado severamente la antedicha operacion:) concluida esta, se encierra al cadáver en un saco de tela llamado *taaboulh*; al *taaboulh* cubre entre los ricos una costosa cachemira; envuelto en esta forma, se deposita el cuerpo en una caja, encima de la tapa de esta se pone un báculo, y en la parte superior del mismo, colócase el fez ó turbante que usaba el fallecido; se cierra la caja y se la envuelve en otra cachemira ó tela de menos valor, segun la fortuna de los parientes del finado.

Si el cadáver es el de una doncella, se arregla el báculo de manera que simule una cabeza, sobre esta se coloca un velo de filamento de oro, adornos y brillantes que hubiera usado la jóven al desposarse; la caja se cubre luego como antes se ha dicho, con una cachemira ó tela.

Para conducir los cadáveres desde la casa mortuoria á la última morada, no existen en Turquía carros fúnebres; los conocidos y los íntimos amigos son los que se disputan el honor de llevar sobre sus hombros al difunto, tributándole este póstumo obsequio.

El cortejo fúnebre se dirige así á una mezquita, seguido el cadáver por los parientes y amigos mas íntimos del fallecido.

Al llegar á aquella, se coloca á este en una ancha piedra que en forma de sofá, todas tienen en su puerta de entrada. Como en todas las mezquitas se elevan dos plegarias al dia, una por la mañana, otra al medio dia, se lleva el cadáver al concluir una de ellas; terminada que es, el *iman* (sacerdote) sale á recibir el difunto, generalmente le siguen todos los fieles que en la mezquita se hallan entonces, los que se unen al salir, al cortejo fúnebre. El *iman* hace una oracion en alta voz, la que todos repiten; despues, dirigiéndose á los asistentes, pregunta:

— Hermanos, ¿cómo habeis conocido este

hombre ó esta mujer en vida? Cada uno entonces, se esfuerza en dar esta última prueba de afecto al difunto, diciendo:

—Lo hemos conocido digno ó digna por sus acciones, de la estimacion y afecto general.

El cortejo entonces se pone en marcha en direccion al cementerio, allí se hace la última oracion por el cadáver, terminada esta se le da sepultura.

Los musulmanes dejan por regla general pasar un año para colocar sobre aquella, la loza sepulcral; es una costumbre piadosa que tiene por objeto retardar el mayor tiempo posible el cubrir con una pesada piedra, el cuerpo de un pariente querido.

Del mismo modo que se practica en Europa, acompañan al cadáver sus mas próximos parientes; es de rigor que el marido lo practique con el de su mujer, y que sea él mismo quien sostenga la cuerda que hace bajar la caja del cadáver hasta la fosa. ¡Singular costumbre, que pudiera hacer creer, quiere el viudo, por medio de ella,

asegurarse se halla el cuerpo de su mujer veinte piés bajo tierra!

Si en el resto de Europa muchas pobres familias se ven bastante afligidas por la carencia de recursos para costear el entierro de uno de sus parientes, en Oriente en cambio, todo pobre de solemnidad se le entierra por cuenta del Estado, y este no escatima gastos; para ello se practican las fórmulas siguientes:

Apenas fallece un pobre de reconocida solemnidad, el *iman* de la mezquita mas próxima envia una nota á la Puerta; en la dicha nota consigna el nombre del fallecido, añadiendo que su familia no tiene bienes algunos de fortuna con que costearle el entierro; inmediatamente la Puerta envia uno de sus subalternos, quien dirige y paga aquel.

Esta ley fielmente observada en Turquía, prueba el respeto y consideracion que en aquel pais se tiene á los muertos.

Debemos, á fuer de veridicos historiadores, consignar otra bien entendida costumbre que se

observa en los entierros de los musulmanes ricos; tras el cortejo fúnebre, varios criados del difunto conducen del diestro algunas mulas cargadas de pan y dinero; tanto el uno como el otro se distribuyen entre los pobres durante el trayecto que hay desde la mezquita al Cementerio.



CAPÍTULO XI.

Los genizaros.

El sultan Osman igualmente que sus predecesores, hacian la guerra con un heterogéneo cuerpo de ejército compuesto de soldados irregulares llamados *bachi bozonchs* y los voluntarios que á las órdenes de un jefe llegaban á alistarse en el ejército procedentes de varias provincias del Imperio.

Difícilmente gobernados en la guerra soldados de esta especie, hicieron concebir al citado sultan la idea de formar un cuerpo de ejército disciplinado y hábil; y puso por obra su proyecto denominándolos *genízáros*.

Distribuyó este cuerpo de ejército en varias

fracciones que confió al mando de un *husta* para cada una de ella, denominando *generalísimo* al jefe supremo de todos los *hustas*.

Creado así este ejército, se desarrolló entre sus individuos una protección mutua tal, que cada *genízaro* á semejanza de nuestros actuales francmasones juró abrazar la causa de cada uno de sus hermanos de armas, aun á costa de su vida.

Se hicieron al fin soldados valientes, intrépidos hasta la exageración, subordinados y respetuosos á sus jefes; á pesar de tan excelentes cualidades pronto fueron el azote de su patria, pues viendo que entre sus manos tenían toda la fuerza y el poder del país y que efecto de la unión y espíritu de cuerpo que poseían eran poderosos y temibles, se envanecieron hasta lo sumo, y abusando de su fuerza, en vez de mantener la paz como era su misión, la turbaron, escribiendo en los anales turcos muchas sangrientas páginas, manchando el suelo pátrio con la sangre de sus padres, llevando á cabo horribles guerras civiles y continuados motines.

Sultán, gran visir, ministros, concluyeron por temblar ante los *genízaros*, y el nombre de estos, es aun mirado con horror en Turquía, pues recuerda una época de despotismo y tiranía como de dramas sangrientos.

Todo el poder del Imperio estaba por decirlo así entre sus manos, no reconocían sino su fuerza y su jefe atropellando impunemente las leyes el gobierno y los soberanos; en una palabra habían formado en el Imperio una especie de república, y esta era tan formidable cuanto que teniendo en su poder las armas, la pólvora y las fortalezas, no había otro ejército que les hiciera frente.

A semejanza del derecho ó prerrogativa que antes existía en nuestros conventos, se habían ellos abrogado en sus cuarteles el del asilo, y un criminal cualquiera que conseguía ponerse bajo su protección era desde aquel momento sagrado; la justicia tenía que dejar impune su delito.

Para llegar á ponerse bajo la salvaguardia de los *genízaros* era preciso observar las prescrip-

ciones por ellos con tal objeto trazadas; tenían en sus cuarteles una gran caldera en la que se condimentaba el *pillaff* ó rancho; la tal caldera era para dichos individuos un objeto de la mayor veneracion, y bastaba que un asesino ó criminal cualquiera lograra introducirse en el cuartel y tocar la caldera sagrada, para quedar exento de toda pena; los genízaros lo defendian entonces con sus mismas vidas.

Obedientes á sus ordenanzas y severo código militar, cuando infringian cualquiera de los preceptos de aquella ó cometian alguna grave falta, conseguian evadir el castigo si podian llegar hasta la caldera sagrada y tocarla.

Intentar referir todos los males que los genízaros han causado en Turquía, daría materia para muchos volúmenes; los hechos siguientes sin embargo, darán una idea aunqueligera de lo perjudiciales que fueron para su patria, pocos años despues de haber sido creados.

Cuando un gran visir ó ministro su *seraskier* sobre todo, dictaba una orden ó tomaba una me-

dida que no les agradaba, se reunian los genízaros en una plaza pública y nombrando una comision de entre ellos, la enviaban á la Sublime Puerta con el encargo de que se revocara la orden ó medida dictada, entregándoles para que ellos mismos lo castigaran, el ministro ó funcionario de donde habia nacido aquella.

El Consejo se reunia y si por comun acuerdo se resolvia no acceder á la peticion de los genízaros, estos se amotinaban, tomaban las armas, se sublevaban como un solo hombre contra el Gobierno, llevando su furor hasta el extremo de destronar al Sultan y sacrificar á sus iras los ministros, pero lo mas comun era que la Puerta sobrecogida de terror y por evitar mayores males, accediese á la peticion de los genízaros, entonces se les entregaba el gran visir ó ministro autor de la orden ó medida que les habia desagradado, aquel infeliz era siempre víctima de sus iras y su cuerpo expuesto durante muchos dias á la puerta de uno de los cuarteles.

Muchos sultanes han sido destronados por los

genizaros y ha habido algunos que han muerto estrangulados por los mismos; uno de aquellos principes que apenas contaba veinte y cinco años pero que era intrépido hasta lo sumo, trató de resistir las vandálicas acciones de aquellas hordas, bloquearon su palacio, asaltaron el edificio y apoderándose á viva fuerza de la persona del soberano, le acribillaron á golpes de yatagan y montándole despues sobre un asno le hicieron recorrer todas las plazas y calles de la ciudad llenándole de insultos é injurias.

En las demás provincias del Imperio, los gobernadores tenian tambien continuos disturbios con los genizaros; hoy aquellos funcionarios apenas llevan como escolta de honor veinte ó treinta hombres de armas, pero en aquella época siempre tenian á su servicio 1,000 ó 1,500, y su palacio mas bien que tal, semejava una fortaleza, en la que nada sin excepcion de los cañones faltaba; aun á pesar de estas precauciones, los genizaros llegaron á imponérseles varias ocasiones, y aun aconteció, que si el Pachá (goberna-

dor) se consideraba débil para resistirlos, y huia de su palacio: era perseguido por varias turbas de los genizaros, quienes les lanzaban piedras, cáscaras de naranjas y hortalizas. Algunos Pachás sin embargo, dotados de mas valor y energía, consiguieron dominarlos; en la Canea, siendo gobernador Loutfourlla-Pachá, un griego mató un genizaro; acto seguido se amotinaron estos y enviaron una comision, pidiendo al Pachá les entregara la persona del griego, pero Loutfourlla les contestó que debiendo ser aquel hombre juzgado por la Ley para castigarlo si era culpable, no lo entregaba, pues competía á él como gobernador hacerlo y sentenciarlo, no siendo incumbencia para nada de ellos. A esta respuesta, los genizaros bloquearon el palacio del Pachá, á quien por segunda vez hicieron intimacion de entregarle el griego, amenazándole con hacer fuego sobre el palacio en caso contrario; pero aquel digno funcionario, reuniendo todos sus hombres de armas, les dijo:

—Los que tengan suficiente valor para batir-

se á mi lado hasta morir, que se queden, los que no, que se vayan... Todos permanecieron inmóviles ante la actitud marcial y valerosa de su jefe; entonces este, mandando colocar un cañon á cada puerta del palacio, envió á decir á los genízaros que si acto seguido no se retiraban tranquilamente, entregando antes los cabecillas de aquel motin, los ametrallaria sin piedad.

Decision de este género y el convencimiento de que Loutfourlla la pondria por obra, impuso á aquellos desalmados, quienes no solo levantaron el sitio retirándose tranquilamente á su cuartel, sino que á mas entregaron los jefes del movimiento, que el Pachá hizo ahorcar; el griego, juzgado que fué por la Ley, y probada su culpabilidad, sufrió idéntica pena.

Otro Pachá gobernador de Rumalia, demostró tambien un valor semejante; sitiado por los genízaros en su palacio y amenazado por estos de ser muerto si de seguida no dejaba su gobierno, puso sobre las armas todos sus servidores, y envió á decir á los revoltosos que partiría al instan-

te; pero que antes de ello pedia como favor hablar un momento con el jefe de los amotinados; este, lleno de la mayor confianza, se dirigió al palacio del Pachá; pero apenas entró en él las puertas se cerraron, el Pachá lo mandó ahorcar y arrojó su cadáver por una galería á los piés de los revoltosos, al mismo tiempo que por las ventanas del palacio hizo sobre estos una nutrida descarga; desorientados los genízaros por la muerte de su jefe y por el ataque imprevisto del Pachá, emprendieron una vergonzosa fuga, levantando el campo en el acto.

.
A pesar de estos dos actos de valor, lo mas corriente era que los Pachás, intimidados por sus amenazas, cedieren á estas ó dejasen furtivamente sus puestos. Sucedió no pocas veces que los genízaros fueron el instrumento de que se valieron en repetidas ocasiones varios magnates del Imperio para satisfacer sus venganzas ó sus ambiciones, y en no pocas veces para destronar al sultan, y sacrificándolo á sus iras, eran lanzados para ello

por algun pariente del soberano que queria y conseguia ocupar el trono.

A pesar de que en la guerra se batian con una intrepidez digna de encomiar, eran no obstante los genizaros soldados muy peligrosos, pues dispuestos á sublevarse contra el gobierno por la menor causa, fueron mas perjudiciales á su país que los enemigos de este.

El siguiente pasage tomado de los anales turcos, probará la verdad de los anteriores asertos.

Durante una guerra que los turcos tuvieron que sostener con Austria, el campamento de los genizaros se estableció en una estensa llanura de Sophia á inmediaciones de Rumalia.

El enemigo no hostilizaba el campamento turco; los genizaros fastidiados de su inactividad, empezaron á desertarse del campamento; el generalísimo y el gran Visir conferenciaron para evitar las deserciones, conviniendo en ejercitar á los genizaros en varios simulacros; durante algunos dias estos se entretuvieron, pero cansados

al poco tiempo, enviaron á decir al gran Visir que se aburrían soberanamente; por lo que deseaban ocuparse en otra cosa: el gran Visir temiendo se amotinarian, quiso congraciarse con ellos, y á este fin les dió una gran comida en una tienda de campaña que al efecto hizo levantar al costo de la suya.

Los dias siguientes al de la comida se les entretuvo con tiro al blanco y juegos de destreza, distribuyéndoles dinero para hacer sus apuestas; pero cuando se les creia mas contentos y satisfechos de las liberalidades de que eran objeto, se sublevaron, y yatagan en mano se precipitaron como tremenda avalancha en las tiendas que alojaban su generalísimo y el gran Visir, hiriendo al primero y dejando apenas tiempo al segundo para ponerse en precipitada fuga; entonces el gobierno les hizo levantar el campamento de Sophia, dirigiéndose con ellos hácia Widim. No habian acampado apenas en Roesetent-Techi cuando se sublevaron nuevamente, y apoderándose á viva fuerza de la tienda de su *housta* Osman-Agha,

trataron de obligar á este á comandarles para saquear la tienda del sultan y su tesoro; Osman-Agha resistió y lo llenaron de heridas; á pesar de estas pudo escapar con vida de entre sus manos y llegar hasta el gran Visir, á quien advirtió del motin de los genízaros y sus proyectos; entonces el gran Visir dió el mando de otro cuerpo de ejército que se habia mantenido fiel á Assam-Pachá, hombre tan enérgico como valeroso, y este, marchando sobre los iusurrectos y apoderándose de un puente que separaba á estos de las tiendas del sultan, los arengó en esta forma:

—En el momento que vamos á hacer la guerra á los enemigos de nuestro país y religion, vosotros comprometéis la salud del Estado por vuestros contínuos motines? ¿En qué nacion habeis visto sus hijos conducirse de un modo tan poco digno?

Los genízaros contestaron que solo querian apoderarse de las cajas del Tesoro, para pagarse sus sueldos, pero Assam-Pachá les contestó:

—El dinero del Tesoro está destinado á los

que van á batirse y esponer su vida para libertar al país de sus enemigos, y de ninguna manera para los cobardes y canallas como vosotros.

Comprendiendo pues los revoltosos, que Assam-Pachá, no solo no cederia, sino que hasta haria fuego sobre ellos, depusieron las armas, á condicion sin embargo que él y el gran Visir empeñarian su palabra de honor que en el término de tres dias serian pagados, como asimismo seria depuesto su generalísimo; Assam-Pachá, queriendo evitar la efusion de sangre, accedió á ambas peticiones.

La conducta de los genízaros era como se vé intolerable para el país, del cual se habian convertido en verdadero azote; su número aumentaba cada dia, pues todos los hijos que tenian eran al nacer juramentados como genízaros, y ya hombres, aumentaban el número general.

El sultan Mahmoud resolvió acabar de una vez con todos ellos y de un golpe de mano lo pudo conseguir, tras dos años de astucias y perseverancia; comprendió desde luego que solo con otro

formidable ejército que los batiera, conseguiría su objeto, se lo formó con la mayor reserva, empleando para ello el tiempo ya dicho y con las precauciones siguientes:

Tomó un numeroso personal de criados, á quienes reservadamente fué enseñando el manejo de las armas; tan luego estuvieron instruidos, los envió á las casas de campo y posesiones de su pertenencia, tomando otros á los que instruía igualmente y con idénticas precauciones, practicando esto por espacio de dos años; al cabo de este tiempo, encontró terminada su obra, que dió por resultado un ejército respetable con sus generales y oficiales, dispuestos todos á batirse á la primera orden.

Formado así este ejército, necesitaba un hombre fiel y de valor para comandarlo; entonces Assam-Pachá, por otro nombre *Carajieren*, que significa en idioma turco *infierno negro*, se ofreció al sultan, comprometiéndose á exterminar los genizaros, desde el primero hasta el último; el sultan aceptó, y una noche, en efecto, mientras

que aquellos dormían tranquilamente en sus cuarteles, hizo fijar varias piezas de cañon á los costados de aquellos edificios, y haciendo colocar en las paredes de estos, grandes porciones de estopa empapada en aceite, mandó hacer fuego; al poco tiempo las llamas, con una velocidad increíble, hicieron presa en los cuarteles, (eran todos de madera) pereciendo en ellos todos los genizaros que albergaban; los que escaparon del voraz elemento fueron esterminados á manos de los soldados de Assam-Pachá. La misma operacion practicose aquella noche y á igual hora en las demás provincias del Imperio, y tres dias despues no existía un solo genizaro en Turquía. La matanza fué horrible, pues eran mas de 50,000.

En Constantinopla, los cuerpos de aquellos desgraciados fueron arrojados al Bósforo, que presentó durante algunos dias un espectáculo horroroso, las aguas enrojeadas y cubiertas de cadáveres mutilados y ennegrecidos, infestaron la poblacion de tal modo, que produjeron al poco

tiempo una espantosa epidemia que hizo muchas víctimas en la misma, efecto de que enervados los vengadores por el ódio que á los genízaros profesaban, no preveyeron las tristes consecuencias que acarrear podían los cadáveres de aquellos, arrojados al Bósforo.

El mismo sultan Mahmoud, al castigarlos de tan terrible manera, no pudo resistir al deseo de procurarse la siguiente venganza personal; durante uno de los motines que los genízaros hicieron contra él, uno de ellos tuvo la osadía de pasearse bajo las ventanas de aquel, exclamando: *«La tierra es demasiado pequeña para mí.»*

Aquellas palabras lastimaron profundamente al sultan, y no pudo olvidarlas nunca; averiguó el nombre del genízaro autor de ellas, y el día de la matanza de aquellos, ordenó á sus soldados se apoderasen á toda costa de él; mucho trabajo costó encontrarle, pues muerto de miedo ante la suerte de sus hermanos, se había refugiado en un gran cofre de madera; los soldados cerraron el cofre, y pocos momentos despues, con su con-

tenido se hallaba á los piés del soberano; este mandó abrir el cofre, el genízaro, pálido como un espectro, salió de él pidiendo misericordia, con las lágrimas en los ojos.

—¿Cómo? exclamó el sultan, tú que juzgabas demasiado pequeña la tierra para contenerte, te refugias dentro de un cofre!

Y acto seguido mandó cortarle la cabeza.



CAPÍTULO XI.

**Constantinopla.—Sus paseos
y arrabales.— Sus perros vagabundos.—Sus mendigos.**

A juzgar por las ventajas de su posición geográfica, Constantinopla parece destinada á ser un día la capital del mundo.

El mar Negro la pone en comunicacion por el Norte con los países septentrionales; el Mediterráneo en el Sur la pone en contacto con los del Mediodía; por medio de su canal, el mar de Mármara que como un inmenso estanque encierra flotas enteras, la hace comunicar fácilmente por el Ponte-Euxino mientras que al costado opuesto la une al Mediterráneo el estrecho de los Dardanelos.

Esta posición geográfica la dá una importancia política y comercial inmensas.

La capital de Imperio otomano tiene una forma completamente triangular, los catetos del triángulo están protegidos y bañados por la mar, forma la hipotenusa, una doble muralla construída por los emperadores griegos.

Mucho se ha escrito sobre Constantinopla é inútil sería repetir lo que tantos autores de mérito han señalado: *El viaje pintoresco de Constantinopla y riberas del Bósforo* con dibujos de Melleng arquitecto de la sultana Hadig-je hermana de Selim III, compone dos grandes volúmenes con 52 magníficos grabados á los que Barbier ha unido un excelente plano, componiendo todo un acabado conjunto.

Barbier dá á Constantinopla y sus arrabales una superficie de 5.240.000 toesas cuadradas ó sean 10.842.391 metros cuadrados; según este cálculo Constantinopla debería ocupar una extensión igual á la de la cuarta parte de París, pero si se comprende el puerto, el canal y las nuevas

construcciones bien puede decirse, que será pronto tan estensa como la capital de Francia.

Según Hayma posee Constantinopla un número de habitantes que se eleva hasta 660.000 de los cuales son 200.000 griegos, 400.000 armenios y 60.000 judíos; otros autores pretenden elevar la cifra total de habitantes á un millon, lo cual se acerca más á la exactitud.

Describir el grandioso aspecto al par que poético y maravilloso que Constantinopla presenta al llegar á ella por el Bósforo, es verdaderamente imposible, la poesía solo sería competente para ello, la débil prosa no podría pintarla con todos sus encantos y verdadero colorido, ni las orillas del Rin, ni las deliciosas del Támesis pueden ser nunca comparadas á las del Bósforo... que bañando por un lado una ciudad coqueta y sonriente limita al opuesto lado las majestuosas llanuras del Asia.

La perspectiva que presenta el Bósforo es animadísima, pues se halla surcado continuamente por barcos de vapor que llevan á su puerto mi-

les de extranjeros vistiendo diferentes y pintorescos trajes: otros vapores prestan un servicio idéntico á el de los onibus en varias poblaciones de Europa, haciéndolo entre los yalli situados á las orillas de aquel.

Los ministros, los miembros del consejo poseen uno expresamente para ellos y en él no pocas veces tienen principio sus animadas controversias políticas; lo que distrae y admira mas al forastero en Constantinopla á su llegada, el infinito número de Kaikes que en todas direcciones y con una rapidez vertiginosa cruzan el Bósforo.

El Kaik es un esquife largo y chato y que conducen generalmente cuatro ó seis remeros, por el número de estos en cada uno de aquellos se distingue la gerarquía del personaje á quien transportan; el del sultan lleva 24 remeros, los de los ministros doce, el del gran visir diez y seis.

Si el golpe de vista que en pleno sol presenta el Bósforo es encantador, no lo es menos cuando la luna alumbra con sus plateados rayos tan bello paisaje.

¡Con cuánta razon han cantado los poetas las bellas noches de Oriente! ¡Cuán poco se parecen á las nuestras! ¡Qué claridad tan voluptuosa tiene la luna, que pureza el cielo, que brillantéz las estrellas y que aromáticas son las brisas que allí se respiran! Figúrese el lector una de estas noches la vista que presentará el Bósforo completamente lleno por decirlo así de lujosos y modestos kaikes: en los unos sus remeros dejan oír sus amorosas cantinelas, otros llenos de músicos y cantores, lanzan al viento sus armonías y preciosas baladas dirigidas generalmente á alguna bella que habita algun próximo harem.

Las orillas del Bósforo están embellecidas tanto por un lado que limita el Imperio como por el del Asia con elegantes *yallis* (casas de campo.) Estos *yallis* edificados en la misma orilla, bañados por las aguas, tienen en su centro grandes estanques; cuando la mar movida por el viento ó la tempestad agita sus olas, estas, llenan los estanques en los que buscan abrigo multitud de peces, cerrando despues las puertas de comunica-

cion con aquel elemento, los dueños de los *yallis* pueden entregarse al placer de la pesca.

Los vapores al cruzar el Bósforo tocan casi con sus vergas y masteleros los muros de aquellos edificios, por lo que los que los habitan disfrutan del placer que proporciona este paso continuado.

Las damas que habitan los haremenes, pueden tambien gozar al través de las rejas de sus agimeces de este animado espectáculo y aun escuchar los cantos y música que desde sus *kaihes* los elegantes trovadores le dedican, sin que por ello sus maridos ó señores puedan impedir á músicos y cantantes tal entretenimiento toda vez que las aguas del Bósforo son neutrales y pertenecen completamente al público.

En los vapores-omnibus se ven tambien hacer sus espediciones algunas damas, pero llevan como de costumbre velado el rostro y toman puesto en un sitio del buque destinado exclusivamente al bello sexo, una pequeña rampa las separa del paraje que en aquel los hombres ocupan,

estos sin embargo observando estrictamente las costumbres musulmanas, se privan de dirigir las la palabra y no tratan de averiguar si son feas ó bonitas, al contrario guardan con las mujeres la actitud mas respetuosa, haciendo por ellas lo que el prójimo haría por las suyas.

Los *yallis* situados á orillas del Bósforo pertenecen todos á grandes señores ó elevados funcionarios, son de elegante y lujosa construcción, algunos hay de piedra; lo que revela en sus dueños cuantiosos bienes de fortuna, pues las construcciones de esta clase son carísimas en Oriente; la generalidad de los *yallis* es de madera segun los chalets suisos.

El orden de construcción varía sin embargo; unos revisten el gótico, otros el griego, no pocos el italiano; á primera vista son preferibles á nuestras pesadas construcciones de piedra; reúnen la inmensa desventaja que como de madera arden como si fueran hechos de yesca.

Los incendios en Turquía son horrosos, el fuego devora en una ó dos horas, calles y aun

barrios enteros; hace pocos años destruyó mas de mil quinientas casas, tardándose en dominar el voraz elemento mas de tres dias.

Así se esplica el como apenas el cañon anuncia que un incendio se ha declarado en uno de los barrios de la poblacion, esta en masa como igualmente la tropa acuden al lugar del siniestro, prestando todos su mas activo concurso para extinguir las llamas. El gran Visir, los ministros se presentan igualmente en el sitio de la catástrofe vigilándolo todo, dando sus correspondientes órdenes, si no lo hicieran, el pueblo, las mujeres sobre todo los injuriarian á mas no poder: no pocas veces el mismo sultan se presenta á caballo para presenciar por si mismo si cada uno cumple con su deber, animando á los desgraciados que ven su hogar desaparecer entre un torbellino de llamas.

El siguiente dia al de un incendio, presentan un tristísimo cuadro las calles de la poblacion que pueblan un inmenso número de desgraciados, á veces dos ó tres mil, que errantes ó vagabundos,

casi desnudos y sin dinero para satisfacer sus mas perentorias necesidades, conmueven el corazon mas empedernido.

Entonces es cuando el caritativo pueblo musulman ejerce su mas bella virtud; cada casa abre sus puertas y recoge una familia de desgraciados, al darles asilo, se les dá tambien el alimento, tratándoles con toda clase de consideraciones, hasta que el gobierno del Imperio ha votado la cantidad que ha de socorrer aquellos infelices, pues para ello hay un fondo especial en el Erario musulman, con el cual las víctimas de un incendio reedifican sus casas y compran nuevo mobiliario.

Muchos viajeros se preguntan el por qué de no existir en Turquía, como en otros reinos de Europa, Compañias de Seguros contra estos siniestros, la respuesta obtenida ha sido, de que siendo tan frecuentes aquellas catástrofes por la abundancia de casas de madera, la compañía que emprendiera este negocio se arruinaria el primer año que lo ejercitara.

.
Un francés recientemente establecido en Constantinopla, comia en cierta ocasion con uno de sus amigos; la conversacion recayó sobre uno ocurrido el dia anterior.

—¿Cómo se componen, preguntó nuestro francés, para que un incendio sea tan espantoso, y sobre todo, cómo tan pronto toma incremento el fuego!

—Ah! es muy fácil, le contestaron; una cerilla, una punta de cigarro que se tira al suelo y que no se tiene cuidado de apagar, son mas que suficientes para ello.

—Bah! bah! eso no es posible, el fuego no se propaga tan fácilmente.

Apenas llegó á su casa, concibió la idea de hacer por si mismo la esperiencia, puso una bugia sobre una mesa, esta empezó á arder, mientras que el francés exclamaba:

—Veremos si dentro de media hora, cuando la mesa esté casi toda en llamas, si yo con un pequeño esfuerzo no las domino..... pero ha-

bia hecho la cuenta sin la huésped, como vulgarmente se dice; la mesa ardia, y mientras nuestro francés esperaba el momento crítico para dominar el incendio, le sorprendió el sueño de tal modo, que estuvo muy espuesto á no volver á despertar mas; el cómo pudo librarse de las llamas que le rodeaban, del humo que estuvo á punto de asfixiarlo, fué verdaderamente milagroso; el hecho fué, que su intentona en tratar de dominar el fuego, produjo el triste resultado de reducir su casa á cenizas, como igualmente muchas contiguas.

Los únicos barrios europeos en Constantinopla, conocidos por Pera y Topona, son los solos que tienen mas policia y se hallan alumbrados por gas, los demás, no solo están completamente á oscuras, sino que sus calles llenas de agujeros y de profundos baches, hacen que un cochero sea muy práctico para conseguir atravesarlas sin ocasionar la fractura de su vehículo.

La policia urbana es completamente desconocida; si los fondos del Imperio están exhaustos,

no serán ciertamente por los gastos de alumbrado, empedrado, ni limpieza de calles; apenas se nota un farol, ni se conoce un barrendero, y cada vecino arroja á la calle la inmundicia que tiene á bien, sin tener miedo á que se le imponga multa de ningun genero por el municipio.

La civilizacion adelanta rápidamente en Turquía, pero aun no ha llegado al hecho de alumbrar la ciudad y hacerla menos súaia.

Entre los poco limpios barrios que componen aquella, el habitado por los judíos es el que mas se distingue por su notable incuria; tan luego se aproxima á él un forastero, lo sorprende una espantosa fetidez que por todas sus calles arroja; sus casas, sus personas, revelan la absoluta falta de limpieza; de ello nace sin duda el horror que inspiran á los musulmanes; uno de estos podrá casarse con una mujer católica ó protestante; pero con una judía, jamás.

Nadie se comunica con los individuos de la dicha raza, viven entre sí y obteniendo la antipatía general; los niños turcos gozan en burlar-

se de ellos, poniéndose una barba postiza, á imitacion de la larga y poco cuidada de los hijos de Israel, á quienes siempre que pueden befan y burlan.

Los perros son innumerables en Turquía: forman una especie de república, no tienen dueños, viven de lo que encuentran en las calles, andan por las que les parece, abrigándose y durmiendo en los dinteles de las puertas de las casas ó cocheras.

Al decir que estos animales andan por las calles que les parece, he cometido un error, pues es un hecho curioso que se hallan divididos por barrios, y que cada uno de estos tiene un centenar de ellos; viven en la mas perfecta armonía; mas ¡desgraciado de aquel que se atreva á aventurarse en otro barrio que el que habita; toda la falange canina, con su jefe á la cabeza, cae sobre el intruso, deshaciéndolo á bocados, y si no le matan y consigue escapar, no es sino para llegar á sus *lares* poco menos que hecho pedazos.

El pueblo turco, la parte femenina sobre to-

do, tiene por los perros vagabundos una especie de supersticiosa afeccion, del mismo modo que los árabes la profesan á las cigüeñas que viven y anidan en el techo de sus casas.

Los musulmanes creen, con una fé digna de mejor causa, que estos perros son los portadores de su dicha, y que si los alejaran, caería sobre el país cualquier calamidad. Como para justificar tal supersticion, muchas veces el gobierno ha intentado deshacerse de esta plaga canina, pero cada vez que lo ha puesto por obra, una desgracia general, una guerra, una mala cosecha ha sobrevenido, el pueblo se ha amotinado, y el gobierno se ha visto en la precision de admitir nuevamente los perros.

El siguiente rasgo probará el cómo estos animales, se han hecho ya casi sagrados para la poblacion.

Un dia el sultan Abdul-Medjid ordenó que se recogieran todos sin excepcion, y se llevaran á una isla distante dos ó tres leguas de Constanti-nopla; á pesar de las murmuraciones y disgustos

del pueblo, especialmente de la parte femenina, la órden se cumplimentó.

No hacia aun veinte y cuatro horas que los canes habitaban la isla á que se les desterrara, cuando á la siguiente mañana se advirtió en el Bósforo una inmensa mancha negra que se hacia cada vez mayor y se aproximaba á la ciudad; esto produjo un asombro general, todo el mundo acudió á contemplar aquella mancha, pero nada se distinguía, hasta que al poco tiempo un espectador exclamó:

—¡Son nuestros perros!

Y eran ellos en efecto, habian hecho dos ó tres leguas á nado, y llegaban como un verdadero ejército, pues eran mas de 2,000 con su jefe en cabeza, á protestar contra su destierro; el pueblo los recibió con los mayores trasportes de alegría y bañados los ojos en lágrimas; las damas turcas los obsequiaron con los mas apetitosos manjares, y desde aquel dia volvieron á posesionarse de las calles y plazas de la ciudad, como igualmente de los portales y puertas cocheras; y sien-

do aquellas poco limpias, el alimento no les falta, y siendo las aguas abundantes no se conoce la hidrofobia.

Constantinopla posee magníficos edificios públicos, entre ellos descuella el de Santa Sofía, que antes fué iglesia, y que puede competir en belleza y arquitectura con la de San Pedro en Roma, siendo hoy desgraciadamente una mezquita.

Segun la leyenda que sobre ella hay, cuando los musulmanes se apoderaron de esta iglesia, los cristianos la ocupaban y oían celebrar á un sacerdote el santo sacrificio de la Misa; de repente las puertas de la iglesia volaron en pedazos, y los musulmanes yatagan en mano entraron en aquel santo recinto; los cristianos quedaron casi petrificados de terror, pero entonces el sacerdote, llevando en las manos el cáliz bendito y la sacrosanta hostia, descendió magestuosamente las gradas del altar en que oficiaba, y atravesando por entre las turbas musulmanas, que no se atrevieron á tocarle, avanzó hácia una de las pare-

des laterales de la iglesia; la pared se abrió, dió paso al sacerdote volviendo á cerrarse de nuevo; los musulmanes se lanzaron en tropel hácia aquel sitio, creyendo encontrar alguna puerta secreta en el muro; en vano palparon y registraron minuciosamente, pues lo hallaron intacto. Muchos cristianos que han entrado algunos años despues en esta iglesia, convertida ya en mezquita, aseguran que en el sitio que dió paso al preste se oye en ocasiones varias salmodias religiosas, existiendo la creencia que el dia en que Santa Sofía vuelva á ser iglesia cristiana, el muro se abrirá de nuevo, dando paso al sacerdote, á fin de que termine en el altar la Misa interrumpida por la invasion de los musulmanes.

Son de admirar tambien algunas mezquitas por su grandiosa arquitectura, destacándose las de Soullam-Mehemet y la de Suliman-Iyé.

Pero lo mas curioso é interesante que visitar en la ciudad, son las ruinas de los antiguos monumentos griegos.

Posee Constantinopla muy bellas fábricas, es-

tas se hallan en el barrio Eyoupt, y son unas de tapices, otras de gorros encarnados, telas y franelas.

Es Eyoupt es donde se halla el Cementerio en que son sepultados los mas grandes personajes del Imperio; hay mausoleos magníficos. Existe tambien en dicho barrio una grandiosa mezquita; á su costado hay una tumba, por la que los musulmanes tienen gran veneracion; cuéntase de ella, que habiendo desaparecido durante la guerra uno de los apóstoles del Profeta, se ignoraba lo que se habia hecho del cuerpo de este, cuando un ferviente musulman tuvo un sueño, en el que se reveló donde se hallaba el cuerpo del dicho apóstol; se le encontró efectivamente, elevósele un suntuoso sepulcro, colocóse sobre él el estandarte del Profeta, y los musulmanes oran siempre sobre el mismo; al subir al trono un sultan llega hasta él, hace una oracion y anuda al pié del Estandarte el cinturon de su yatagan.

Los turcos son muy supersticiosos, melancólicos y soñadores por naturaleza, creen en todos

los augurios, presentimientos y sueños, como en todas las quimeras forjadas por una imaginacion calenturienta.

El palacio del sultan en Dolma-Bachi, es de bellísima arquitectura, su interior es una mansion de hadas.

A mas de las mezquitas, se cuentan en Constantinopla veinte y cuatro iglesias griegas, tres armenias, una rusa y nueve católicas; existen once academias, en las que mas de seiscientos jóvenes se instruyen por cuenta del gobierno.

Posee una escuela de medicina, otra politécnica, una de ingenieros, un colegio industrial y otro naval.

Tambien se conocen en la Capital del Imperio otomano mas de cien *medresés*, ó sean escuelas de enseñanza superior, á las que concurren cuantos alumnos lo desean, siendo estas escuelas sostenidas por el Estado; hay además en el Imperio 1300 escuelas primarias y trece bibliotecas.

Periódicos y diarios se conocen en la Capi-

tal dos, escritos en francés, cinco en turco, tres en armenio y dos en griego, un *Indicador Bizantino*, *La Jurisprudencia bizantina*, en italiano, como asimismo *Los Anales de las conferencias de San Vicente de Paul*, en francés.

Las bellas letras tambien se cultivan. Turquía ha tenido muy buenos poetas, pero sus producciones son tan hiperbólicas, tan llenas de floridas imágenes, que es imposible el traducirlas á otra lengua cualquiera, sin desfigurarlas completamente.

.

En Constantinopla abundan los cafés; en estos se disfruta de una franqueza y libertad sin igual, los hombres de todas las razas, posiciones y gerarquía social se mezclan entre sí, viviendo en la mejor inteligencia posible; cada uno de los concurrentes tiene libertad absoluta para emitir su opinion sobre cualquier asunto, censurar al gobierno y la conducta de cualquier ministro, y dicha libertad es verdaderamente observada; todos los miembros del Consejo, incluso el gran

Visir, son tratados con la consideracion que por sus obras merecen, diciéndose á veces de ellos las mayores barbaridades; la policia se guarda muy bien de poner coto á los detractores: en Oriente se piensa, y con razon, que el hombre es libre para emitir con entera franqueza su opinion sobre cualquier asunto, incluso sobre el concepto bueno ó malo que el gobierno del país le merece, toda vez que satisfaciéndose los sueldos de los altos funcionarios con dinero del pueblo, este tiene al menos, el derecho de aprobar ó censurar su conducta.

No pocas veces sucede, que los ministros ú otros empleados de categoría entran de incógnito en los cafés para saber la opinion que de ellos el pueblo formada tiene, y lejos de incomodarse is por sus actos se les trata duramente, se corrigen en provecho general; los gobernadores de las provincias usan el medio indicado para saber si se hallan ó no satisfechos sus gobernados, sacando de las lecciones que reciben todo el partido posible en beneficio de aquellos y para conservar sus puestos.

Hay algunos cafés en Constantinopla que presentan un aspecto tan entretenido como raro, y son los que frecuentan los fumadores de ópio; estos establecimientos tienen por todo mobiliario en una gran sala cuadrada, un cómodo divan que la circuye, acurrucados en este, se hallan los fumadores, el narcótico dicho obrando sobre sus aficionados de diferente manera, según sus temperamentos, hace á unos sumergirse en éxtasis de dicha, mientras que á otros hace ejecutar horribles muecas, pero tanto unos como otros llevan en su fisonomía el signo de embrutecimiento realizado por el de una vejez precóz; el pueblo turco, verdaderamente dicho, no es aficionado al ópio, los mayores consumidores son los árabes.

Los arrabales de Constantinopla son bellísimos, hay preciosos paseos, el de Catana (en Asia) por otro nombre conocido por *Aguas Dulces*, á causa de un pequeño río que corre á su inmediación, y cuyas aguas claras y serenas se deslizan por un lecho de juncos y nenúfares, las orillas del río están sombreadas por copudos álamos, y

la tierra cubierta por verde y abundante césped, el horizonte lo limita una estensa pradera salpicada por miles de flores; nada pues tan delicioso como este paseo, los viernes sobre todo, pues los domingos la aristocracia pasea en el barrio griego, los lunes en Asder-Pachá, los sábados en Kalender, así como los viernes en Aguas Dulces.

Las aristocráticas turcas lo recorren en sus carrozas, en las que generalmente resaltan los dorados, siendo las cortinillas de raso de los mas vivos colores, los vestidos usados por las damas son siempre de los colores mas brillantes, como rosa, azul-cielo ó verde-mar y amarillo, todos con bordados en oro, llevando siempre los brazos y cuello llenos de joyas; tan admirable conjunto brilla al sol de un modo deslumbrador, todas van escoltadas por sus eunucos, cuyo traje es muy rico, así como son soberbios, los arneses de los caballos que montan.

Los grandes señores van al paseo montando magníficos caballos ó manejando preciosos carruajes contruidos en París generalmente. Las

mujeres turcas no observan en el paseo la mayor compostura, cualquiera las creeria loretas francesas; miran con el mayor descaro á los hombres, les prodigan sus sonrisas, y mantienen con ellos las mas expresivas señas, y no pocas veces con el velo en el rostro ú ocultas en la carroza de alguna de sus amigas, se permiten hacer señas á su mismo marido, y si este cae en el lazo, cuando por la noche vá al harem le espera una escena desagradable.

Sucede tambien, que al ver á un europeo recién llegado al país, que admirado las contempla con asombro; le dirigen las mas tiernas miradas, si este se conmueve ó si imprudente logra presentarse ante ellas por medio de un disfraz, entonces los bárbaros eunucos se encargan de desilusionar al imprudente, llegando hasta el caso de apalearlo, y todo por orden de sus coquetas dueñas.

Ya en el paseo, tanto estas como los hombres, dejan sus carrozas y caballos para solazarse algunos momentos á orillas del rio y en la

pradera, las mujeres se reúnen entre sí sentándose sobre lujosos tapices que sus esclavos ponen en tierra, en seguida las esclavas jóvenes se colocan á los piés de sus amas, á las que agasajan con un cigarrillo, frutas ó esquisitos jarabes; todo esto es servido en preciosas bandejas de oro y plata que á prevención llevan, desplegando todo su lujo en esto.

En Kaatana, así como en los demás paseos de Constantinopla, pululan algunos grupos de músicos franceses, italianos ó turcos; estos á una señal de cualquiera de las damas se reúnen y tocan ante ellas su mas bello repertorio; si un caballero desea obsequiar á alguna dama, detiene su caruaje ó su caballo á las inmediaciones del sitio en que aquella se halla, mandando á un grupo de músicos ejecutar ante la misma algunas piezas, la obsequiada recompensa á su agasajador con su mas graciosa sonrisa, y á veces cambia con él, algunas palabras de cortesía.

Lo cierto es, que el conjunto que presentan estas hermosas mujeres sentadas por grupos so-

bre magníficos tapices, ostentando los vivos colores de sus vestidos como asimismo la irradiación que los rayos del sol producen sobre sus joyas, teniendo á sus piés numerosas esclavas, sin otro objeto que adivinar sus menores caprichos para satisfacerlos, los músicos diseminados por la pradera ó á orillas del rio, dando al viento sus mas armoniosos ecos, los caballos con sus lujosas monturas, mariposeando cerca de las bellas turcas, forman un conjunto tan embriagador, tan halagüeño, que deslumbran y admiran al europeo que por primera vez lo contempla.

Los mas elevados personajes del Imperio concurren tambien á estos paseos, incluso el Sultan, quien unas veces se presenta con todo el aparato de su encumbrada gerarquía, y otras de incógnito, en el de Kaatana hay un kiosco de recreo, teniendo una de las sultanas á orillas del rio otro, tan elegante como bello.

Existen á mas de los paseos dichos, los siguientes: *Kieuk-Ssum* (cerca de Scutari en Asia) *Machalic*; *Aider Pachá*, *Pasnar*, y *Maslac*.

El Divino Creador se ha complacido en rodear á Constantinopla, con los mas preciados dones de la naturaleza, razon por la cual es una de las poblaciones mas admirables de Europa.

El gobierno turco se compone de;

El Sultan, jefe supremo del Estado: el gran Visir, que es quien dirime en absoluto todos los asuntos así financieros como de gobierno, este destino lo desempeña un individuo elegido por el mismo Sultan, pudiendo ejercerlo dos ó tres años.

El consejo de ministros lo forma: uno para la Marina, otros de Hacienda, Estado y Policía, el de Guerra se llama *Seraskier*.

La administracion y el gobierno están dispuestos, como se ve, casi en la misma forma que los demás de Europa, á excepcion de que prevalecen mas las ideas y usos democráticos, toda vez que el Sultan puede elegir para desempeñar los mas elevados cargos del Imperio á los individuos que mas les agradaren, lo cual es un mal de importancia, pues hay muchos que procedentes del

pueblo, y sin haber recibido como es natural, educacion alguna, se conservan groseros y poco corteses, dando así una pobrísima idea de la educacion turca á los representantes de las Potencias extranjeras, quienes no pueden nunca figurarse que el ministro H ó R fuese antes un simple menestral ó criado de confianza, y esté elevado hoy al alto cargo que ocupa, mas revela siempre su procedencia en su altanería y maneras poco urbanas, no pudiendo, naturalmente, llenar su cometido con el celo é inteligencia que debiera.

En corroboracion de los anteriores asertos, y para probar que muchos sultanes llevan su democracia mas allá de lo razonable, haremos ver al lector la procedencia de algunos elevados personajes de Constantinopla hace veinte ó treinta años, y el cómo se han elevado á los puestos que desempeñan hoy.

Uno de ellos (reinando el Sultan Mahmoud) tenia una tiendecita, con la que ganaba lo estrictamente necesario para su sustento; el Sultan pasó un dia ante su tienda, quedándose admirado

ante la apostura distinguida de su dueño, como de la inteligencia que rebosaba su fisonomía; jóven y entusiasta, agradóle este menestral, y ordenó se le diera un puesto entre los criados de su palacio; desde tan humilde posicion, fué poco á poco elevándose, concluyendo por casarse con... la mujer que hoy tiene... y ser... lo que es hoy, un elevado personaje.

Otro, fué largo tiempo criado de confianza de un rico Pachá, este le cobró un entrañable cariño protegiéndole en tal forma, que concluyó por elevarle á la brillante posicion que hoy posee.

De cualquier modo que sea, la verdad es que los ministros ó dignatarios procedentes de una elevada familia, y que han recibido una selecta educacion, sufren y no poco, al encontrar entre sus colegas en posicion social, hombres de la procedencia ya descrita, quienes los tratan de igual á igual, y hasta con una proteccion insultante.

.
.

Las calles y plazas de Constantinopla están

llenas de mendigos, estos tienen un jefe que se llama el *Dilengi-Bachi*, quien lejos de ser pobre como sus subordinados, posee algunos bienes de fortuna adquiridos con la mendicidad, no siendo extraño verlo los viernes montando en un brioso caballo, formar parte del séquito del Sultán, cuando este vá á la mezquita.

A dicho individuo es á quien se dirige el limosnero mayor del soberano para conocer el número y personas de los mas necesitados de los mendigos, á fin de darles en nombre de aquel, parte de los donativos que con tal objeto el Sultán ordena distribuir.

Como expresado queda, el *Dilengi-Bachi* es el jefe supremo de una milicia especial que los mendigos forman, estos le temen y respetan; hay sin embargo otra categoría de aquellos mas fastidiosa aun si cabe, y es la de los *Indous*, quienes visten una especie de traje cual los dervises, llevando sin embargo la cabeza completamente desnuda.

Los hábitos de mendicidad de los *Indous* son

á cual mas raro y abrumadores para el país; se reúnen por grupos de treinta ó cuarenta, entran en una casa habitada por algun rico personaje, y allí se ponen á gritar en coro—*Berequet Alah!* (liberalidad de Dios;) si desgraciadamente no se les dá limosna ó esta tarda en llegar á sus manos, hacen con sus gritos y ahullidos un ruido insoportable, hasta conseguir aquella; otras veces toman un *kaiik* llegando con él hasta el *yalli*; ocupado por algun adinerado Pachá, de quien obtienen cuantiosa limosna ante sus repetidos gritos de *Berequet-Alah-Berequet-Alah*; por estas razones se les conoce con el nombre de «mendigos ahulladores.»

Como comprender se deja, tales individuos son una verdadera plaga para Constantinopla, y lo extraño es, como el gobierno del país no los tiene á raya impidiéndoles tan innoble modo de vivir, toda vez que muchos de ellos son hombres jóvenes y robustos.

Hay á pesar de todo esto, muchos establecimientos de caridad y asilos en la Capital; en

ellos se distribuye diariamente á cada mendigo un pan hecho *ad hoc* con tal objeto, (cuyo pan se denomina *faudaulha*,) como asimismo un plato de rancho ó *pillaff*, dándoles á mas una vez por semana un pedazo de carne.

Existen además en otros barrios una especie de cocinas económicas, denominadas *imaret*; en ellas se distribuye á los pobres de solemnidad un plato de sopa y carne: creadas estas cocinas por legados de varios individuos que al morir hicieron con tal objeto cuantiosos donativos, reúnen algunos fondos que se hallan bajo la administracion de un *vacouf*, quien debe celar al mismo tiempo que el pan y la sopa sean buenos, como que se distribuyan con equidad, llenando así el caritativo fin de los donatarios, y evitando desórdenes entre los pobres que reciben el socorro diario, dispuestos siempre á promoverlos.

CAPÍTULO XII.

De la literatura y poesia turcas.

La literatura en Turquía, se halla aun, por decirlo así, en la infancia del arte, no hay novelistas que á semejanza de los de otras naciones de Europa, publiquen continuas obras, las que se conocen son traducidas del inglés, francés ó español, á la lengua del país.

Posee sin embargo la Turquía muchas obras científicas de indisputable mérito, así como tambien diferentes historias del Imperio otomano y guerras de este, y se hallan escritas bajo las órdenes del gobierno.

Si los romanceros y novelistas no se conocen

entre los literatos turcos, en cambio los poetas abundan y la poesía también; aquellos gozan de una libertad absoluta en sus escritos, diciendo en epigramas y sátiras cuanto de los gobernantes se les ocurre, y rara vez estos hacen caso de los insultos que les dirigen, pero si hubiese alguno que ofendiéndose por cualquier epigrama hiciese padecer al autor de él hasta el punto de hacerlo conducir á una prision, entonces solo obtiene que el poeta le dirija otros mas agudos y ofensivos versos, desde aquella.

Se cita el siguiente rasgo de un poeta de Stambul, probando con él hasta qué punto rige la independencia en Turquía sobre este asunto. El Sultan que reinaba en la época en que ocurrió el suceso que á referir vamos, tuvo la ocurrencia de hacer versos, y tan pronto los componía á las flores como á la mariposa, y aun dedicaba muchos á los bellos ojos de algunas de sus favoritas, el régio poeta que no llegó á ser sino un mediano rimador, tenia pretensiones de que sus versos eran sublimes; un dia hizo llamar al poeta en

cuestion, á quien despues de haber leído algunos versos, preguntó su opinion.

— Señor, vuestras poesías son detestables, respondió valientemente el preguntado.

El Sultan, irritado, lo mandó á una prision.

Al cabo de algunos meses, enamorado el soberano de una nueva favorita, volvió á componer algunos versos, que la dedicó; antes de hacerlo, mandó traer á su presencia al aprisionado poeta, á quien leyó los nuevos versos, preguntándole otra vez su opinion; el preguntado no contestó una palabra, pero haciendo paso atrás, trató de hallar la puerta de salida: el Sultan, admirado ante este acto, preguntóle donde iba.

— Señor, me vuelvo á mi prision, contestó aquel.

Aquella contestacion hizo desternillar de risa al Sultan, perdonó al severo, pero poco cortesano poeta, volviéndolo desde aquel dia á su gracia.

Hay poesías turcas que son bellísimas, pero desgraciadamente al traducirlas á cualquier idio-

ma pierden toda su originalidad y perfume oriental que es el *quid* de su belleza.

Sin embargo, para dar una idea á nuestros lectores de ellas, intentaremos traducir algunas que hemos escogitado en un precioso volúmen, debidas á la pluma de una instruida poetisa, conocida por Leyla.

Perteneciente esta á una elevada familia turca, ha muerto hace algunos años, dejando una brillante reputacion como mujer de esquisito talento; queriendo consagrarse por completo á su aficion por el arte de Homero, tuvo el buen criterio de no casarse nunca.

En todas las poesías turcas, resaltan belleza y sentimiento, todas hablan de amor ó revelan conversaciones imaginarias con el objeto querido, mas estando como las nuestras sujetas á reglas propias, no es posible traducirlas sin descomponer por completo el verso; nos limitamos pues á verificar el traslado, palabra por palabra.

TRADUCIDAS DE UN LIBRO DE POESIAS

COMPUESTO POR

LEYLA

RIVALIDAD.

Hoy, por complacer á mi amante, me he hecho la amiga de mi mas mortal enemiga, ¡de mi rival! pero al apretarla la mano, ha sido tan grande mi pena, que mi pobre corazon aun se halla atribulado. ¡Oh alma mia! vuela, deja este mundo! muchos dolores te esperan!

Yo he visto, yo he contemplado el rostro de la que me ha robado mas que la vida, la dicha de mi corazon; sí, ídolo mio, yo he hecho esto, y lo he hecho por agradarte, á tí, que sin piedad por mi dolor has dividido en dos tu corazon. ¡Oh alma mia! vuela, deja este mundo, muchos dolores te esperan!

Para ir á su casa, á casa de mi rival, me he puesto mi mas hermosos collares, y me he pintado el rostro para ocultar la palidez de mis mejillas. Sí, no queria que ella gozase al ver el surco que han dejado las lágrimas que por culpa suya he derramado, ¡oh alma mia, vuela! deja este mundo, muchos dolores te esperan.

.
Pero tú mi bien querido, tú, sin compadecer mi tristeza, sin piedad por los celos cuyo veneno me has hecho conocer, ¿por qué, flor de mi alma, dicha de mi vida, me has obligado á ser su amiga? Aborrecerla, maldecirla, esto seria mi único consuelo, y tú aun crees que todo es poco! ¡oh alma mia! vuela! deja este mundo, muchos dolores te esperan!

A UNA DAMA

que debia dar una fiesta en honor de
su amante.

Deja, deja que el mundo murmure, con ese tu amante de negros y brillantes cabellos, embriágate de vino y de amor, y que el mundo diga lo que quiera.

Tu has respirado, segun dices, en un sueño; el perfume ambarino de sus negros cabellos, este perfume te ha embriagado mas que el vino bella enamorada, pues bien, deja decir al mundo lo que quiera; puesto que tu corazon está encadenado por el nudo de sus negros cabellos, puesto que la mirada de sus negros ojos ha penetrado hasta tu alma y la abrasa.

Sin duda alguna el mundo recriminará tu conducta, arrojará un velo negro sobre tu rostro, pero tranquilízate, en el otro este velo negro se trocará en rayos deslumbradores, deja pues hablar al mundo y que diga lo que quie-

ra. Dios es bueno y piadoso, y no querrá castigarte por haber amado, pues es Él quien te dió ese corazón tan ardiente y tan sensible, y quien ha permitido que encontrases tu vencedor. Deja pues hablar este triste mundo, y que diga lo que quiera.

LA FAVORITA DE LA NOCHE.

Mi bien querido, vendrá esta noche, con él quiero reír y beber hasta la mañana, quiero estar bella, quiero enloqueerle, quiero que mi rival se ahogue en lágrimas, sí, ella que tantas veces me las ha hecho derramar, ahora á su vez... las verá correr.

Tu corazón lo quemará el fuego de los celos, pero yo reiré embriagándome en vino y voluptuosidad, y él, dominado por mis encantos, te olvidará, sí, te olvidará.

Ah! tu creías que la pobre abandonada no lle-

varía nunca á sus labios la copa dulce y perfumada de la venganza! Te engañas, las flechas de la desgracia han herido mi corazón en mil sitios, y aun arroja sangre por todas sus heridas, pero yo quiero en esta noche ahogar mi pena en vino y amor. ¡Para tí las lágrimas y los tormentos, rival sin piedad y cruel!

¡Oh tú! bien amado de mi alma, quiero que esta noche me encuentres bella; quiero que tu corazón me ame como en otro tiempo me amaba, quiero encadenar para siempre tu veleidoso corazón en las trenzas de mis blondos cabellos.

A SU AMANTE.

Sin haber visto tus cabellos conozco sus lucientes anillos, y solo al pensarlo mi cabeza estalla, pero no me hagas juramentos, no me prometas constancia y fidelidad, conozco el valor de tus

promesas, y sé que todas son falsas. Dime. ¿Es que el ruiseñor, amante tierno y constante de la rosa, la hace sufrir así? Vete, pues, cruel. A nadie quiero pedir noticias tuyas, pues ¡ay! te conozco demasiado, yo no diré que seas falso, pero sé que lo eres. Tu finges no saber el mal que me has hecho, mi bien amado! El otro día hablé de tí á mi corazón, y me respondió lanzando un amargo suspiro:—¡Basta! no me hables de tu amor, conozco tus sufrimientos.

QUEJAS.

Tú conoces bien mis padecimientos, mi bien amado! tú escuchas los suspiros de mi corazón, mis lánguidos ojos te dicen la tristeza que sufre mi pobre alma, pero tu finges no conocerla. Si yo pudiera al menos caer á tus piés, besar el polvo donde tu talle flexible y gracioso se refleja como ligera sombra! Con mucho misterio yo quisiera esta noche beber contigo, yo lo deseo con todo mi corazón.

Pero yo no me atreveré á decirte lo que siento, tu has abrasado mi corazón.

¿Es mía la culpa, dime, si de tí me he enamorado? Tu rostro bello y sonrosado pueden verlo y admirarlo hasta los extraños, y yo tu solícita compañera estoy en el desierto. El fuego de mi amor ha consumido mi corazón. ¡Ah! la tristeza me consume. Ten piedad de tu Iseit, sino la tienes, su amor morirá é Iseit también.

CANTOS DE AMOR.

Nosotras somos aquellas que cantando, exhalamos hasta el amanecer nuestros amorosos suspiros, como el ruiseñor en la enramada.

Si al capullo de la rosa hace falta para entreabrirse el canto del ruiseñor y el rocío de la mañana, nuestros corazones se abren con el rocío de nuestras lágrimas y los melancólicos murmullos de nuestros suspiros.

Nosotras somos aquellas que en la firmeza de nuestro amor verdadero, seguimos sin temer nada, desnuda la cabeza, los vestidos en desorden. Qué nos importa? amamos, el amor puro y verdadero no conoce trabas.

Nosotras somos aquellas que guardan en el fondo de su corazón, el dulce secreto de su amor, y moriremos antes que dejarlo adivinar.

Nosotras somos de las que harían alegremente por su amor el sacrificio de su vida. El cordero se ofreció al cuchillo de Abraham, nosotras siguiendo el camino del amor, siempre estamos dispuestas al sacrificio.

EL SECRETO DEL SUFRIMIENTO DEL AMOR.

Hoy he visto á mi amante, y le he preguntado cuál es el secreto del sufrimiento del amor, y él me ha respondido:—¿quieres saber cuál?

Las enamoradas están á menudo tristes, inquietas é impacientes, este secreto tiene una causa, esta causa... somos nosotros.

LO QUE PUEDE CURAR UN CORAZON HERIDO.

Una Hermosa.

Ah! ¿quién podrá curar mi pobre corazón?

Leyla.

Ni muchir, ni gran visir, ni soberano, ni sultan, tendrán el poder de hacer lo que tú pides, pero no te aflijas, el remedio está en las manos de Dios, que siempre generoso curará tu pobre corazón.

QUEJA.

Este cruel! este infiel! pensando en él, he suspirado, he llorado, y mi pobre corazón entrisese ha dicho con amargura:—Ayer en el pa-

seo, no ha querido, ni aun por un saludo, reconocer á la que ha amado.

Nada ha podido conmovér á ese cruel, ni mis lágrimas ni mis suspiros, su corazón es mas duro que el mármol, la flecha que se escapa de mi suspiro atraviesa el mármol, pero no hace mella en su corazón. Pobre Leyla! yo te he inscrito como perdida en el gran libro del amor! pobre Leyla!

A SU RIVAL

LA SEGUNDA ESPOSA.

Yo hallaba bella y perfumada la flor de mi vida; como el capullo de la rosa mi corazón se habia entreabierto y mi frente irradiaba de ventura! pero de repente el cielo de mi dicha se ha oscurecido, una negra nube ha venido á hacerlo sombrío, la noche ha descendido hasta mi alma. Esta nube eras tú, tu mi rival, tu que has venido á disputarme su corazón, del que de seguida te has erigido en soberana! Desde entonces, fiera y orgullosa, me has mirado con desden y has

reido mis lágrimas y mi dolor. Pero no estés tan orgullosa y envanecida, cruel rival, piensa que un dia, tú tendrás tambien otra rival, la que sin piedad, como hoy tú, reirá de tus lágrimas.

Piensa que como yo, un dia él te arrojará de su corazón para que lo ocupe otra mujer.

RESPUESTA

á una invitacion que hace á una dama
su amigo de corazón.


Ya mi rival debe encontrarse en la reunion para que me invitais, escusadme, me será difícil, pero muy difícil soportar su presencia.

INVITACION.

Ven esta noche á mi reunion, pero ven solo, pues en ella no habrá sino uno solo, tú y tu Leyla, que eres tu siempre.

LA RIVAL.


Francamente, yo no puedo fijar mi atención en mi miserable rival; está envanecida y orgullosa de la preferencia que mi bien amado le concede, yo lo sé, cada día lo vé á sus piés; por eso es que las lágrimas de rabia enrojecen mis ojos, pero lo que yo sufro hoy, quizás mañana ella lo sufrirá, este es mi único consuelo.



TRISTES SUSPIROS.

Por mucho tiempo pluma mia has cantado la alegría y el amor, canta hoy la tristeza de mi alma; el infierno existe en mi corazón, el fuego de los celos lo consumen, mis ojos no tienen ya lágrimas, están secos y abrasados como mi corazón. ¡Oh Dios mio! ¿qué he hecho? dejadme al

menos la esperanza, enviadme ese ave de dulce canto y brillante plumage que viene á hacerme escuchar su alegre canción. Oh! cruel! tu has abierto en mi corazón una llaga, pero es tan profunda, que si mil veces al día trataras de cicatrizarla, no lo conseguirías! Yo sé bien que llegará el día en que deplorarás el mal que has causado, pero ya será demasiado tarde para mí, ya no existiré, y ni aun el consuelo tendré de ver tu arrepentimiento.



ÍNDICE.

	Páginas.
PRÓLOGO.	5
I. Historia de la sultana Kétiras.—Interior del serrallo.—Historia de la esclava Naura	19
II. De los maridos de las sultanas.	57
III. Costumbres de las mujeres del pueblo	83
IV. De los eunucos	95
V. Selanlik.—Haremnes	105
VI. De la poligamia.—De la mujer legítima y de la odalisca	137
VII. De las esclavas.—Bazar, mercado, comercio de esclavos	145
VIII. Como se hacen los matrimonios en Oriente.—De la separacion y el divorcio	161
IX. De los tekies, dervises volteadores ó meulevis, betachis, kupais	179
X. De la Turquía —Sus usos, leyes y costumbres en general.—Del Ramadan y fiestas del Bairan.—De los genízaros	195
Los genízaros	251
XI. Constantinopla.—Sus paseos y arrabales. Sus perros vagabundos y sus mendigos.	269
XII. De la literatura y poesías turcas	301

